

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 septiembre 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5-II Época-Núm. 510 Depósito leg. M.º 58.69 - 1

FORMOSA, HORA CERO



LAS ARMAS
DE MOSCU,
MANEJADAS
POR PEKIN



UNA RUTA FIJADA
EN LAS CARTAS
DE LA VII FLOTA

Una formación del Ejército de la China nacionalista espera en Formosa la orden de embarque. La isla, sede de Chan Kai Chek, se ha convertido en estos días en punto neurálgico de la actualidad internacional





*Frescura
interna*

Estos fabulosos cetáceos,
con agua por dentro y por
fuera, deben de sentirse
tan felices como nos-
otros cuando, agobia-
dos de calor, refres-
camos el cuerpo in-
teriormente con
"Sal de Fruta" ENO



C.S. 14. 108

**"SAL DE
FRUTA" ENO**

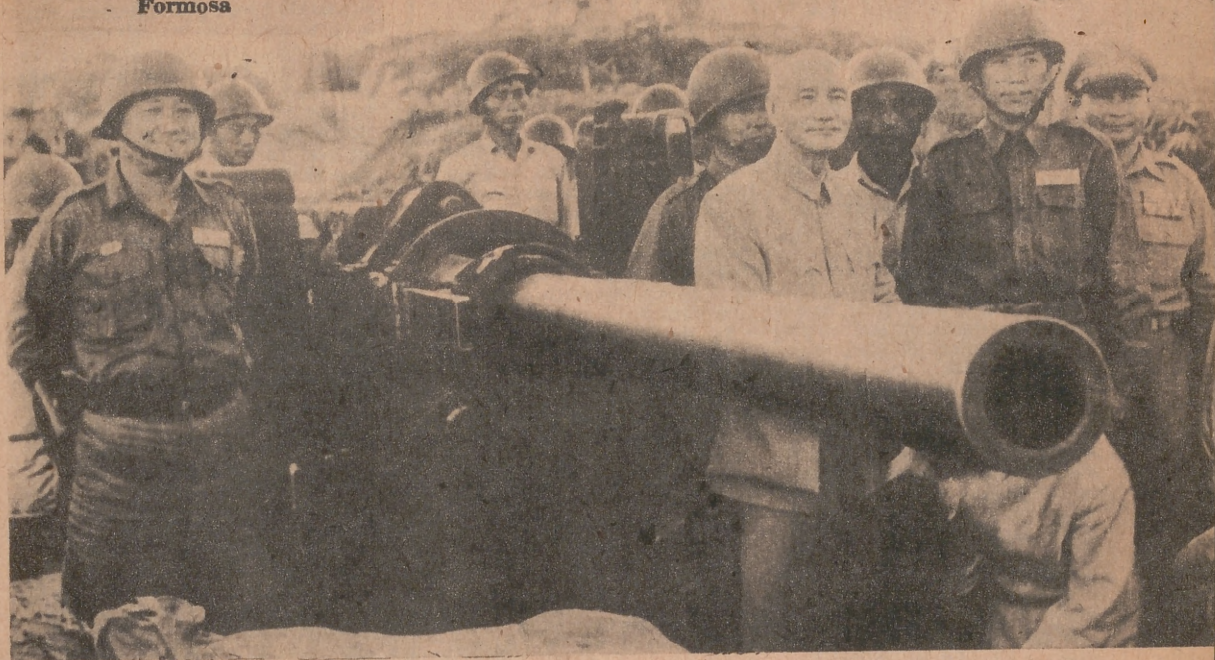
MARCAS

REGIST.

REFRESCA Y ENTONA

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

Chan Kai Chek durante una reciente inspección de las baterías costeras de Formosa



FORMOSA, HORA CERO

LAS ARMAS DE MOSCU, MANEJADAS POR PEKIN

Una ruta fijada en las cartas de la VII Flota

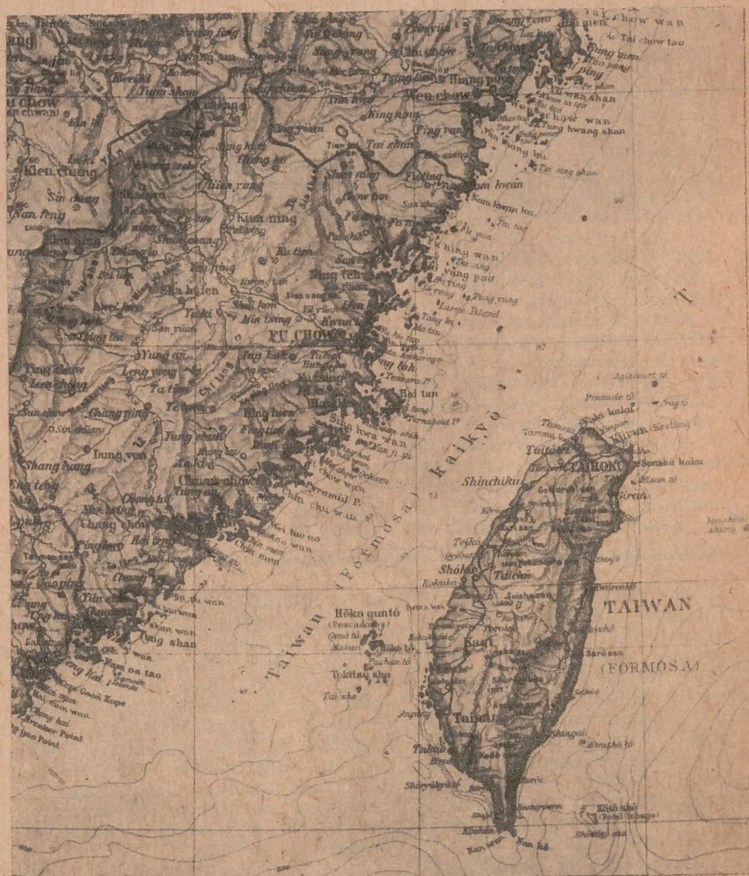
AQUELLA noche no sonaron las sirenas. La isla parecía abandonada; el tifón había llegado del mar y se abatía ahora sobre la escasa vegetación y los escombros producidos por los cañones comunistas.

Las trombas de agua ocultaron pronto la cercana costa; la visibilidad no alcanzaba unos metros más allá del observador. Todo parecía en calma salvo las fuerzas crecientes del tifón que amenazaba concluir la tarea empezada por las granadas.

Súbitamente, entre la lluvia y el viento llegaron otra vez el ruido de las explosiones y el rápido resplandor de los impactos. Los cañones habían reanudado el ataque disparando a ciegas y repartiendo uniformemente su carga de metralla sobre el martirizado terreno de la pequeña isla.

Pocas eran, sin embargo, las víctimas. Los hombres estaban allí abajo, en los refugios subterráneos, protegidos por las gruesas barreras de cemento.

Arriba sólo quedaban unos pocos centinelas en la vigilancia constante del cielo y del mar. Un paisaje de cascotes y embudos formados por las granadas se extendía hasta las ambradas de las playas. Los hombres sabían bien



Formosa, frente a las costas de la China roja

UN SOLIDO BLOQUE

EN la historia de la segunda guerra mundial figura una operación que no llegó a realizarse, al igual que tantos otros proyectos. Esta a que nos referimos es la llamada Operación «Félix», un plan alemán de conquista de Gibraltar a través de España.

Si Gibraltar, como se sabe, no cayó en manos germanas fué debido a la neutralidad española, que vedó a los alemanes el paso por nuestra Patria.

Y éste fué uno más en la parca lista de servicios que prestara a la causa de los aliados la neutralidad de dos naciones, sólidamente unidas en un bloque peninsular.

En sus declaraciones a Seige Groussard, de «Le Figaro», Oliveira Salazar, jefe del Gobierno lusitano, ha enunciado, junto a las razones estratégicas, las bases sólidas sobre las que se asienta la alianza entre España y Portugal.

«Encuentro siempre —ha dicho— en el Generalísimo una tal lealtad, un tal sentido de los intereses comunes de Portugal y España en la Península, una tan profunda amistad con Portugal, que sobre estos sentimientos se ha podido edificar una política benéfica para los dos pueblos y fundar una cooperación que sustituye ventajosamente a las antiguas rivalidades.»

Salazar ha dado en sus declaraciones una auténtica lección del arte de bien gobernar al par que ha demostrado, con el ejemplo de las dos naciones peninsulares, que la política internacional debe ser siempre presidida por las normas de colaboración y buen entendimiento que rigen las relaciones hispanoportuguesas.

Ahora, cuando muchos políticos comienzan a comprender la necesidad de coordinar sus intereses mutuos, Salazar recuerda la actitud mantenida por Portugal durante nuestra guerra de Liberación: «El alzamiento del general Franco nos pareció como la reacción de las fuerzas que la nación española

conservaba todavía contra la anarquía que se generalizaba. Era necesario apoyar este esfuerzo y evitar el contagio, aparentemente, contra ciertos países, pero, en el fondo, para bien de todos. La triste historia que nosotros estamos viviendo sería mucho más dolorosa y más triste si los acontecimientos de España hubieran sufrido otro curso».

Es, desde luego, fácil imaginar la distinta situación en que se hallaría en la actualidad el Occidente si el comunismo internacional hubiera triunfado en España. De todos es conocido el proyecto de la famosa Unión de Repúblicas Soviéticas Ibéricas, en la que hubiera sido englobada rápidamente Portugal, sometida así a las órdenes del Kremlin.

Después de este paso, aparecería como imposible el establecimiento de un sistema defensivo occidental. Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y con ellas el resto de Europa se hubieran visto atenuadas por la doble presión roja desde sus fronteras. A través de ellas llegarían las consignas y ayudas para la subversión comunista en esos países.

Mientras tanto, la Armada y la Aviación rusas contarían con bases atlánticas que concluirían después por hacer del Mediterráneo un «Mare sovieticum». El norte de África habría de correr pronto la misma suerte, y los Estados Unidos se hubieran visto obligados a reducir sus precarias defensas al hemisferio occidental.

Salazar ha reconocido con sus palabras el servicio prestado por España a la causa de Occidente. Sus palabras no son sino una reafirmación de la línea general que ha presidido desde el 18 de julio de 1936 las relaciones de ambas naciones, política de buena vecindad sobre el principio de un mutuo entendimiento, sobre la base común de que las fronteras entre España y Portugal no se paran, sino que unen a dos naciones centinelas de la causa de Occidente.

lo que significaba el cañoneo interrumpido. El día anterior, la artillería comunista china había dejado caer sobre Quemoy 12 345 granadas; en toda una semana el número de proyectiles había alcanzado la fabulosa cifra de 132 000. Día tras día y noche tras noche, los defensores de Quemoy habían sentido el martilleo de las constantes explosiones. A veces, si la visibilidad era buena, la artillería dirigía sus tiros hacia un objetivo determinado que no abandonaba hasta que se hallaba prácticamente reducido a cascotes.

A través de las ondas llegaban

las vociferantes llamadas de Radio Pekín, exigiendo la rendición de los defensores. Hace menos de un mes, los hombres que han dirigido este ataque a las pequeñas islas de la China nacionalista acusaban a Estados Unidos e Inglaterra de comprometer la paz con su intervención en Oriente Medio. Ahora ellos mismos han ordenado el más implacable bombardeo de artillería conocido desde la batalla de Berlín.

Cuando el cielo estaba en calma aparecían en el aire las siluetas estilizadas de los «Migs» soviéticos que tripulaban los pilotos de

Mao Tsé Tung. En veloces pasadas dejaban caer los cohetes que llegaban hasta la tierra, trazando surcos de fuego y destrucción. Sólo la presencia de los «Sabres» nacionalistas era capaz de detener este nuevo ataque que amenazaba con destruir todo rastro de vida en las islas de Quemoy. Más al Norte, en otro diminuto archipiélago, el de las Matsu, se reproducían casi con idéntica violencia las incursiones aéreas y los bombardeos de la artillería costera. Mien, tras tanto, en los puertos de la costa se concentraban unidades de desembarco y embarcaciones ligeras de la Armada roja.

Los soldados de las islas sabían muy bien lo que aquello significaba. Era el anuncio de un próximo desembarco en cualquiera de ellas. El peligro de invasión ha sido ya anunciado como inminente por el propio general Kao Yang Foon, comandante adjunto de la guarnición de Quemoy.

Los hombres que ahora permanecen en los refugios sólo aguardan una oportunidad: la de salir al encuentro de las primeras lanzas rojas y devolver a los atacantes el mismo fuego que ahora padecen ellos.

COREA, INDOCHINA Y TIBET, TRES JALONES DEL PACIFISMO

El día 27 de julio último, la emisora oficial de la República Democrática Popular China daba cuenta de la celebración de las reuniones del Comité militar perteneciente al Comité Central del partido comunista chino.

Desde el 27 de mayo al 22 de julio se habían desarrollado las sesiones a las que habían asistido más de un millar de altos funcionarios civiles y militares, entre ellos el propio Mao y el mariscal Chuh Teh.

A la luz de los acontecimientos actuales resulta fácil adivinar el oscuro sentido del comunicado de esa conferencia. En aquellas fechas, la agencia China Nueva precisaba que los conferenciantes habían «pasado revista, inspirándose en los métodos de la campaña de rectificación, al desenvolvimiento del ejército popular de liberación desde la fundación de la República Popular de China y se habían detenido en los principios que deben presidir su desenvolvimiento futuro».

A esta conferencia asistían, naturalmente, representantes rusos, que habían de tomar buena nota de los cauces por los que se dirigía la nueva estrategia de Mao. La China comunista, con tantos «méritos» como la propia U. R. S. S. para obtener el título de potencia agresora número uno, necesita el nuevo armamento. El estado de sus industrias y laboratorios no le permite la fabricación de armas atómicas ni de proyectiles dirigidos; Rusia ha de suministrar esta ayuda militar. Desde las costas de China los proyectiles con cabeza nuclear podrían alcanzar fácilmente los objetivos situados en el Japón, Formosa o Filipinas. He aquí un ejemplo, entre tantos, de la nueva amenaza.

Después de una primera fase de envíos directos, Mao Tsé Tung pretende obtener la concesión de patentes y centros de investiga-



La «justicia» de los tribunales populares de la China roja. Los acusados aguardan el momento de que se dicte la habitual pena de muerte

ción para llegar a ser directamente el fabricante de tales armamentos.

Las repetidas agresiones a Quemoy y Matsu y su fracasado desembarco en Tung-Ting, la isla situada en la ruta que une a Quemoy con Formosa, son una más entre los incontables ataques perpetrados por las tropas de Mao Tse Tung.

La China roja, tras la expulsión del continente de los ejércitos de Chang Kai Chek, ha llevado a cabo agresiones como la «liberación» del Tibet, que hoy amenaza nuevamente con sublevarse; el envío de «voluntarios» a la guerra de Corea cuando ésta se hallaba ya en la fase de liquidación de las hordas rojas de Kum Il Song. De la misma manera fueron también tropas «voluntarias» las que ayudaron a Ho Chi Minh a instaurar en Indochina un régimen comunista que amenaza la integridad de Laos y el Vietnam del Sur.

La labor «pacifista» de la China roja se complementa con la constante excitación antioccidental en todos los pueblos asiáticos y la

ayuda económica y militar a cuantas insurrecciones procomunistas tengan lugar bajo la capa de un supuesto anticolonialismo. Las emisiones de Radio Pekín se dirigen hasta los pueblos de América del Sur, alentando la subversión en todos esos países.

LOS ACUERDOS DE PEKIN

En los primeros momentos de la nueva agresión roja se ha producido un cierto confusionismo en Occidente sobre la conducta que adoptarían los Estados Unidos en caso de desembarco comunista en las islas de Quemoy y Matsu. No podía existir interrogante respecto del archipiélago de las Pescadores y la propia Formosa, cuya seguridad está garantizada por un Tratado militar de asistencia mutua firmado en 1954.

Quemoy y Matsu, islas muy próximas al continente, no fueron incluidas en el Pacto, de la misma manera que tampoco se mencionó la isla nacionalista de Tachen, luego ocupada por los Ejércitos de Mao.

Foster Dulles ha advertido a los comunistas chinos que se mantengan apartados de las pequeñas islas nacionalistas. Eisenhower hizo después suyas las palabras del secretario de Estado, quien se había negado a declarar si los Estados Unidos intervendrían militarmente en el caso de que se produjera un desembarco de las tropas rojas en Quemoy o Matsu.

Hay, sin embargo, unas palabras del propio Eisenhower que parecen aclarar un tanto las dudas de los observadores al declarar, refiriéndose a estas islas, «que habría que mantenerlas para asegurar la defensa de Formosa».

A comienzos de 1955 los comunistas chinos desencadenaron sobre las islas de Quemoy y Matsu un ataque de características parecidas a las actuales. Entonces, como ahora, se planteó la interrogante de si debiera realizarse una intervención norteamericana en el caso de que el ataque fuera un prelude de ofensiva contra Formosa. Eisenhower solicitó y obtuvo del Congreso la pertinente autorización para actuar

en tal sentido, y es probable que ahora pudiera repetirse, esta acción política.

¿Desaparecería así el peligro de agresión a las pequeñas islas nacionalistas? Todo depende, en realidad, de las auténticas intenciones de Mao al preparar este nuevo ataque. Los designios del hombre que con Krustchev se reparte los honores del «pacifismo» comunista, del dictador que aparece siempre rodeado de flores y al que la propaganda comunista no cesa de alabar como inspirado poeta, permanecen totalmente ocultos.

Es indudable, sin embargo, que las jornadas bélicas de estos días fueron cuidadosamente planeadas por Mao Tse Tung y Nikita Krustchev durante la reciente visita de este último a Pekín. Todo hacía prever que el dirigente ruso había acudido a entrevistarse con Mao para preparar una nueva ofensiva propagandística en vísperas de la entonces frustrada conferencia de alto nivel. A cambio del incondicional apoyo chino Mao debió obtener algunas ventajas que no fueron simplemente de orden económico.

EL RECUERDO DE COREA

Los ataques iniciales de la artillería roja fueron considerados como una nueva maniobra comunista para forzar a una transacción con respecto a estas islas y a la admisión de la China roja en la O. N. U. De esta manera, en la próxima conferencia de alto nivel, tantas veces aplazada, los Estados Unidos habrían de discutir directamente con los comunistas chinos esas cuestiones, lo que llevaría implícito un reconocimiento de su régimen, que no se efectuó durante las anteriores conversaciones ginebrinas.

Si la discusión de estos problemas se hubiera llevado a cabo en la O. N. U., China comunista contaría a su favor con los votos de todo el bloque soviético, junto con los de muchos países afroasiáticos.

Tal era la maniobra, juzgada desde el punto de vista occidental. Sin embargo, el endurecimiento progresivo de los ataques ha hecho creer que se trata de un proyecto de mayores alcances. Los comunistas chinos no acostumbra a bromear con sus amenazas. De la misma manera hubo muchos que creyeron que su intervención en la guerra de Corea nunca tendría lugar y, sin embargo, sólo la afluencia de los ejércitos chinos a través del Yálu pudo detener la arrolladora marcha del ejército de Mac Arthur.

Todo hace pensar que China está tratando deliberadamente de provocar una nueva y mayor crisis internacional sin importarle demasiado las consecuencias. En el caso de una tercera guerra mundial, China comunista sería la única nación que podría sobrevivir a un ataque atómico, en razón a su masa de población, que sobrepasa con creces los 600 millones de habitantes.

Según algunos observadores, tanto Mao como Krustchev aspiran ahora a imitar la política de Stalin en el año 1939, cuando consiguió provocar la segunda guerra

mundial. Si las circunstancias no hubieran después determinado el ataque de Alemania, la U. R. S. S. habría permanecido neutral en el conflicto, esperando después imponer su voluntad sobre los mapagados vencedores. Ahora los dos dictadores rojos, en opinión de esos mismos medios, aspiran cada uno por su parte a enzarzar al otro en una guerra con los Estados Unidos. El juego es, indudablemente, muy peligroso, puesto que no pueden dejar traslucir ninguna disensión que conmueva la unidad monolítica del bloque comunista.

En cualquier caso, sea Rusia o China la que triunfe en esta su puesta tensión, la amenaza para el mundo libre sería siempre la misma. Los mismos principios comunistas que alientan a uno son los que presiden las actividades del otro.

LLAMADA A LA FLOTA

Hace poco más de un mes, muchos de los buques de la mayor Armada del mundo se dirigían a toda máquina hacia el Mediterráneo oriental desde sus puertos o cambiaban de rumbo en alta mar. Ahora el nuevo peligro de conflicto ha hecho que se repitan las órdenes. Pero desde Washington señalan ahora un nuevo punto de destino: Extremo Oriente.

La VII Flota, que manda el almirante Beakley, la que habitualmente recorre las aguas cercanas a esas costas asiáticas. Al igual que la que patrulla por el Mediterráneo es una «Task Force», es decir, una agrupación naval capaz de bastarse a sí misma sin necesidad de requerir durante mucho tiempo bases de aprovisionamiento. La VII Flota está normalmente integrada por cuatro portaaviones, seis cruceros y 20 destructores, a los que es preciso añadir, por lo menos, otros 30 barcos auxiliares. Sin embargo, su fuerza ha sido incrementada con nuevas unidades al mismo tiempo que las ya existentes se reúnan en aguas de Formosa procedentes de diversos puertos del Pacífico.

El portaaviones «Essex», de 33.000 toneladas, ha dejado las aguas del Mediterráneo y se encamina ahora hacia Formosa. Con él marcha su escolta de cuatro destructores, entre ellos el «Foreest Sherman»; de 2.800 toneladas. El «Essex» lleva a bordo en estos momentos 80 aparatos de diversos tipos y características.

De Honolulu ha partido el «Midway», que hará ascender a seis el número de portaaviones destinados ahora a Formosa. Este buque se unirá a otro portaaviones perteneciente a la VII Flota, el «Hancock». Con el «Midway» ha partido el crucero pesado «Los Angeles». En los momentos de redactarse estas líneas el número de barcos de guerra norteamericanos en aguas de la isla de Formosa asciende ya a 53.

Las unidades de los «marines» han desembarcado ya en Formosa; casi al mismo tiempo desembarcaban nuevos «Sabres», que defenderán la gran isla de posibles ataques aéreos; esta amenaza ha decidido al Gobierno nacionalista a proceder a la evacuación de algunos centros oficiales de Taipeh.

150.000 NACIONALISTAS CONTRA 500.000 ROJOS

Se ha arbitrado también la posibilidad de que los Estados Unidos se abstuvieran de intervenir en la defensa de Quemoy y Matsu. En efecto, la garantía de protección de Formosa y Pescadores permitiría el rápido traslado del grueso del ejército de Chan Kai Chek a las islas costeras.

La empresa no es nada fácil. Iniciar un transporte de tropas de semejante envergadura requiere una buena cantidad de grandes transportes y significa exponer además muchas unidades militares al intenso fuego de las baterías comunistas, que apenas permiten la aproximación de un barco a las islas nacionalistas.

Aun suponiendo realizable esta tarea, la superioridad roja se impondría sobre los efectivos nacionalistas si éstos no obtenían un apoyo americano.

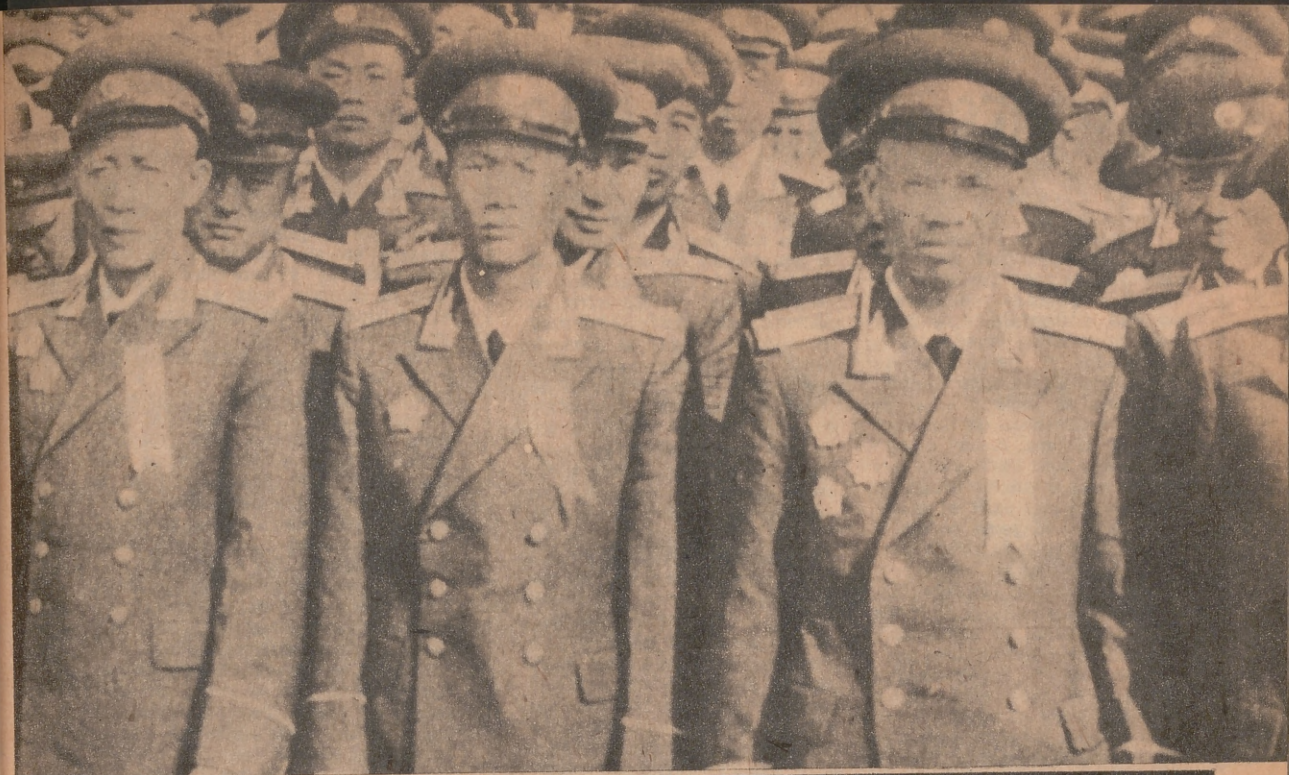
El ejército de Chan Kai Chek se compone en la actualidad de unos 600.000 hombres, perfectamente armados, equipados y entrenados; de ellos, 150.000 esperan en Quemoy y Matsu la posibilidad de un desembarco comunista. En el mar, el generalísimo chino dispone, además de la protección de la Flota americana, de su propia Escuadra, integrada por diez destructores y unos 150 navíos auxiliares.

Al otro lado del mar aguarda uno de los más temibles ejércitos del mundo, cuyas unidades terrestres cuentan hoy con más de tres millones de hombres movilizados, de los que medio millón se hallan situados frente a las costas del estrecho formosano.

Hace solamente un año, el Servicio de Información del Ejército Americano realizó una amplia investigación sobre la cuantía, medios y potencial del ejército de Mao Tse Tung. Según los datos suministrados, las fuerzas terrestres constan de 35 ejércitos de tres divisiones de infantería cada uno. Cuenta además con ocho o diez divisiones blindadas, dos de las cuales se hallan equipadas con tanques pesados «JS-III», de fabricación rusa. Las fuerzas aéreas están integradas por 2.500 aviones, casi todos «Mig-15» y «Mig-17»; estos últimos, que se montan ya en diversas factorías de la China comunista, figuran en número aun mayor que los primeros.

Aunque carece de grandes formaciones de bombarderos, la aviación comunista dispone de varios grupos de birreactores soviéticos «Il-28»; cuenta además con tres divisiones aerotransportadas integradas principalmente por paracaidistas. Estas tres divisiones permanecen hoy estacionadas en la costa de Fukien, cerca de los nuevos aeródromos construidos para el desencadenamiento de un posible ataque aeronaval a Formosa.

Es muy difícil poder determinar con precisión la certeza de estos datos sobre el potencial militar chino. Según otras informaciones, por ejemplo, el número de aviones pasa de 4.700. Claro es que esta afirmación proviene del general Peng Teh Huai, comisario político supremo de las fuerzas armadas comunistas chinas. En unas declaraciones a un grupo



Los nuevos oficiales del Ejército de Mao proceden en su mayor parte de las academias dirigidas por rusos

de ex combatientes japoneses presidido por el antiguo general Saiburo, llegó incluso a afirmar que los aviones que se comenzaban a fabricar en China se habían mostrado superiores a sus modelos rusos. Peng Teh Hwai señaló que los efectivos humanos del Ejército comunista ascendían a 3.500.000 soldados.

Desde el año 1956 existe en China un reclutamiento forzoso. Sin embargo, no resulta tarea fácil

para los conscriptores la localización de reclutas. Miles de activistas del partido se movilizan en las fechas del reclutamiento para «animar» a los jóvenes a incorporarse a las filas del Ejército rojo.

La Escuadra comunista se compone casi exclusivamente de pequeñas unidades, en su mayor parte destinadas a permitir un eventual desembarco en la isla de Formosa. Recientemente la

U. R. S. S. ha entregado 20 submarinos, que se sumarán al grupo de ocho con que contaba la Marina de la China roja. En total, el número de navíos parece ascender a unos 300.

ACERO Y HAMBRE

El primer Plan Quinquenal chino ha concluido ahora. En 1952 los dirigentes de Pekín emprendieron la tarea de transformar



Alarma en una base aérea del mando estratégico norteamericano (SAC) ante el problema de Formosa

HOMBRES PARA EL MAR

CADA importa tanto en la vida de los pueblos como el mantener en recuerdo perenne la necesidad de estar asomado al mar. Muchas naciones a quienes físicamente no fué concedido este bien han promovido incidentes y contiendas al percatarse de que el mar es un camino eterno para la esperanza y el engrandecimiento de los pueblos. Y daban lugar a ello buscando una ventana, un más o menos ancho brazo de mar por el que salir al mundo a cantar la pura vocación de su espíritu y la firme condición de su ansia marinera.

Otras naciones, en cambio, muchas veces asentadas sobre la frágil plata de las aguas, han ido empobreciéndose porque de manera torpe olvidaron que el mar está hecho por Dios para yunque y contraste de los altos valores humanos, para alimentación de los países, para que las gentes puedan conocer hombres de una pieza capaces de pasar a la posteridad, y para que de su seno salieran también, conquistadas por ellos, las grandes noticias que asombraron al mundo antiguo.

Cuanto a España, ha tenido asimismo épocas de somnolencia y olvido respecto del mar, pese a estar bordeando buena extensión de sus tierras. Pero esa actitud perniciosamente que nos condenaba a la ausencia en el comercio marítimo con otros pueblos tiende a superarse, de igual forma que en estos últimos tiempos hemos abandonado costumbres justificadas en ocasiones por la pereza, mas no por lo positivo que pudieran ofrecer.

Vuelta España de su alejamiento marino, miramos nuevamente al mar con más decidido y tesonero empeño. Queremos volver a él, haciendo constar lo que fuimos y lo que podemos ser.

El hecho está en la llamada vocacional de la juventud. Tres son las vías del mar pa-

ra el servicio y la riqueza y la seguridad: la tarea pesquera, la navegación comercial y la prestación de servicio a la Armada. A ellas aludía recientemente el Ministro de Marina, almirante Abárzuza, al manifestar que la Armada abría sus brazos a la juventud dispuesta a servir en alguna de sus tareas específicas. No es una llamada exclusiva para gentes pescadoras a quienes por oficio y entrega generosas de sus vidas cuando toca incorporarse a filas lo hacen, naturalmente, en la Marina. El llamamiento se dirige a los muchachos que en el litoral viven y a cuantos en el interior pueden asimismo servir el destino y la empresa marinera del país. Hacen falta no ya sólo los impetuosos, sino los que, teniendo una buena preparación, pueden constituir cuadros especializados de reservas. No basta únicamente, pese a su altísimo ejemplo, esa presencia juvenil, como en los «bous» de nuestra guerra, sino la posesión de la noticia precisa de que se va al mar con un bagaje de conocimientos para hacer más efectiva la aportación deseada.

Como llamada cordial a la juventud que está en condiciones de hacerlo han de interpretarse las palabras recientes del Ministro de Marina. La mocedad a la cual se dirigen las ha escuchado y acudirá en el momento oportuno al requerimiento, pues ha comprendido la necesidad de estar auténticamente de cara al mar. Porque siendo fuente de riqueza, a España puede retornarle, como en un viejo pasado glorioso, muchos bienes y la firmeza de un destino que no está sólo en el callado quehacer de las tierras interiores, sino también en esa cinta movediza que convoca a la esperanza y a la singular formación de los hombres que del mar han hecho tema y empresa para sus vidas.

toda la economía de esa inmensa extensión del continente asiático. Querían industrias, fábricas y ciudades para la nueva China y, naturalmente, copiaron el modelo soviético hasta sus últimos detalles. Veintidós años antes, la Unión Soviética había acometido la realización del primero de sus grandes Planes Quinquenales. Entonces, como ahora China, necesitaba más acero, más energía eléctrica y más cemento. No importaban los sacrificios de millones de seres y los jefes comunistas planearon sobre el papel la monstruosa empresa.

Mao Tse Tung fijó como objetivo primordial del plan el desarrollo a ultranza de la industria pesada. Las tres quintas partes

de las inversiones económicas han sido dedicadas a esta tarea, y de esta cantidad más de un 90 por 100 ha correspondido a la fabricación de maquinaria. Las razones están naturalmente bien claras. La China roja necesitaba una industria de guerra, pues las fábricas rusas no podrían bastar para armar al Ejército de Mao en caso de una tercera contienda mundial.

No se han hecho públicos los resultados reales del Plan. Según el proyecto, la producción de carbón debería ser incrementada en un 80 por 100; la del cemento, en un 110 por 100; la electricidad, en el 120, y el acero, en el 200. En 1954, al cumplirse los dos años de comienzo del Plan, se habían cu-

bierto algunos de estos objetivos; la producción anual de acero había pasado de 1.400.000 toneladas a 2.200.000.

Este es el anverso de la moneda. Al otro lado está la triste realidad que se abate sobre las grandes aglomeraciones urbanas y rurales. El pueblo chino, que ve alzarse en su territorio las nuevas fábricas y centrales, padece hoy la miseria más absoluta. En el mismo Plan Quinquenal se puede observar esta total indiferencia por los hombres sometidos a la férula de Pekín. En una nación arruinada primero por la guerra civil, por la mundial después y finalmente otra vez por una guerra civil, los campos han sido de nuevo olvidados. Sólo el 8 por 100 de las inversiones estaban destinadas a la agricultura y esta cantidad ni siquiera ha sido utilizada en su totalidad.

Continuamente llegan a Occidente noticias sobre sublevaciones campesinas contra el poder de Pekín. Estos informes no son sino una gota entre el aluvión de insurrecciones que se producen diariamente como manifestación del espíritu de resistencia al comunismo. Al mismo tiempo tales actos servían de pretexto para comenzar una gigantesca campaña de represión. Los métodos de Stalin en Ucrania durante el año 1928 han sido repetidos ahora por Mao en toda China. Desde enero del 1954 hasta agosto del 1955 los Tribunales Populares juzgaron 363.604 casos bajo la acusación de sabotaje al Estado comunista.

Estas instituciones judiciales típicamente marxistas se complementan con otras aun más expeditivas: los llamados Comités Populares, cuyo número se eleva en toda China a la cifra de 157.966, y los Tribunales ambulantes, en realidad auténticas «chekas», que, en número de 3.796, se trasladan incesantemente a través de todo el inmenso territorio chino, excitando a los órganos comunistas locales a intensificar la persecución de los elementos hostiles a las consignas de Pekín.

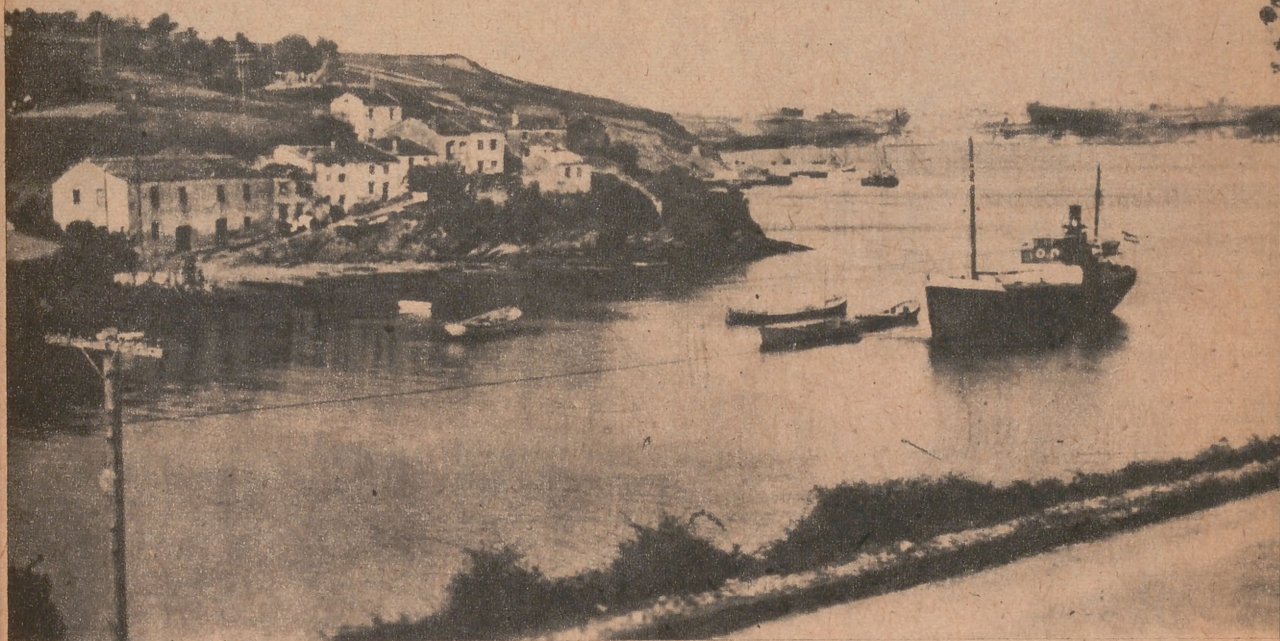
Los campesinos chinos son despojados del producto de sus tierras, que ha de servir para pagar la maquinaria que llega de Polonia, de Checoslovaquia o de la propia Rusia.

La imitación de la obra de la U. R. S. S. ha sido, pues, completa; al mismo tiempo que se desarrollaba la industria pesada se descuidaba la agricultura, despreciando, como en el caso de Rusia, las vidas de millones de seres. Si alguna diferencia cabe establecer es que tales calamidades son aun mucho mayores que en Rusia por razón de sus características geográficas. China es una nación aun más atrasada y hambrienta de lo que era la U. R. S. S. al emprender los Planes Quinquenales. Cuesta trabajo imaginar los resultados de esta monstruosa experiencia conociendo lo que ha significado para el pueblo ruso la pura esclavitud de los planes económicos.

En las tierras que han conocido antiquísimas civilizaciones, 60.000 «especialistas» rusos han dirigido la brutal realización del primer Plan Quinquenal.

Guillermo SOLANA

RIBADEO, PARA LA TIERRA Y EL MAR



PARADA OBLIGADA ENTRE ASTURIAS Y GALICIA

UN ALBERGUE DE TURISMO Y UN INSTITUTO LABORAL EN LA CABECERA MARITIMA DE LUGO

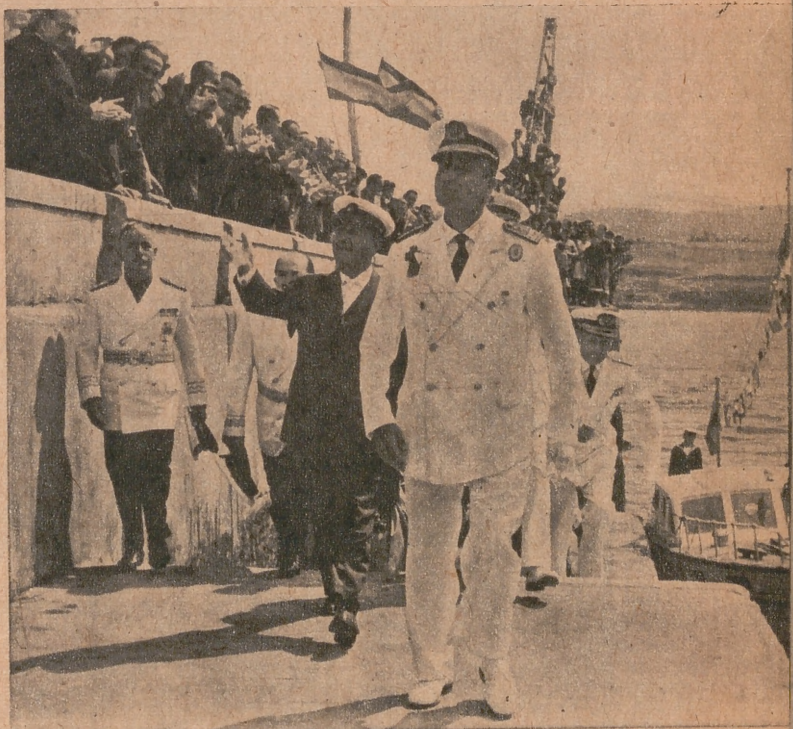
ASI como Castilla tiene su cabecera marítima y cántabra —La Montaña, Santander— la provincia de Lugo, que generalmente se cree que es una Galicia interior cerrada en un hórreo campesino, tiene también su salida al mar en las rías altas y su cabeza marítima y cantábrica en Ribadeo, para la aventura de la emigración, para el riesgo de la pesca y hasta para desfogar la luminosidad de los días claros hacia las brumas nórdicas del Gran Sol con bacaladeros de leyenda.

El río Eo, tan poético y truchero en sus remansos de la parte alta, forma en su desembocadura como una gran pestaña doble, en las dos riberas de la gran ría en cuyas orillas las vacas gallegas y asturianas se miran unas a otras con una misma melancolía, cuando tienen todas bajo el ojo el lucero de la tarde.

La ría del Eo es como la junta de agua entre el Principado y las tierras gallegas, como una especie de gran broche bellísimo que el Cantábrico abre y cierra al vaivén eterno de las mareas.

PARA LA TIERRA Y EL MAR

Aparte de su incalculable valor paisajístico—de su indiscutible belleza—, la ría del Eo tiene la propiedad de crear incluso un tipo humano que, además de estar en la intersección de lo galaico con lo asturiano, está también en medio



El Jefe del Estado llega a Ribadeo para inaugurar el nuevo Albergue de Carretera y el Instituto Laboral

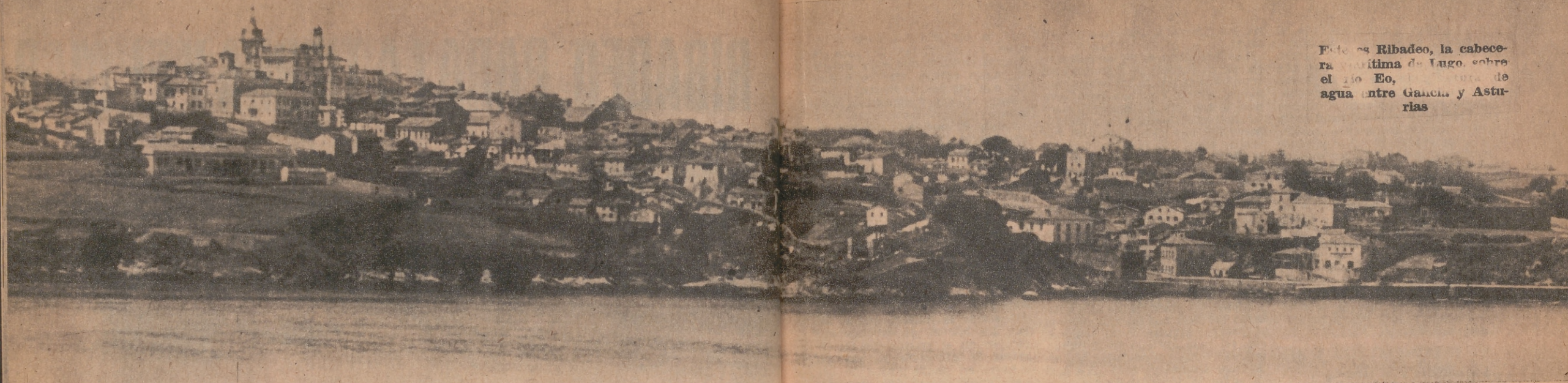


Foto de Ribadeo, la cabeza marítima de Lugo, sobre el río Eo, en la frontera de agua entre Galicia y Asturias

de la frontera entre lo campesino y lo marinero. La íntima unión de la tierra y el mar—el Cantábrico se adentra serena y decididamente con un aire reverencial como para promulgar con la tierra—ha producido este fenómeno de los hombres de tierra firme que entienden de cosas marineras y de los pescadores capaces de la preocupación meteorológica en función tanto de la cosecha del mar como de las cosechas de la tierra.

Cierto que el mar es un gran elemento unificador que hermana a muchos hombres en el riesgo, pero también es verdad que, como todo elemento unificador, el mar diferencia y crea como una especie de humanidad aparte entre sus hombres y los que permanecen en tierra. En todas partes ocurre esto, pero quizá se salve de este hecho universal el hombre de mar de las riberas del Eo, que se desenvuelve, desde hace muchos siglos dentro de un clan geográfico bien definido y dentro de importantes temperamentales y sutiles matizaciones de «morriña» de muy difícil encasillamiento.

EN LAS PINZAS DE LA RIA

Marinero, navegante por todos los mares; pescador de altura, pescador de bajura o modesto barquero de ría que en la marea baja sorteja los bancos de arena para ir difícilmente de una orilla a la otra, el hombre de mar del Eo, cogido siempre entre las pinzas de su ría natal, no olvida nunca la tierra, sus necesidades y ni siquiera el arte de su cultivo, aprendido quizá en la infancia o que aflora por intuición, por virtud heredada que se lleva en la masa de la sangre.

Muchos de ellos después de la aventura lucrativa en la mar, después de la cosecha de los peces, atienden al cultivo de un huerto a veces minúsculo, pero que sirve de compensación al sedimento de primitiva sencillez de quien ha monologado con la inmensa grandiosidad móvil de las olas y ese hombre altivo y desenfadado, como todo el que tiene una profesión que implica un positivo riesgo, se hace hortelano como una vuelta a la humildad un poco monacal y como un descanso al guerrear de la pesca.

Como la marea de la ría, la emigración suele ser en ellos de ida y vuelta; como una salida a una cosecha de anchas posibilidades después de la cual se vuelve a la parroquia, a la aldea para favorecerla con dádivas de indiano y con consejos al amor de la lumbre de la vejez.

UN RECUERDO AL «VIEJO PANCHO»

De Ribadeo—la cabeza marítima lucense—salió un día para América don José María Alonso Trelles y Jarén, «El Viejo Pancho» de la literatura uruguaya y el mejor poeta que ha sabido interpretar, a caballo, el alma de los gauchos. No hace mucho que la población de Ribadeo honró la memoria «El Viejo Pancho» con un monumento y con la inauguración de una buena biblioteca municipal que lleva el nombre que al fundir su espíritu cultivado con el alma hispanoamericana dió un buen ejemplo para la perdurable unidad de las «inclitas razas ubérrimas».

El monolito a la memoria de «El Viejo Pancho» está, en el centro de la población de Ribadeo, muy cerca de otro monolito conmemorativo: el de las hazañas de los «bous» que en los primeros tiempos de la guerra de Liberación tuvieron en el puerto ribadense su base militar para el bloqueo del Cantábrico con embarcaciones pesqueras de fortuna, provisionalmente armadas para aquella circunstancia. Si sobrio es el monumento a «El Viejo Pancho», todavía lo es más la piedra con la cruz grabada que recuerda a los marinos y pescadores de los «bous» que con muy humildes medios bélicos—jaquellos cañoncitos de proa!—lucharon por la unidad de España.

SOBRE LOS ESCARPADOS DEL PUERTO

La población de Ribadeo está edificada en una llanura que se extiende sobre los escarpados del puerto y ella misma se parece un poco a una nave que avanza audazmente hacia el mar abierto. Es una población situada en un paisaje risueño y quizá por eso pueda caer en melancolía, pero jamás en una desesperada tristeza.

Es alegre Ribadeo y abierta a todos los vientos. Muy antigua en la Historia, ya que se le identifica con la romana Ripa Eo, que después se llamó Ripa Evi, no cae en las nostalgias históricas ni está aplastada por el peso glorioso de su pasado, sino que vive también para la actualidad y especialmente para la forja de su propio futuro. Ni es una población encerrada en sí misma, enquistada en su misma esencia, ni una de esas localidades sombrías en las que el forastero se encuentra siempre desplazado y como con una etiqueta a la espalda, sino un lugar sumamente acogedor, hospitalario y amable que viene ejerciendo desde muy antiguo su oficio de parada y fonda para quienes por la carretera general y en los soberbios paisajes de la costa cantábrica se dirigen desde Oviedo a La Coruña o hacen el recorrido en la dirección contraria. Casi es la mitad del camino. Oviedo dista 173 kilómetros y La Coruña está a 155.

POBLACION DE ESPACIO ABIERTO

Población de grandes espacios abiertos, con jardines y «zonas verdes» como en una gran ciudad, lleva muy bien su prestandia de cabeza de partido judicial, de aduana marítima de la provincia lucense y de sede de la ayudantía de Marina. El botón de ancla le va bien a Ribadeo desde los tiempos en que el obispo Gelmírez soñaba con singladuras de Armadas mitrales contando siempre con Ribadeo para sus sueños episcopales de grandeza naval. Le va bien el botón de ancla por la gran cantidad de ribadenses que sirven en la Marina obedeciendo a una vocación heredada, por su alto censo de hombres de mar y hasta por el orgullo que tiene de haber sido, en la Cruzada, el nido de los «bous» pesqueros armados casi en corso para la más blanca de las piraterías y la más heroica, inverosímil y poética de todas las aventuras que registra la historia naval española.

EL PARADOR NUMERO 33

Lugar abierto y sitio de paso en el que paran los automóviles de turismo, como una costumbre más que una necesidad, para que

las gentes se sienten a manteles.

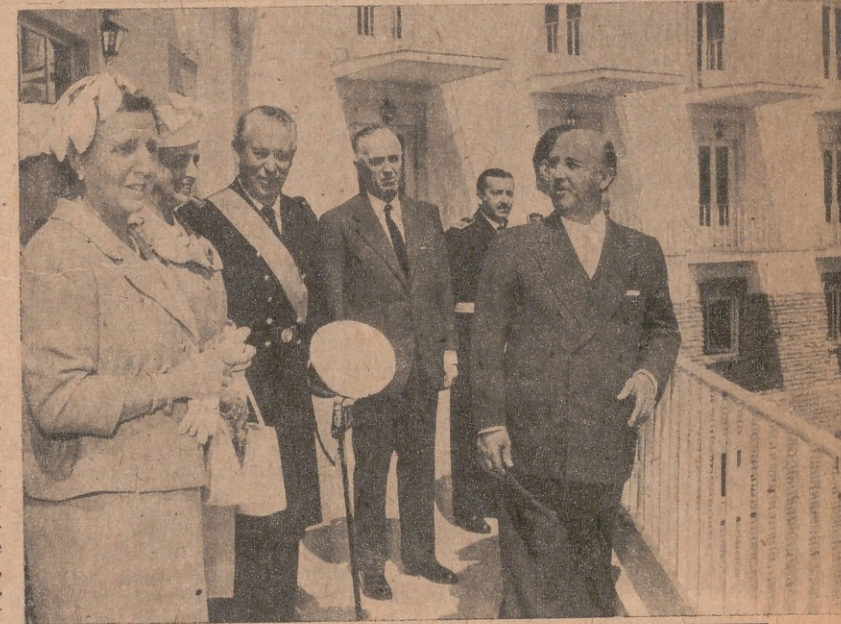
Siempre hay parada en Ribadeo para el tráfico de la carretera general; por eso ha sido esa población—aparte de sus cualidades estéticas que ella misma tiene y que tanto prodiga el paisaje circundante—muy apta para establecer en ella un Parador de Turismo.

Con este establecimiento hotelero son ya treinta y tres las instalaciones de este tipo que dependen de la Dirección General de Turismo. Con toda la categoría de Parador, el edificio de Ribadeo entra más bien, por su especial situación, en el calificativo de albergue de carretera. A doscientos metros del centro de la población ribadense, ha sido edificado sobre un altozano desde el que se domina un amplio panorama de la ría del Eo, sobre la belleza natural del agua y de la ribera asturiana al fondo, en la que destaca, completamente enfrente, la población de Castropol, más a la izquierda Figueras y a la derecha y hacia el fondo de la ría la villa de Vegadeo.

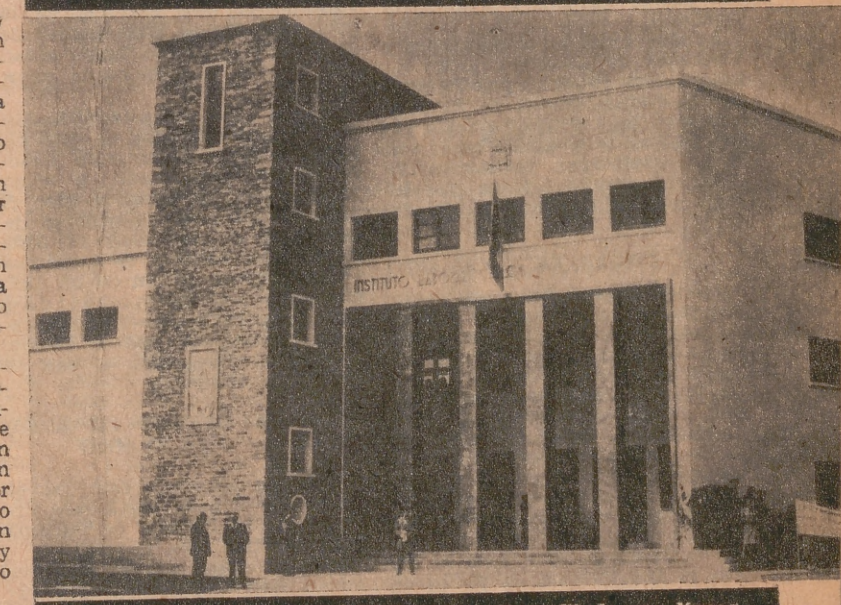
POSADA EN MITAD DEL CAMINO

El Parador, número treinta y tres comenzó su construcción en febrero del pasado año en terrenos facilitados por el Ayuntamiento de Ribadeo. Sobre tierra sagrada, ya que estuvo allí el antiguo camposanto ribadense. Lo privilegiado del paisaje y lo adecuado del emplazamiento han soslayado lo que para cualquier espíritu estrecho podía haber parecido un inconveniente. La fuerza vital de los ribadenses es tan grande que no le tienen miedo a la muerte ni aun en el momento de escoger un lugar para los establecimientos de hospitalidad. Enfrente de este soberbio albergue de carretera hay una plazoleta para el aparcamiento de automóviles con toda una ristra de garajes individuales que siguen un poco la moda del «motel» en el que el turista puede encerrar su coche no en un multitudinario almacén de automóviles, sino en un pequeño espacio separado y justo del que se pueda incluso guardar la llave.

La carretera general de Oviedo a La Coruña pasa entre esa plazoleta de aparcamiento y el pe-



El Generalísimo Franco en el acto de inauguración del nuevo Albergue de Carretera de Ribadeo, construido por la Dirección General de Turismo



El Instituto Laboral de Ribadeo alza el perfil de sus líneas clásicas

queño jardín que da entrada al albergue y en el que está plantado un alto mástil para la bandera. El edificio es de una elegante sobriedad y nobleza en la piedra fuerte de sus muros. Su cimentación se parece un poco a una de esas defensas que se construyen contra los deslizamientos de tierra o los aludes de nieve y vence el desnivel del terreno en que está enclavado con una justa solución arquitectónica. Amplios ventanales en la parte baja se abren a los salones de recepción y al amplio comedor, en el que caben holgadamente ochenta personas. Ajustado a la necesidad del tránsito mucho más que a la de residencia, el establecimiento turístico de Ribadeo tiene veinticinco habitaciones dobles, todas con baño privado y la mayoría de ellas con terraza propia y seis habitaciones individuales.

SE COMPLETA LA SERIE

Los salones y el comedor están elegantemente decorados y una gran chimenea rústica da una nota más de autenticidad.

La red de paradores turísticos del noroeste de España, que cuenta con los establecimientos de Pontevedra, Riaño y Pajares, en la categoría de Parador Nacional, y con los albergues de carretera de La Bañeza y Puebla de Sanabria, se va ampliando con este nuevo eslabón que viene a remediar una necesidad sentida por la corriente turística entre Asturias y Galicia. En un futuro próximo el Parador de Turismo de El Ferrol del Caudillo y el albergue de carretera de Villafranca del Bierzo completarán toda la serie de alojamientos que harán más viable a los turistas el sosegado conocimiento de las bellezas naturales de toda esta región.

La red de paradores turísticos de la Dirección General de Turismo cumple una etapa de ampliación decisiva, ya que, además del inaugurado establecimiento de Ribadeo, dentro de poco va a abrirse también el albergue de carretera de Tordesillas (Valladolid) y en el próximo año está prevista la inauguración de los paradores de Córdoba, Cañadas del Teide (Tenerife), Villafranca del Bierzo (León) y Villacastín (Ávila).

Aunque todos estos paradores y albergues de carretera están situados en lugares privilegiados por la naturaleza, el de Ribadeo confirma muy bien esta regla general y las bellezas del lugar son bien explotadas turísticamente desde la amplia terraza que ha sido construida sobre la ría del Eo.

NAVEGAR ES NECESARIO

Abajo, las pequeñas embarcaciones pesqueras y hasta el tráfico del puerto en el lugar que se destina a los buques mayores, Figuería, mientras otras embarcaciones recalán en Escabana o en Porcellán, ya que las posibilidades portuarias de Ribadeo se ofrecen en varias rinconadas que son como regazos marineros, por si aún no estuviera bien protegida esta ría que abriga a las naves de una manera natural; por si aún no fueran bastante de rompiente de las olas la isla Pancha, la punta de la Cruz y la misma barra de are-

na suavizante a los embates del mar.

La vida cultural de los casi cinco mil habitantes de Ribadeo está representada por la biblioteca municipal «Viejo Pancho», pero también lo está por los dos periódicos locales: «La Comarca» y «Las Riberas del Eo». Son como dos naves de papel que confirman en su temática y en su misma existencia lo necesario que es navegar.

El hecho de que tengan una vida propia y bastante floreciente dos periódicos en una población relativamente pequeña ya indica de por sí que Ribadeo no solamente está viva, sino que es también vitalista y preocupada por las cosas del espíritu.

Don José María Puebla Pumarín, director, propietario y único redactor de plantilla de «Las Riberas del Eo», nos ha hablado con el natural orgullo de su semanario, «el más antiguo de España», que ve la luz periódicamente desde hace setenta y cinco años desde el fondo de una bastante sombría imprenta. «Tengo muchos suscriptores en América»; y en efecto, «Las Riberas del Eo» vienen a ser como regularizadas pelomas mensajeras para los ribadenses que viven al otro lado del Atlántico, como una llamada a la vuelta al suelo natal.

Una mejora para la hospitalidad y otra para la cultura. El Instituto Laboral de Ribadeo era una necesidad sentida en todo el partido judicial, en toda la comarca y aun en las dos riberas del Eo. Y se le sentía necesario en su modalidad agrícola y ganadera.

Era preciso fijar en la riqueza del campo y la cabaña muchas inquietudes emigrantes de la juventud rural, así como darle a Ribadeo un centro moderno de expansión cultural y técnica.

Uno de los luchadores más incansables en pro del rango espiritual y las mejoras materiales de Ribadeo es don Dionisio Gamallo Fierros, director del nuevo Instituto Laboral. El ha sido quien ha organizado toda la parte humana de este centro y buena parte de lo que podemos llamar estructura técnica.

El Instituto Laboral está levantado al otro extremo de la población, frente a un parque de altos árboles. Tiene líneas clásicas y una impresionante presencia.

Hemos visto cómo familias humildes, acompañadas de sus hijos, visitaban el Instituto Laboral recién inaugurado, y cómo los conserjes atendían a todo el mundo explicando la utilidad de cada una de las salas. El Aula Magna, los talleres de mecánica —que tampoco faltan en un Instituto Laboral de modalidad agrícola y ganadera—, el laboratorio químico, la clase de Dibujo, el aula de Geografía, el bar, la capilla, la biblioteca.

UN CENTRO DE BUEN CONTAGIO

Casi no sabemos decir si el pueblo de Ribadeo está más orgulloso de su Parador de Turismo o de su Instituto Laboral.

Para el curso que va a empezar ya han sido contratados autobuses que lleven a los alum-

nos de los diversos pueblos, aldeas y parroquias de toda la cuenca cultural que va a recoger el nuevo centro, que va a contar con campos de cultivo y parcelas de experimentación agrícola.

Desde el pie alto del Instituto Laboral de Ribadeo se ve una amplia extensión de mar abierto y tentador para el fondo de las emigraciones seculares, que deben ser vencidas por la aplicación a lo concreto e inmediato.

La América está también aquí. En este rico partido judicial. En las avellanadas, las hortalizas y las frutas. En la riqueza ganadera y forestal, que es preciso aprovechar racional y científicamente. En las industrias de salazón, de conservas de escabeche; en las de aserrar la madera que se llevan los buques de cabotaje que recalán en el puerto. En las fábricas de chocolate, de gaseosas y hasta en las de pirotecnia, que han tenido en este día inaugural una buena salida a sus cohetes y bombas de palenque.

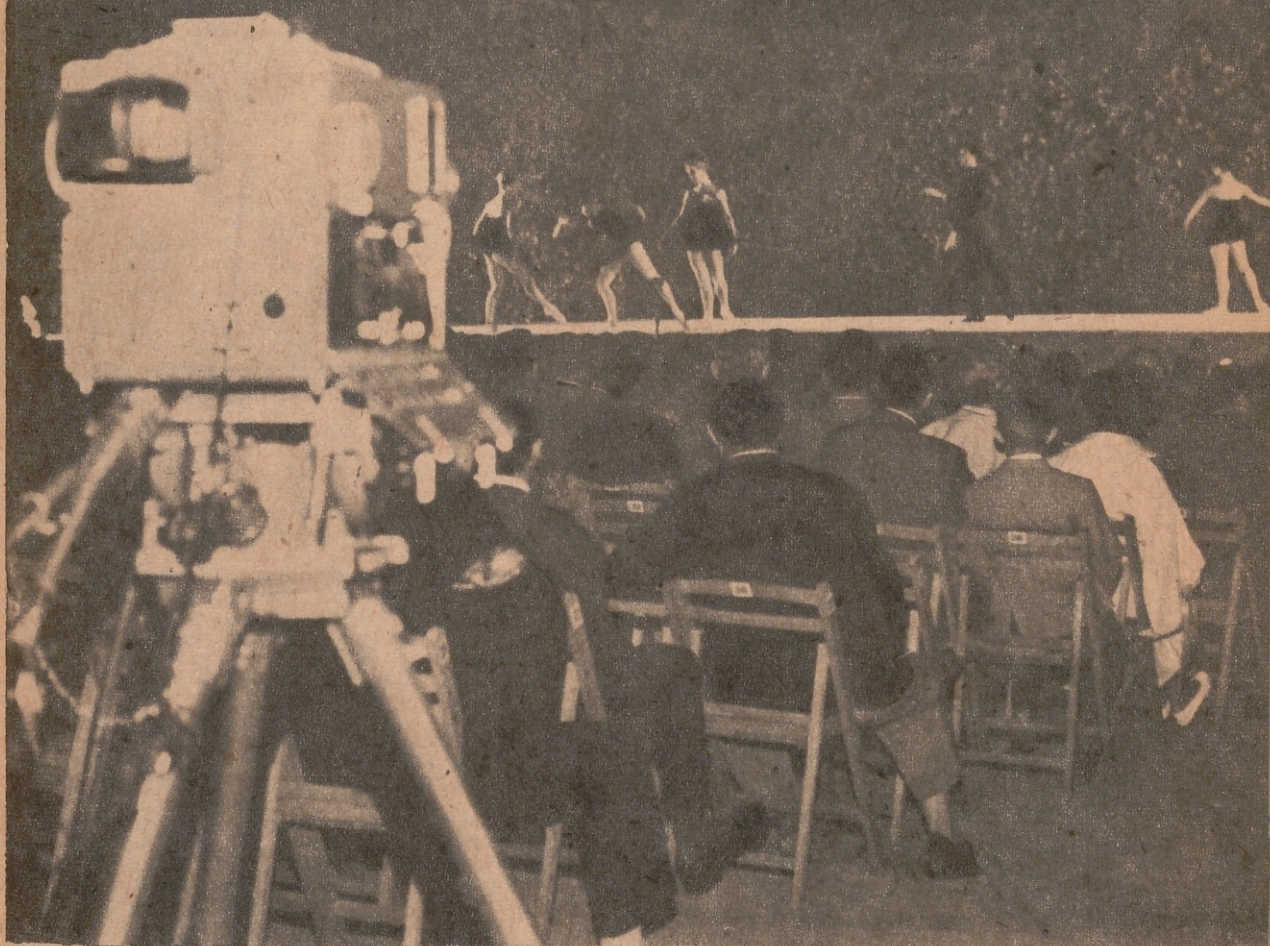
Y está también la riqueza en las cuencas mineras que tiene el partido judicial. La de Villadodríd, la de Vega de Ribadeo, Villameá, Trabada y San Cosme, que recorre un ferrocarril que los ribadenses quieren ver prolongado hasta Lugo, a sesenta kilómetros más allá del actual alcance de esta línea férrea.

UN FUTURO QUE EMPIEZA

Por lo demás, todo en orden. Las calles, limpias. Un servicio urbano de regulación del tráfico digno de una pequeña capital; jardines y parques públicos; hoteles suficientes a la actual corriente turística y más ahora con el refuerzo que supone la inauguración del parador-albergue de carretera. Los centros de enseñanza, las escuelas públicas y las de instituciones religiosas como las que tienen las Clarisas o la comunidad de Agustinos se han visto reforzadas por el atractivo que para la juventud estudiosa supone el Instituto Laboral y las dos bibliotecas, la del Instituto y la que la Municipalidad ha montado, con la ayuda de todos, incluso con los fondos que envían los emigrados de América, son el remate para la expansión de la cultura ribadense en este futuro que empieza con buen pie.

Se habla incluso de montar una emisora de radio, pero todo se andará en esa villa vital y esperanzada, cuya población —con el natural agradecimiento por las mejoras— hemos visto apiñada en los altozanos sobre el puerto y en el embarcadero mismo, saludando alborozada la presencia del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, cuando llegó, en una lancha motora, al puerto de Ribadeo para inaugurar, en una sola jornada, un gran mojón de carretera para la más fácil hospitalidad turística y un buen centro de cultura laboral para las necesidades de ahora y para las que van a surgir en una población ribadense todavía más moderna, más rica e industrializada.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)



EL ARTE LLEGA A TODOS

FESTIVALES DE ESPAÑA EN EL RETIRO DE MADRID

LAS FIGURAS MAS FAMOSAS DE LA MUSICA, DEL TEATRO Y DE LA DANZA

DESDE el improvisado bar bajo los árboles, a las doce de la noche, con el calor huyendo del parque del Retiro, estoy viendo a un hombre paralítico, sentado en su silla de ruedas. Es un hombre humilde, tranquilo, con cierto aire de filósofo. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho; la cabeza levemente inclinada hacia la izquierda; los ojos fijos en el escenario. Llevo, calmoso, media hora mirándole a intervalos. No se ha movido en todo el tiempo; no ha desviado ni las pupilas ni apenas ha cambiado una mano de lugar. Escucha y mira con atención enorme; bebe el espectáculo.

Es hermoso esto. En el escenario no se representa una comedia bufa, facilona y plagada de con-

cesiones al público. Tampoco se trata de algo policiaco, ni siquiera existe ese sentimentalón aliento de una canción de tiempos pasados.

Es un «ballet». Nada menos que un «ballet» francés, que va, en la noche madrileña, desgranando piezas clásicas. Es hermoso que un hombre como éste avizore cada baile, cada compás, y me entristezco pensando que en Madrid, capital de España, sólo podemos ver estas cosas de Pascuas a Ramos, gracias, casi siempre, a los Festivales de España, a esos mismos Festivales que en estos días vuelven a las plazas, al atrio de la catedral, a los jardines, en una sinfonía repetida que multiplica sus ecos a lo largo y a lo ancho

de la España. Ya es sabido que los Festivales de España fueron creados por el Ministerio de Información y Turismo, a través del Patronato de Información y Educación Popular, con la feliz y asombrosa idea de ofrecer al pueblo las más excelsas obras de arte—autos sacramentales, «ballet», sinfonías—que se creían únicamente apropiadas para minorías.

La noche del Retiro es tranquila, apacible. Cerca, las estatuas de Reyes, porque el tinglado de la antigua farsa se ha montado precisamente en el paseo de las Estatuas. Todas las localidades, dos mil largas, están abarrotadas. Hay un enorme silencio en el que solamente rebota la música de

la orquesta y el sesgo repentino y fugaz de los zapatos de los bailarines. La televisión española, con dos ojos mágicos, toma escenas para darlas más tarde al público español.

En el bar improvisado se vende cerveza, coñac y refrescos. Uno de los camareros me dice que los días anteriores no fueron lo que se dice un buen negocio. Se presentó en Madrid el frío viento del Guadarrama y la cosa se puso muy nublada. Pero hoy, ya el calor a lomos de las horas, ha cambiado el panorama. Estoy solo en el bar. Son poco más de las doce. Y es en este momento cuando Janine Charrat sale a escena. La ovación cerrada con la que se la acoge me obliga a pensar un rato largo en esta mujer excepcional que pasea su arte por todo el mundo.

UNA CARRERA FUERA DE LA OPERA

«Janine Charrat ocupa en el «ballet» francés contemporáneo —dice el «Diccionario del Ballet Moderno»— un lugar muy particular: es una de las pocas bailarinas cuya carrera se ha desarrollado fuera de la Opera y ha conquistado ya un renombre internacional tanto como intérprete, como por coreógrafa. Jeanne Ronsay, especializado en danzas orientales, fué su primer maestra y de sus enseñanzas conserva en sus gestos la mayor delicadeza expresiva. Una sorprendente facilidad para improvisar una desbordante imaginación le han impedido someterse a la estricta disciplina del «ballet» clásico.»

Realizó sus estudios clásicos de 1937 a 1942 en las clases de Mme. Egobora y de A. Voltinine, que fué «partenaire» de la célebre Ana Pavlova. Comenzó su carrera en la película «La muerte del cisne», donde interpretaba el papel de Rose-Souris, en el año 1937. Ya entonces causaría admi-

ración por su talento de intérprete, con matices de gran actriz.

Su incorporación a la compañía Roland Petit fué decisiva. Junto a este gran bailarín y coreógrafo realizó e interpretó cortos «ballets» gracias a los cuales se fué perfilando su capacidad creadora; más su gran maestro ha sido Serge Lifar, el del célebre duelo con el marqués de Cuevas, y su primera gran creación fué el «ballet» «Jeu de Cartes», inspirada en la música de Stranwinsky, que fué estrenado con gran éxito en 1945 por los «Ballets» des Champs-Élysées, cuando la joven artista solamente tenía diecisiete años, en que demostró su precoz ingenio que valora a Janine Charrat y abre para ella un porvenir esperanzado. En aquellos años realiza recitales con Roland Petit y dibujan su vestuario Jean Cocteau, Marie Laurencin y Christian Bérard. La influencia de Serge Lifar se hace patente también en sus nuevas creaciones «Cressida» (música de Aubil), que estrena en 1946 con los «ballets» de Montecarlo, y en «Concerto» (música de Prokofiev), que estrena en la Opera Cómica de París al año siguiente. En 1948 se une nuevamente a Roland Petit figurando como estrella en sus «ballets» de París, donde ella presenta tres nuevas creaciones: «La mujer y su sombra» (música de Tchérépnine); «Tema y variaciones» (música de Tschaikovsky) y «Adam Miroir», en colaboración con Jean Genét y Darius Milhaud, obra bailada solamente por hombres con un extraño decorado de espejos y en la cual se revela como una maestra excepcional.

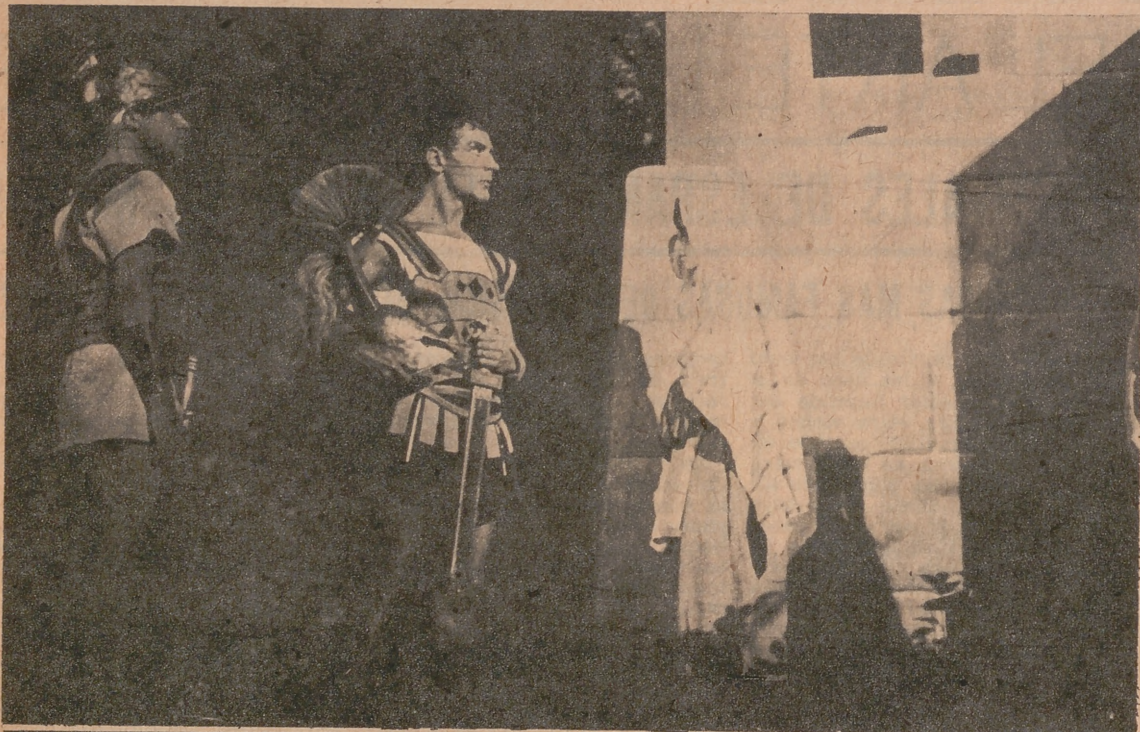
Continúa siendo solicitada para desarrollar su fecunda labor creadora por la Opera de Amsterdam y para los Festivales Holandeses el «ballet» «Oberón» sobre la música de Weber y por el teatro Suizo de Jorat en el Festival patrocinado por el Gobierno Federal «Pasage de l'Etoile».

En 1951 crea su propia compañía en la que realiza originalísimas obras coreográficas y sus programas son siempre recibidos con el mayor éxito de sus extensas continuas y triunfales giras artísticas en las cuales recorre Holanda, Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Suiza, Italia, Alemania, Argelia, Hungría... Entonces es cuando llega al Festival Internacional de Santander con carácter de auténtica revelación y espléndido éxito que le valen realizar una «tourné» por los Festivales de España del año 1955, que culminan con su presentación ante el público de Madrid en el teatro de la Zarzuela.

También realiza ocho cortome trajes para la televisión americana, que la popularizan como gran intérprete ante aquel público, que hasta el año pasado no pudo recibir su visita.

En 1952 produce para su repertorio de la compañía que tan acertadamente dirige «La matanza de las Amazonas» (música de Semenov), «Las Algas» (música de Guy Bernard), «Heracles» (música de Thiriet) y en honor de Leonardo de Vinci «Geste pour un inventeur», sobre música concreta de M. Jarre. En 1955 realiza una interesante coreografía inspirada en «La valse», de Ravel, y la «Primera Sinfonía», de Beethoven, en la cual sigue el estilo de Balanchine de «Danza por la danza», y logra en un soberbio «Pas de Deux», lo que estimamos su obra maestra, que es el «Concierto», de Grieg.

Por todo ello, a la edad de treinta años, ha demostrado un ingenio, una capacidad creadora incomparable en la época actual del «ballet». Una impresionantísima carrera; pero, además, como bailarina tiene un estilo en el cual se une la sensibilidad y el temperamento expresivo, brillante y bravo, con una técnica extraordinaria. Llena de ideas, con facilidad de inven-



Una escena de «Alejandro Magno», por la compañía de Adolfo Marsillach



«Suite en Blanc», ballet de Janine Charrat, durante su representación. Abajo, la primera bailarina Mlle. Bordier recibe los cuidados precisos después de su actuación

ción, se ha dejado llevar por un instinto que concede a sus obras coreográficas interesantes hallazgos de orden plástico que se insertan perfectamente en el estilo neoclásico que ha elegido.

UN ESPECTACULO PARA TODAS LAS FORTUNAS

Es éste el primer espectáculo presentado por los Festivales de España en el paseo de las Estatuas, del Retiro. Después, durante casi todo el mes de septiembre, seguirán las representaciones, cerrando un ciclo en el que no queda casi nada por tocar desde el punto de vista de un tablado. A continuación de Janine Charrat y su «ballet», se presentó Pilar LÓ-

pez, con su «ballet» español, creado por Argentinita, en el que, una vez más, Pilar López puso todo su fuego y la maravilla de su inigualable arte. Cuatro días de actuación para dar paso a la Orquesta Sinfónica de Madrid, con los solistas José Iturbi y Mario Braggiotti. José Iturbi, ese hombre que devora kilómetros, que casi pasa tantas horas en los aviones como en los hoteles, vuelve una vez más a España para hacerse protagonista de los Festivales, como llegó también cuando la riada de Valencia, como llega siempre cuando considera que se le necesita.

En la primera sesión de la orquesta sinfónica, que dió paso a

dos días de música pura, se presentó ante el público de Madrid el maestro Vicente Spiteri como director titular de la sinfónica, y actuó Iturbi como solista del «Tercer concierto» de Beethoven.

Iturbi, como dijo Javier Alfonso, es, por estilo, personalidad y escuela, trayectoria bien definida dentro del pianismo actual y, más concretamente, del pianismo español. Ha apartado con su especial concepto de la técnica pianística principios y resultados de solidez innegable.

El día 29 el tablado del Retiro, amplio y solemne, recogió la simiente del teatro, interpretado por la Compañía «Teatro de hoy», de la que es primer actor y director

EN LOS CAMINOS DEL AIRE Y DEL ESPACIO

DESPUES de los «bangs» característicos que señalan el paso a través de la barrera del sonido, un avión puede, si el motor se lo permite, seguir aumentando su velocidad. Al cabo de poco tiempo el piloto advertirá un calor excesivo. Allí afuera, al contacto ultrarrápido del aire, comienzan a fundirse las aleaciones del avión. El avión está llegando a la barrera del calor. Si no van especialmente preparados, piloto y aeronave acabarán desintegrándose en pocos instantes.

Cerca del Polo Norte las brújulas no sirven para nada; comienzan a girar incesantemente y hay que volver otra vez a los viejos hábitos de mirar a las estrellas para poder saber si la dirección es exacta. Pero a veces no aparecen los astros y es preciso recurrir a un complicado procedimiento, que es la navegación por inercia, en la que se tienen en cuenta los impulsos realizados por el motor, el tiempo que éstos duran y las variaciones de dirección que se experimentan.

Estos son, entre tantos otros, algunos de los problemas y cuestiones que comenzarán a debatirse en Madrid el día 8 de septiembre. Hombres experimentados que diseñan y construyen aviones de todo el mundo se van a reunir para celebrar el I Congreso Mundial de Aeronáutica, que prolongará sus sesiones hasta el día 14.

Hace dos años se constituyó oficialmente la Sociedad Internacional de Ciencias Aeronáuticas (International Council of the Aeronautical Sciences), integrada por las agrupaciones de ingenieros de diversos países, entre las que figura la Asociación de Ingenieros Aeronáuticos de España. Nuestra representación pertenece al I. C. A. S. en calidad de miembro fundador de este organismo, que en una de sus reuniones previas adoptó el acuerdo de celebrar en España este primer Congreso.

Junto a las dos cuestiones señaladas, el amplio programa de las sesiones incluye temas sobre transmisiones a grandes altitudes, materiales resistentes a elevadas temperaturas, isonorización, infraestructura, etc. Todos ellos se relacionan de un modo directo con lo que hasta ahora podía considerarse tradicionalmente como Aeronáutica.

Pero los hombres que acuden a Madrid son también en gran parte los que preparan en todo el mundo las investigaciones sobre la novísima ciencia de la Astronáutica. Por eso junto a esos temas figuran también otros relativos al desarrollo y perfeccionamiento de los satélites artificiales y sobre los diversos métodos de propulsión en Astronáutica.

A las reuniones asistirá el director de muchos grandes centros de investigación sobre Aerodinámica en los Estados Unidos, el profesor Von Karman, un hombre que conoce bien los caminos que llevan a España, pues permanece en nuestra Patria largas temporadas. Algunas de sus obras han sido traducidas por su eminente colaborador español coronel Pérez-Marín, secretario general y técnico del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica.

La elección de Madrid como lugar de reunión del I Congreso Internacional de Aeronáutica no ha obedecido solamente al simple anhelo turístico y al interés hacia España; es también una deferencia a la participación española, en la que figuran hombres de reconocida valía, dignos sucesores en la labor científica de aquel gran inventor que se llamó Juan de la Cierva.

Precisamente, y con motivo de la celebración del Congreso, la Asociación de Ingenieros Aeronáuticos de España ha organizado su primera conferencia «Juan de la Cierva», que desarrollará el ingeniero don Pedro Blanco Pedraza ante los congresistas.

Los grandes aviones de las líneas comerciales traen en estos días hacia Barajas a muchos de los hombres que un día los concibieron sobre la mesa de estudio y los laboratorios de investigación. Junto a esas grandes aeronaves figuran también en su haber los modernos reactores. En un futuro próximo algunos de estos ingenieros harán posible la construcción de las primeras astronaves que, con hombres o sin ellos, dejarán nuestro planeta. Aquí, en Madrid, compulsarán con sus compañeros de otros países datos e informaciones que permitirán en el futuro un más lejano vuelo de la Aeronáutica, una ciencia que no parece tener límites.

Marsillach. En «Alejandro el Magno». Terence Rattigan intenta, según versión del crítico Marquerie, hacernos ver, oír y sentir la tragedia íntima del personaje al que su instinto de poder y su megalomanía, como consecuencia de sus campañas y de sus conquistas, va deshumanizando hasta convertirle en el esclavo de su propio mito. Rattigan, más o menos, quiere llevarnos a la conclusión de que la soledad del guerrero griego, convertido en sátrapa oriental, es su mayor y más terrible castigo.

En «Ondina», de Girandoux, autor francés poco conocido en España, fábula que abre las puertas del mundo de la fantasía, tuvo un personalísimo éxito la joven actriz María Amparo Soler. Miguel Narros, el joven director que ha comenzado a colocar sobre su nombre la llamada de atención del público, ha escogido para la presentación de su Compañía en los Festivales de Madrid los títulos siguientes: «Antigona», de Anouilh; «El triunfo del Amor», de Marivaux; «La dama duende», de Calderón de la Barca, y «El caballero de Olmedo», de Lope de Vega.

Es curioso lo que sucede con «Antigona», de Anouilh. Diferentes Compañías de teatro de ensayo la han representado ya en la capital y sin embargo cada director joven intenta y consigue incorporarla de nuevo a su repertorio. No sé si en este caso existe un movimiento de réplica del público o si, por el contrario, es el propio director el que desea enfrentarse como prueba con las extraordinarias dificultades que lleva aparejadas la más importante obra de Anouilh.

José Tamayo, por su parte, nos llevará sus dos Compañías. Del 15 al 18 de septiembre, la Compañía titular del teatro Español, de Madrid, pondrá en escena, «Los intereses creados», «Otelolo», «El Alcalde de Zalamea» y «Enrique IV». Tamayo comienza por Benavente, al que rindió un homenaje poco después de su muerte con aquel montaje poético y ardoroso, y cierra el ciclo con Pirandello, el autor que prefiere, según sus mismas palabras, porque Tamayo dice que Pirandello es el dramaturgo que más insinúa, que con más fuerza produce impactos repentinos.

Luego Tamayo nos traerá la Zarzuela. Y vuelve, cómo no, «Doña Francisquita», con su bautismo extranjero en Alemania, cada vez más lozana en el sentimiento popular. Después seguirán «Las gondolinas», la castiza «Verbena de la Paloma», «Agua, azucarillos y aguardiente» y, por último, «La revoltosa».

Música, teatro, danza. Programas que responden a un criterio de máxima selección, sin concesiones a una supuesta ignorancia de la mayoría. La práctica ha enseñado que éste es el camino, que los hombres de España, pobres o ricos, aman los espectáculos bellos y elevados, siempre y cuando estén a su alcance las representaciones en lo que se refiere al aspecto económico.

Y en los Festivales de España tienen entrada todas las fortunas.

Pedro MARIO HERRERO

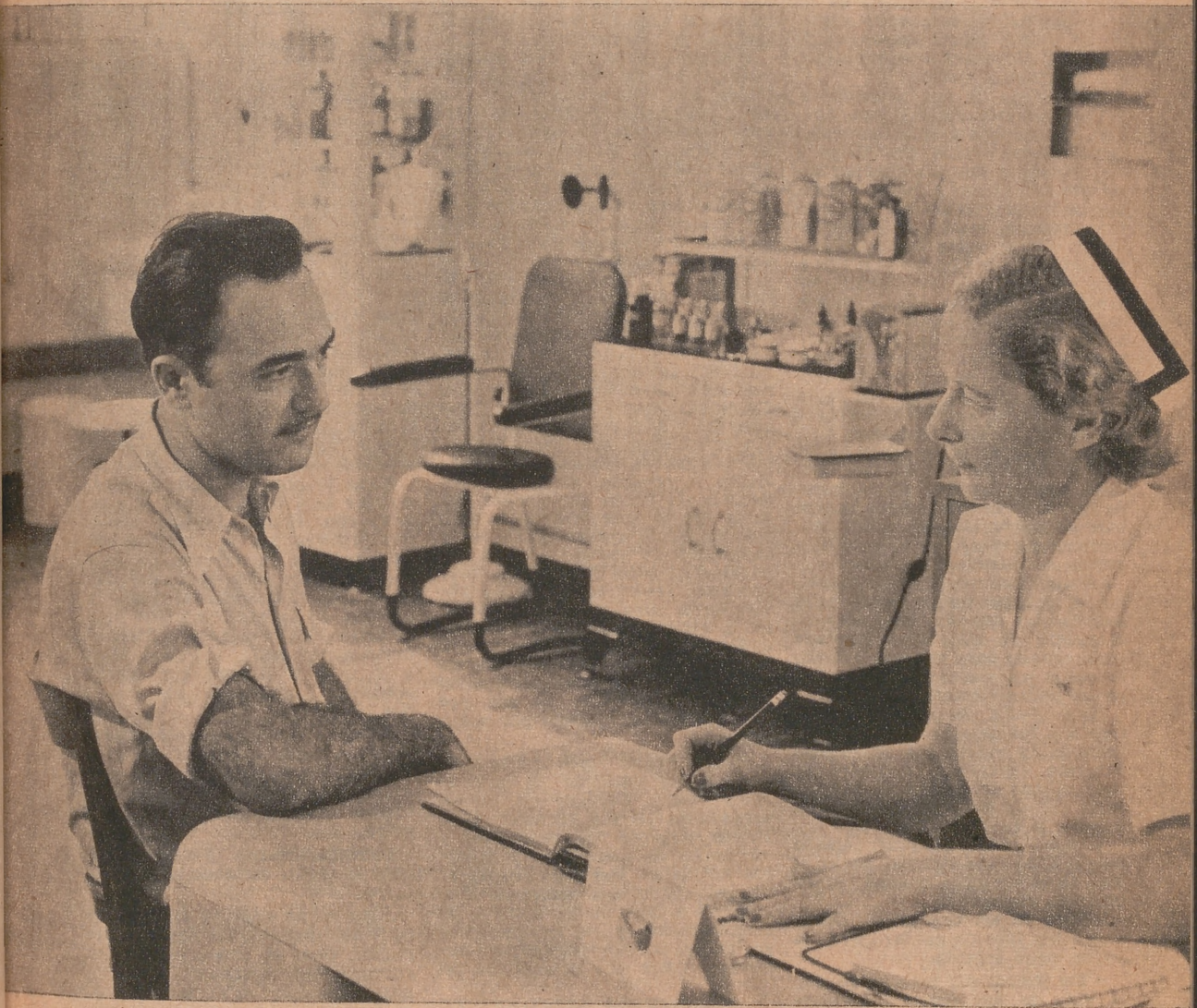
(Fotos Henecé y César.)

Adolfo Marsillach. El repertorio es el siguiente: «Alejandro el Magno», de Terence Rattigan; «Ondina», de Jean Girandoux; «Los locos de Valencia», de Lope de

Vega, para terminar con la obra del joven dramaturgo Jaime Armifián titulada «Café del Liceo». Dos obras descuellan entre el repertorio escogido por Adolfo

CON LA PALABRA SE CURA

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE PSICOTERAPIA EN BARCELONA



LA MITAD DE LOS PACIENTES NO TIENEN ENFERMEDAD FISICA

DEL 1 al 7 de septiembre se ha celebrado en Barcelona el IV Congreso Internacional de Psicoterapia. El tema central de este Congreso fué la «Psicoterapia y Análisis existencial». Se eligió teniendo en cuenta que, si bien se debe al psicoanálisis el máximo progreso que ha realizado la Medicina psicológica de todos los tiempos, en la actualidad cada vez se hace sentir más intensamente la necesidad de un enfrentamiento con otras concepciones del hombre, entre las cuales la más importante ha sido sin duda la que deriva de Kierkegaard o antropología existencial.

Los postreros acontecimientos mundiales han modificado la situación del hombre frente a la vida. La angustia consecutiva a la

última guerra mundial ha favorecido la difusión de la analítica existencial de Heidegger, impregnando de existencialismo la psicoterapia.

El doctor Victor E. Frankl, profesor de la Universidad de Viena y ponente del Congreso de Barcelona, estuvo prisionero en los campos de concentración nazis (Auschwitz y Dachau), en donde pudo comprobar que la represión de lo espiritual es la verdadera patología de nuestro tiempo. En una ocasión, estando en uno de estos campos se encontró con una mujer y un hombre que estaban al borde del suicidio. Al entrevistarse separadamente con el psiquiatra vienés le manifestaron su estado de ánimo. Están planeando la alternativa, porque nada en sus

vidas justifica el esfuerzo de continuarias.

Frente a esta situación desesperada, Frankl se pregunta a sí mismo: «¿Debe retirarse el médico y dejar a este hombre y a esta mujer matarse a sí mismos porque no tenemos píldoras o una respuesta psiquiátrica para salvarlos? ¿O debemos intentar llevarlos hasta el umbral de la vida con plenitud de sentido, es decir, hasta los arranques de la religión misma?»

En aquel momento la terapéutica indicada tenía que ser el realizar dialécticamente una inversión similar a la de Copérnico. El pronóstico dependía de que esta tuviera éxito. Entonces sugirió a sus compañeros de cautiverio lo siguiente: «En vez de preguntarse cada uno qué pueden esperar de

la vida, ¿por qué no se preguntan qué o quiénes esperan todavía algo de ustedes?»

Recapitando sobre esta pregunta del psicoterapeuta vienes comprendieron que era falsa la tremenda afirmación de que «nada en la vida justifica el esfuerzo de continuarla». Porque, efectivamente, a la mujer la «esperaba» el hijo que tenía en el extranjero, y al hombre también le estaba «esperando» una colección de libros que había comenzado a publicar y que había quedado inconclusa. Entonces comprendieron que no debían morir.

A lo largo de sus actividades, Frankl ha tropezado o han acudido en su busca infinitos casos desesperados, vidas deshechas y sin sentido a las que siempre supo dar un nuevo y firme rumbo, un hálito de esperanza, un sentido, porque, según el psicoterapeuta vienes, entre las más profundas necesidades del hombre, una es encontrar su sentido supremo a la vida. Frankl llama «análisis existencial» al método de tratamiento psicoterapéutico que trate de ayudar al enfermo descubriendo en su existencia momentos de sentido y posibilidades de realizar valores cuando parece que ya todo ha concluido.

Un día una de las enfermeras del servicio de Frankl fué operada, descubriéndose en la mesa de operaciones que padecía un tumor incurable. Desesperada, la enfermera pidió ayuda al doctor, y ambos se pusieron a hablar.

—Comprendame, profesor Frankl, no es que yo tenga miedo a la muerte. Lo que me desespera es el hecho de que haya quedado incapacitada para el trabajo. Tanto como me gusta mi profesión; ya no podré ejercerla más.

¿Qué podría decir el psiquiatra frente a tal desesperación? El estado de la enfermera no ofrecía ninguna esperanza. A pesar de todo, el psicoterapeuta intentó hacerle ver su situación desde otro ángulo, y le dijo:

—Mire usted, trabajar ocho o diez o Dios sabe cuántas horas al día, no es ninguna hazaña, puede imitarla cualquiera.

—Pero yo soy una inútil. Desde ahora me han de cuidar. Mi vida ya no tiene sentido.

—De forma que usted cree que la vida de una persona inválida ya no tiene sentido. Entonces el trabajo de la enfermera que cuida a los inválidos tampoco lo tiene. Usted comete una gran injusticia con aquellos miles de enfermos a los que ha cuidado mientras que era enfermera y la comete con usted misma. Cada vez que usted desespera actúa de modo como si el único sentido de la vida humana consistiese en que el hombre trabaje tantas o cuantas horas. Con esta actitud quita a todos los enfermos su derecho a la existencia.

Entonces comprendió la enfermera que su mal incurable y que su vida deshecha todavía tenían un sentido y se conformó con su distinto y hasta se alegró de padecer un tumor incurable.

Otra vez un médico compañero de Frankl se dirigió a éste porque, habiendo muerto su señora hacía dos años, todavía le era imposible soportar semejante pérdida. Su matrimonio había sido muy feliz. Entonces le preguntó Frankl:

—Dígame, colega, ¿qué hubiese sucedido si hubiese muerto usted antes que su señora?

—¡Oh!—respondió él—, habría sufrido la pobre lo indecible.

Y Frankl le respondió vivamente:

—Vea usted, el destino le ahorró este sufrimiento a su señora y usted fué quien le ahorró el dolor.

Desde aquel momento la insostenible desesperanza del colega de Frankl adquirió un sentido: el sentido del sacrificio.

Ejemplos como éstos se pueden multiplicar por centenas de millares. Eva Niebauer-Willms, jefe del Consultorio Externo del Servicio Neurológico de la Policlínica de Viena, ha podido demostrar en su estadística un 12 por 100 de neurosis existenciales. Una cifra semejante aportan Volhard y Langen en su trabajo sobre el Consultorio Psicoterapéutico de la Clínica Universitaria de Turinga, dirigida por Kretschmer. En la neurosis existencial, lo patógeno (lo anormal) es la frustración existencial, o sea, la insatisfacción de la más arraigada existencia del hombre: la tendencia de buscar un sentido a la vida. Según Frankl, el hombre no tiene que preguntar qué debe esperar todavía de la vida, sino todo lo contrario: qué espera la vida de él. Hasta la creación de la Tercera Escuela de Viena por Frankl, los fines de la psicoterapia habían sido lograr la recuperación de la capacidad de trabajo y de la capacidad de gozo. Pero lo que debe procurar, según el psicoterapeuta vienes, la cura médica de almas es la recuperación de la capacidad de movimientos. Esta era la misma idea de Goethe, cuando dijo: «No existe situación que no pueda ennoblecerse, ya sea por una realización, ya sea por sufrimiento.»

Victor Frankl está convencido de que las cámaras de gas de Auschwitz y Dachau no fueron preparadas en los Ministerios de Berlín, sino en los escritorios y auditorios de científicos y filósofos nihilistas. Por eso Frankl es un psiquiatra, que habiendo descubierto a Dios en los campos de concentración y en los coloquios sostenidos por sus angustiados pacientes, tiene una grandísima fe.

UN SUIZO DESCUBRE EL ANÁLISIS EXISTENCIAL

Pero Victor Frankl no es el inventor del análisis existencial. Este lo halla el psiquiatra suizo Ludwig Binswanger, verdadera alma de este Congreso de Barcelona, que, según Sarró, si algún calificativo merece es el de «binswagneriano». Si los antropólogos existencialistas estuvieran organizados en asociaciones como los psicoanalistas, Ludwig Binswanger ocuparía un puesto equivalente al de Freud. Para el profesor Ramón Sarró, este suizo es la personalidad más significativa de la nueva orientación psicoterapéutica.

Binswanger no es ningún chilillo, pues tiene setenta y siete años. Claro es que tampoco lo son los colegas que forman su corte de honor y que asisten al Congreso. El profesor Von Gelsaetel tiene setenta y cuatro años y el profesor Schultz también cuenta setenta y cuatro años y

Ernesto Kretschmer, autor del famoso libro «Constitución y Carácter», en el que divide a la Humanidad en hombres altos y delgados y en hombres bajos y gordos, cumple este año setenta octubres.

El profesor Sarró, presidente del Congreso, nos cuenta la vida de Binswanger. Ludwig pertenece a una familia de psiquiatras significados por sus contribuciones científicas, que culminan en él. Con motivo del centenario del Sanatorio Bellevue de Kreuzlingen, Ludwig ha escrito la historia de la Institución, que es, al propio tiempo, la de su estirpe, que divide en tres épocas: de Asilo, de Sanatorio y de Clínica.

En la primera (1857-1880) actúa de director del Asilo su abuelo Ludwig, que lo dirige hasta su muerte. La segunda (1880-1910), el director del Sanatorio es su padre Robert, y en la tercera, la jefatura de la Clínica corresponde a Ludwig, que la dirige desde 1 de enero de 1911 a 1 de enero de 1956. A partir de esta fecha, la dirección pasa a su hijo Wolfgang nacido en 1914. Así, pues, el análisis existencial no germina de un modo improvisado, sino que lo hace en un terreno cuidadosamente cultivado por cuatro generaciones seguidas de psiquiatras.

Toda la obra de Ludwig Binswanger está influida por el contacto con Freud. Ludwig visitó por primera vez al inventor del psicoanálisis en febrero de 1907 y este primer encuentro, destinado a ser trascendental para la historia de la Medicina, fué muy divertido. Ludwig acompañaba al matrimonio Jung, y Freud pidió a Jung y a Binswanger que le contaran algunos de sus ensueños.

—Yo he soñado con el vestibulo de su casa —explicó Ludwig, quien dió más detalles—. La vieja araña de cristales del vestibulo estaba enfundada y llena de polvo.

Inmediatamente Freud interpretó el sueño, diciendo a boca de jarro:

—Su sueño expresa el deseo de contraer matrimonio con mi hija mayor, pero al propio tiempo su subconsciente rechaza la idea porque se dice: «¡Yo no me caso en una casa con tan viejas y polvorientas lámparas!»

Binswanger se dió cuenta de que el psicoanálisis constituía un descubrimiento máximo, de los que sólo excepcionalmente surgen en la historia de la cultura. Pero comprendió que su misión científica era la de aportar al psicoanálisis una elaboración crítica conceptual, realizada simultáneamente con su integración con las restantes ciencias del hombre. Mas hasta 1927 no encuentra el verdadero camino que le conduzca a realizar su misión. En esa fecha, Martin Heidegger publica su «Ser y tiempo». Aun cuando en la obra el autor se plantea un problema absolutamente filosófico, el del ser, se toma como punto de partida de la investigación el análisis de la vida humana, designada con el término «da-sein» (ser-ahí). Binswanger, con su gran preparación filosófica se da cuenta de la transcendencia que la obra puede tener para la



El padre Mailloux, del Canadá, presidente de la Sección de Religión en el Congreso de Psicoterapia, conversando con el presidente del Congreso, doctor Sarro

psicología de las neurosis y para la psiquiatría en general.

En la obra de Heidegger encuentra un tema análogo al del psicoanálisis. El filósofo explica la poderosa dramaturgia de la vida humana cómo estar-en-el-mundo, como preocupación y angustia ante la nada.

La diferencia básica entre el psicoanálisis de Freud y el análisis existencial puede ponerse de manifiesto con las distintas interpretaciones dadas por Binswanger de un mismo caso clínico. En el Anuario Psicoanalítico de 1911 publicó Binswanger el análisis de una fobia o manía histérica. Se trataba de una muchacha de veintidós años, que en el quinto año de su vida se le desprendió el tacón y quedó pegado al esquí. Desde entonces, en cuanto se daba cuenta de la presencia de una hendidura entre el tacón y la bota, o cuando alguien llevaba la mano al tacón, o simplemente al oír esta palabra, experimentaba una angustia intensísima que la obligaba a huir, y en el caso de no poder realizarlo le sobreviniera un acceso histérico muy fuerte.

La primera interpretación que dió Binswanger fué, de acuerdo con el psicoanálisis, de tipo sexual, que satisfizo a Freud, con la única objeción de que había descuidado el análisis de dos factores: el de los componentes vitales del complejo de la enferma y la relación transferencial. Ludwig reconoció como justas las objeciones y que el análisis había sido predominantemente sintomatológico. La enferma murió muy joven, después de un matrimonio desgraciado.

Ya en su segunda época, por medio del análisis existencial, Binswanger revisa el caso y considera que el fenómeno esencial era un trastorno de «continuidad» en la estructura de su mundo. Es decir, no busca la explicación de un complejo, sino una

dimensión de la existencia en el espacio. Mientras su amigo, el francés Minkowski, también ponente del Congreso de Barcelona, se había consagrado principalmente al análisis del tiempo «vivido», Binswanger se consagra al del espacio, mejor dicho al análisis de la especialidad, que designa el propio fondo de la existencia, del ser-en-el-mundo.

ESTAR EN EL MUNDO

De acuerdo con Vallejo Nájera, uno de los ponentes españoles del Congreso de Barcelona, según los principios de la filosofía existencial cada existencia humana está determinada por estructuras espaciales, espaciales y temporales que pueden desarrollarse e investigarse mediante adecuados métodos, que enseñan lo que es útil o no para las posibilidades existenciales. Resulta, pues, que dentro de cierto grado es factible conocer y desarrollar las posibilidades generales que radican en la naturaleza del hombre y las que radican en su individual manera de «estar en el mundo». En tal desarrollo tiene la palabra un efecto curativo o morboso, vive o muere, según la hora y el modo de emplearla ante el enfermo. En el momento en que pronunciamos una palabra ignoramos el efecto que puede producir en el paciente, pues ello radica en el futuro, y del futuro nada sabemos. En todos los tipos de psicoterapia hablamos sin saber cómo pueden operar nuestras palabras, de las que con mucha frecuencia depende la curación que prestamos.

El análisis existencial de Binswanger dió nacimiento a la tercera escuela psicoterápica vienesa, representada por Frankl, el hombre con fe que devuelve a sus enfermos su confianza en la vida.

Otras psicoterapias existencialistas son la de Thorne, consistente en el análisis que de la

concepción del mundo tiene el paciente y construcción de uno nuevo, en el que intervenga la religión, pues el comportamiento neurótico se debe a la incapacidad del sujeto para resolver los presenten conflictos basado en la experiencia que había adquirido de la vida. Boss admite que todas las enfermedades accesibles psicoterapéuticamente dimanen de que el sujeto eluda la responsabilidad de los conflictos de la vida, negligencia que debe subsanar la psicoterapia, que ofrece potencialmente infinitas posibilidades. Herzog-Duerck sienta el principio de que los trastornos psíquicos residen en el encubrimiento de aquello que «debe ser la respuesta del hombre a los imperativos de la verdad, trascendente de su existencia».

LA MITAD DE LOS PACIENTES NO TIENEN ENFERMEDAD FÍSICA

Se ha estimado que un cincuenta por ciento de todos los pacientes que acuden al médico no padecen procesos físicos de importancia. Y si estos pacientes pertenecen a alguna forma de seguro médico, puede que hasta ochenta de cada cien acuda con dolencias «imaginarias». Pero tampoco están sanos del todo, por lo menos en lo que se refiere a su mente, porque muchos de ellos necesitan alguna forma de asistencia psicoterapéutica. En unos casos esta necesidad es mínima, pero en otros es imprescindible un tratamiento psíquico más intenso. Pero, sobre todo, no se debe defraudar ni desmentir a los pacientes que insisten en sus males. No se quedarán satisfechos si se les asegura que sus molestias son imaginarias y hasta puede que tomen animadversión y odio por el doctor que así maltrata y ofende su «enfermedad».

A estos pacientes no se les puede tratar ni con una negativa ni

ARQUITECTURA QUIMICA

SE ha referido el Ministro de Industria en el acto de dar posesión de su cargo al nuevo presidente de la Junta de Energía Nuclear a los avances logrados de unos años a esta parte en nuestro país por la industria química. La puesta en marcha de plantas piloto para el tratamiento de minerales por vía ácida, la adquisición de los elementos esenciales de un reactor experimental tipo piscina de 3.000 KW. de potencia térmica, para la obtención de isótopos para pruebas tecnológicas y para la investigación y otros muchos aspectos de esa labor a los que se ha aludido en dicho acto son así como sus más recientes manifestaciones. Pero nada más que eso, las más recientes porque los diez años últimos especialmente están jalonados por una actividad constante y decidida proyectada al engrandecimiento de nuestra industria química.

Como tan a otras cosas, la historia de la industria química española es bien dicha la historia de las realizaciones llevadas a cabo desde que concluyó la guerra de Liberación hasta los días presentes. Anteriormente como sucedía asimismo en tantos otros aspectos de la vida de nuestro país, la industria química no existía, al menos con un volumen y con una calidad que mereciese esa denominación. Sólo empeños aislados con base acentuadamente experimental, montados con una manifiesta y agobiadora insuficiencia de medios técnicos y financieros y circunscritos casi siempre al aprovechamiento limitado y circunstancial de aquellas posibilidades más ostensibles, era cuanto se podía inventar. Era necesaria también en esta parcela de la actividad económica de nuestro país la fuerza creadora de nuestro Estado y la conjuntura de seguridad política y social que el mismo ha sabido conquistar para que, a su vez, la iniciativa privada se lanzase con su esfuerzo en esta dirección.

Pero los éxitos de nuestra industria química en los años últimos hemos de valorarlos en doble sentido por los beneficios que hayan podido ya deparar y por las posibilidades que entrañan para un futuro próximo, desde el punto de vista del desarrollo de todo el complejo industrial español e incluso de la rama química exclusivamente. Aunque la producción de ácido sulfúrico, en 1957 ha sido cuatro veces superior a la de 1947, aunque la producción de celulosa papel fué en el año último superior en un catorce por ciento a la del año anterior y la textil en un sie-

te por ciento y la de papel en un nueve por ciento y a de neumáticos en un veintuno por ciento, y la de refino de petróleo en un cuarenta y seis por ciento, todos esos avances y otros muchos que no darian enumerarse con ser tan importantes, lo son mucho más por las posibilidades que ofrecen como pilares digámoslo así, en los que ha de descansar el gran edificio de nuestra futura industria química.

Sería muy difícil, ciertamente superestimar la enorme trascendencia de estas grandes realizaciones, desde un punto de vista económico. Sería difícil en cualquier país pero mucho más en España, ya que coinciden con una transformación sustancial de nuestra propia estructura económica. Alguien podría decir que el desarrollo alcanzado por nuestra industria química en los dos últimos lustros, sobre todo, es una consecuencia natural, ha a cierto punto inevitable de todo el desarrollo económico del país y del proceso de industrialización que se sigue en el mismo. Ello es cierto. Pero lo que nosotros deseamos destacar en esta ocasión es la promesa que encierran los actuales avances de nuestra industria química en cuanto al éxito total de ese mismo proceso de industrialización. Y de este éxito depende en resumidas cuentas, el futuro económico del hombre español es decir, la arquitectura de la nueva sociedad española.

No se podía confiar, por ejemplo en que nuestra agricultura alcanza se un rendimiento adecuado, no sólo con las necesidades interiores sino también en comparación con la de países similares, hasta tanto no se dispusiese de los abonos que en cantidad y calidad le eran necesarios a tal fin. Y sin ese rendimiento el desenvolvimiento económico de España será siempre, en el mejor de los casos, y a pesar de cuantos éxitos puedan alcanzarse en otras áreas, muy condicionado. Ahora bien, la producción de esos abonos es una, solamente una, de las grandes responsabilidades que pesan sobre nuestra industria química. Una de sus grandes responsabilidades, pero también una prueba de su enorme, decisiva importancia dentro del complejo industrial de nuestro país. A la vista de sus avances, de su espíritu emprendedor de los últimos años cabe confiar que en el futuro, ayudada más y más por los nuevos adelantos científicos corresponda cumplidamente a todas las esperanzas que hoy se tienen cifradas en ella.

con una medicina, sino mediante la psicoterapia. La psicoterapia clásica consiste en el tratamiento del enfermo mental o emocional por medio del contacto directo y personal, sobre una base primordialmente verbal, o sea, mediante la conversación. Para realizarla de un modo adecuado, se precisa un esfuerzo de colaboración por parte del enfermo. Pero muchos dolientes no saben en qué consiste la tal psicoterapia, y, por lo tanto, no puede esperarse que digan hasta qué punto la desean o no.

Es absurdo suponer que la psicoterapia es una panacea que todo lo remedia y que hace a un paciente mucho mejor que era antes. Al tratar al enfermo neurótico debe tenerse en cuenta que, probablemente, sus síntomas, imaginarios o no, le han servido de sostén durante muchos años, y que para quitarle con éxito esos síntomas es preciso reemplazarlos.

LOS ESPAÑOLES SOMOS ENEMIGOS DE LA NEUROSIS

Según Ramón Sarró, uno de los rasgos más interesantes es de la psicoterapia en España, especialmente para los extranjeros, es la dificultad con que tropieza para involucrarse. Es característica la resistencia del español a reconocerse enfermo neurótico. Esto ocurre tanto en la guerra como en la paz. La segunda guerra mundial dió un contingente enorme de incapacitados por neuróticos en Estados Unidos y otros países beligerantes. Durante nuestra Cruzada, las neurosis fueron muy raras en las tropas de ambos bandos, singularmente en las nacionales. Sólo al final, cuando la derrota del Ejército rojo era evidente, aparecieron en gran profusión.

Una prueba de que, incluso en tiempos de paz, los españoles se resisten a la aceptación de una neurosis, la da el hecho de que en uno de los últimos Congresos Nacionales de Neuropsiquiatría, un psiquiatra sostuvo la tesis de la inexistencia de la neurosis. Ambos hechos son, según Sarró, sintomáticos de un rasgo de la personalidad española, que a la luz de la antropología cultural puede ponerse en relación con la tradición estoica del pueblo hispano, que algunos pretenden derivar de Séneca.

Sea lo que fuere, el hecho es que el enfermo neurótico español propende a aceptar sus sufrimientos resignadamente, como algo inevitable, y considera un signo de flaqueza la solicitud de auxilio médico. El neurótico ibérico, en postrer trance, pone en marcha, frente a sus problemas, los mecanismos de la conciencia, que se encauzan en una actitud moral, filosófica y, principalmente, religiosa. En España cauterizamos los conflictos neuróticos con el «¡qué importa...!» estoico o con la resignación de «lo que Dios quiera».

Dr. Octavio APARICIO

UN PINTOR ESPAÑOL EN LA CIUDAD DE LOS RASCACIELOS

JOSE CAPULETTI, EL TROTAMUNDOS DE LA PALETA

DE LOS "BALLETS" DEL GRECO A LAS SALAS DE EXPOSICION DE PARIS Y NUEVA YORK

EN la Hammer Gallery, una de las mejores salas abiertas en la avenida 57 de Nueva York, más de dos mil personas asisten una tarde de enero de 1958 a la inauguración de la última Exposición que presenta Víctor Hammer en colaboración con Gladys G. Robinson, ex propietaria de la fabulosa colección recientemente adquirida por el millonario Niarkos.

Entre los asistentes, todos de rigurosa etiqueta, figuran personalidades de las letras, las artes y la política. Entre ellas pueden verse a la viuda del Presidente Roosevelt, a la marquesa de Portago, a Greta Garbo, al pintor norteamericano Robert Watson, al gran coleccionista y actor Vincent Price, a la artista Gloria Swanson... Están también presentes tres almirantes y nueve generales americanos amigos del presidente de la N. A. T. O. que han ido a ver el retrato del general Lauris Norstad, expuesto entre los treinta y cuatro lienzos.

La presencia del Cuerpo diplomático español, del cónsul general en Los Angeles, de los marqueses de la Vera y de Alcántara, entre otros españoles, se debe a que es también un español el autor de los veintidós óleos y de los doce dibujos presentados en la famosa galería neoyorquina.

Al pie de cada cuadro está puesta su firma.

LOS CRITICOS, DE ACUERDO EN LOS ELOGIOS

—Antes de clausurarse la Exposición ya tenía todos los cuadros vendidos.



José Juan Capuletti es un joven pintor ya consagrado que tiene montado su estudio en el Bois de Boulogne de París. Nació en Valladolid hace treinta y tres años. Ahora ha venido a España acompañado de su esposa, María Pilar.

El pintor, traje claro, corbata roja, camisa blanca—siempre lleva camisa blanca—, rebasa el 1.80 de estatura. Su voz tiene una hondura que le da todavía más reposo a la figura atlética.

—Mi mujer me acompañó a Nueva York. Salimos de París a finales de 1957, expresamente para asistir a la inauguración.

Todo el archivo de datos y de fechas lo lleva en la memoria su esposa. No hay que ser demasiado psicólogo para adivinar desde el primer momento un gran sentido de organización.

—Salimos—dice ella—el 29 de diciembre del 57. El 6 de abril del 58 regresamos a París de Norteamérica.

José Juan ya casi ni se acuerda. Pero María Pilar se sabe bien todo el itinerario. Estuvieron primero en Nueva York. Después, un mes en San Francisco. En el Young Museum de esta ciudad montó su director una Exposición retrospectiva de Capuletti.

—Vió la de Nueva York y se empeñó en montarla en San Francisco. Como ya tenía los cuadros vendidos, él se encargó de organizarlo todo, de pedir los cuadros a sus propietarios, de trans-

El pintor y al fondo su autorretrato

portarlos... Consiguió reunir no sólo los que acaba de exponer, sino también todos los cuadros míos adquiridos con anterioridad por norteamericanos.

Capuletti me enseña unos periódicos que hablan del acontecimiento en San Francisco. La Exposición fué inaugurada con un «vernissage» privado para los invitados y la crítica. Los recortes, cuidadosamente guardados por María Pilar en un volumen grande forrado con piel verde, demuestran que los críticos estuvieron de acuerdo a la hora de repartir elogios con justicia.

UN PINTOR ESPAÑOL QUE PINTA EN PARIS

Hay un breve silencio que Capuletti aprovecha para dar tres chupadas reposadas a su cigarrillo y María Pilar para ir a lo suyo: el viaje.

—De San Francisco nos fuimos a Nueva Inglaterra, a Santa Bárbara, a Arizona, Phoenix, Tucson, Las Vegas, Reno, Nevada. También pasamos por el Valle de la Muerte. Luego fuimos a Los Angeles, Palma Springs. Y otra vez a Nueva York, para volvernos a París.

Capuletti dice que éste fué como el viaje de novios, después ya de siete años que llevan casados.

—Pues el próximo va a ser más largo—dice ella.

Para enero de 1960 Capuletti montará otra segunda Exposición en Nueva York. La ruta del viaje—María Pilar ya está soñando con él será, después del salto desde París a Nueva York, California, Hawai y el Japón, entrando por las Indias, para regresar a París.

—Los viajes son importantísimos—asegura el pintor.

—Para mi marido, como para todo pintor, fundamentales. Y para mí son un placer.

Capuletti es un pintor español que pinta en París.

La bella capital francesa es la gran tentación de los artistas. Capuletti me dice que él pinta allí mejor porque la atmósfera, más gris, permite matizar mucho más el color. Pintando en España, más luminosa, más cromática, el artista se expone a dejarse cegar por el color.

—Es muy difícil hacer el cuadro de Andalucía dentro de Andalucía. Con la lejanía se ve todo mejor. La perspectiva da la medida exacta de lo importante y lo accesorio.

LA CASA DEL PINTOR. HOTEL DEL FLAMENCO

Uno no sabe cómo la conversación ha dado un cambio en apariencias brusco. Después resulta menos. De la pintura hemos pasado al tema del flamenco.

—Es la debilidad de mi marido. Nuestra casa bien pudiera llamarse el Hotel del Flamenco que llega a París.

—Yo entiendo más de flamenco que de pintura—asegura muy serio José Juan. Luego nos dice que tiene recogidas en bandas

magnetofónicas incontables actuaciones de famosos en la especialidad ejecutadas expresamente para él en su domicilio particular. Varios escritores y compositores franceses se pasan en su estudio muchas horas oyendo flamenco.

—Les encanta—dice María Pilar.

Uno no se explica esta rara afición sabiendo que es de Valladolid. Se lo hago saber y esta vez la respuesta le sale extrañamente rápida.

—La cosa no tiene nada de raro. «El Tufo» y Vicente Escudero nacieron en Valladolid. «Sabicas» allí se hizo. Farina en Valladolid se estrenó...

Las pruebas continúan. Habla de estos artistas como de amigos viejos, como si fuesen camaradas de guerra o familiares de primera fila.

Cualquiera puede ya imaginarse que su estancia en Madrid la ha aprovechado para no perderse los espectáculos que se ofrecen en el Corral de la Morería y Zambra. En el primero actúa Fosforo.

—Es un cantaor extraordinario. La sorpresa más grande me la ha producido el cuadro flamenco que actúa en Zambra. Es un conjunto sencillamente extraordinario.

La casa de los Capuletti está abierta en París a todos los artistas españoles. Pero María Pilar asegura que por empeño de su marido está doblemente abierta a los flamencos.

Otra vez van las aguas por su cauce. Capuletti nos dice que Valladolid ha influido en su obra. Y el resto de España. Porque todas sus tierras tienen poesía.

—Pero en París he llegado a coger la tranquilidad, el reposo, la dimensión y perspectiva que necesitaba.

La influencia española está mucho más dentro. El mismo asegura que aunque pinte un paisaje de Francia siempre se notará que está hecho por un español.

CON EL «BALETT» DEL GRECO POR EUROPA

José Juan Capuletti no se ha matriculado nunca en ninguna Escuela ni Academia de pintura. En Valladolid comenzó a hacer dibujos. Se le fué agrandando la afición a medida que adquiría conocimientos. Un día se decidió a dar el salto. Cogió las maletas y se vino a Madrid. En la capital de España tomó contacto con el «ballet» de Pilar López. Entonces fué cuando empezó a sentir realmente lo que era la pintura.

Se relacionó después con José Greco. La historia es muy sencilla:

—Estaba haciendo unos dibujos desde un palco mientras él actuaba. Al final de la representación un avisador subió a decirme que el Greco me rogaba bajase a verle. Vió mis dibujos y con esa su cosa italiana se desahizo en elogios.

El resultado fué que Capuletti se unió al «ballet» como escenógrafo y decorador. El 1950 salió de España por primera vez recorriendo toda Europa al lado del famoso bailarín. La salida tuvo para él una importancia definitiva. En París conoció a la que sería su mujer. El mismo cuenta cómo ocurrió la cosa.

—La conocí a las siete de la mañana en la estación del Norte parisiense. Una bailarina de las del «ballet» me pidió treinta francos para llamar por teléfono a una amiga suya, que también trabajaba en la compañía del Greco. Llegó la amiga, me miro y ya no me dejó ni a sol ni a sombra. Me dió dinero para que le hiciese los bocetos para unos trajes de bailarina. Y hasta ahora. Todavía no se los he hecho.

—Pero me casé con él—remata, sonriendo, María Pilar.

María Pilar, asturiana, inteligente, observadora, detallista, simpática y habladora como todas las mujeres, tiene siempre la sonrisa colgada de los labios. Y el dato preciso, el detalle curioso o humano a flor de la memoria.

«LO OTRO NO ES BOHEMIA, ES HAMBRE»

—Al año siguiente volví a París. Esta vez para casarme.

De vuelta en Madrid recibió la visita de unos enviados del marqués de Cuevas, que traían el encargo de llevárselo como escenógrafo del famoso «ballet».

—Hice dos para él, Uno, «Tertulia», estrenado en París el 11 de diciembre de 1952. El segundo, «Corrida», creado expresamente para el Festival de Montecarlo, fué estrenado allí el 26 de mayo de 1957.

El artista asegura que este último estaba más cuajado. Sobre su espalda peraba la responsabi-



Retrato al óleo de Antonio,
el bailarín

lidad de la escenografía, de la decoración y la del diseño de trajes.

La vocación de Capuletti entra dentro del campo temperamental. Nació para pintar. Y se puso a hacer eso porque comprendió que era su camino. Sin querer, uno siempre imagina que el artista autodidacta es amigo de la vida bohemia. Con Capuletti no ha ocurrido así.

—Yo soy muy burgués. En Madrid al principio fui algo bohemio... Vamos, eso que la gente entiende por bohemio. Yo pienso que para hacer vida bohemia es necesario tener mucho dinero, vivir así por gusto, como adrede. Lo otro no es bohemia, es hambre.

A Capuletti le gustaría exponer en Madrid. A la manifestación de este deseo le sigue mi pregunta. Y llega la respuesta:

—En España se da un caso muy extraño. La gente tiene una gran intuición para el arte. Pero le falta formación. Ocurre justamente al revés que en Francia, por ejemplo.

Le digo ahora que algunos críticos han situado su obra dentro del surrealismo. Y el pintor dice rápido, abriendo mucho sus ojos expresivos:

—No soy surrealista, en absoluto. Mi pintura se apoya en un realismo claro, con cierto sentido del humor y algo de fantasía. Pero no llego al surrealismo, no.

PINTORES LA TOSFERINA DE LOS

—Capuletti, ¿qué opina de la pintura abstracta?

—Que es la tosferina de los pintores. Todos los niños tienen la tosferina. Todos los pintores tienen que pasar también este pequeño sarampión abstracto.

Zurbarán, Velázquez y Vermeer son los pintores que más le llaman la atención. Opina que Picasso es el genio más grande de nuestra época y Dalí el mejor pintor.

Se queda pensativo. Se le nota como temeroso de no haberse explicado bien. Y nos sigue diciendo:

—A un cuadro de Dalí no habrá necesidad de restaurarlo dentro de diez años. Su técnica es perfecta. ¿Ve ya la diferencia que encuentro entre los dos?

Aunque él está muy contento de lo que pinta, confiesa que el cuadro que más le gusta de todos los tiempos es el «Estudio», de Vermeer, que se encuentra en Viena.

Ciento sesenta y cuatro cuadros ha pintado Capuletti hasta la fecha. De ellos el mejor, a su modo de ver, es uno que se llama «L'Arête», que se encuentra en la colección Charly Amour de Madrid.

—Hay otro que acabo de terminar, que se llama «Pilar» y tiene un samuray, que también me gusta mucho.

Volvemos otra vez a meternos en su vida por obra y gracia de su mujer, que resume la actividad del pintor de esta manera:

—Mi marido come, pinta y duerme. ¡Ah! Y oye flamenco desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche.

—¿Qué impresiones fuertes recuerda haber recibido?

—Cuando vi a Greta Garbo. Tiene en la cara una plástica formidable. Se le podría hacer un retrato gratis. Pero no lo diga no vaya a ser que venga a buscarlo.

Otra impresión fuerte la recibió la primera vez que vio rejonar a Peralta. Asegura que es la plasticidad misma que puede soñar el pintor.

—¡Ese trío compuesto por el toro, el caballo y el jinete! Estoy siempre detrás de las corridas donde actúa Peralta. Sería interesante seguirle una temporada completa para hacer un gran cuadro.

Le hago una pregunta que casi le molesta, Capuletti se considera incapaz de pintar un cuadro de fútbol.

—Como uno de una carrera de bicicletas—dice su mujer.

CAPULETTI CON «I», FIR- MA COTIZADA

Capuletti ha hecho el retrato pictórico de muchas personalidades. Entre ellos están Norstad, el gran actor Edward Robinson, Charles Boyer, los duques de Windsor, madame Edgar Faure, el barón de Rothschild, Arthur Rubenstein... El de Antonio, el bailarín, es uno de los que ha pintado más a gusto. No sólo por la plástica que ofrece, sino también por la cordialidad y amistad que los une. Igual le ocurrió con Vicente Escudero.

—Mis modelos fuman y pasean mientras yo trabajo.

—¿Se siente cohibido ante sus personajes?



El matrimonio asiste a la inauguración de la Exposición presentada en Nueva York

—No. Si no fuera así era imposible hacerles el retrato.

—¿Rompería alguno de los cuadros?

—Más de los que la gente se imagina.

—¿Qué opina de los críticos?

—El pintor pinta y el crítico escribe. Y así todos tan contentos.

Este es Capuletti, el pintor que se imaginaban mayor los que adquieren sus cuadros. Treinta y tres años justos, triunfador en París y Norteamérica. Allí todos los críticos saben que Capuletti se escribe terminado en «i». Fue seleccionado para la Exposición «El Arlequín en el Arie». Al lado de Picasso, Juan Gris, Derain, Renoir... Capuletti era el más joven.

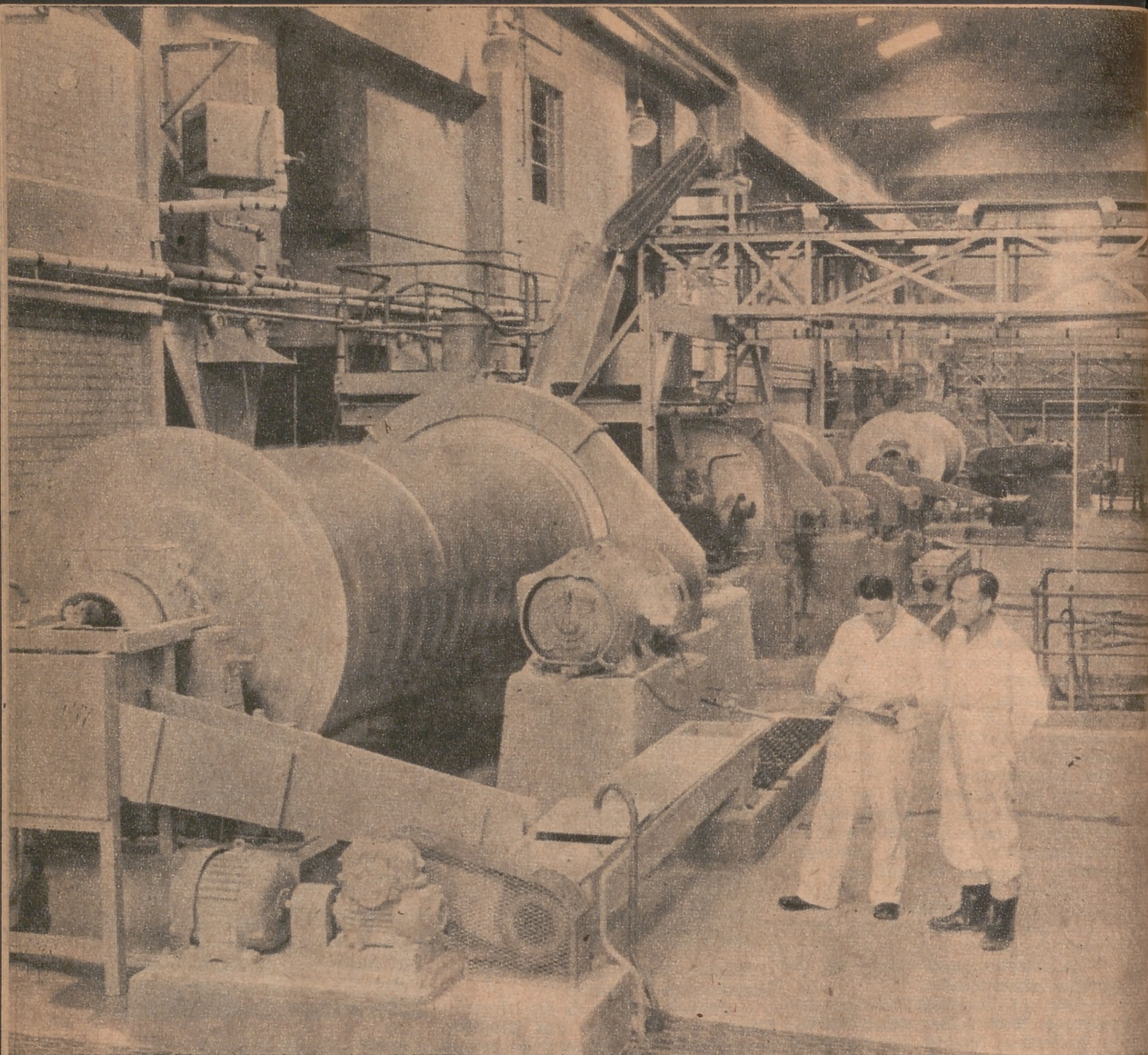
Cuando nos despedimos, ya está María Pilar al volante del coche listo para arrancar.

Ha perdido de momento la sonrisa. Ella nota que me doy cuenta y dice:

—Es que le tengo mucho miedo a los taxistas de Madrid. Temen más a uno de ellos que al millón y pico de coches que circulan por París.

Y vuelve a sonreír mientras nos dice adiós sacando la mano por la ventanilla. De Madrid a San Sebastián. Y otra vez a París a seguir trabajando —¡oyendo flamenco!— hasta que llegue la hora del segundo viaje a Norteamérica.

Carlos PRIETO



UN NUEVO CLIMA PARA EL HOMBRE QUE TRABAJA

LOS MODERNOS PRODUCTOS EXIGEN FABRICAS HERMETICAMENTE CERRADAS

POLEMICA INTERNACIONAL SOBRE LA DECORACION Y EL AMBIENTE ARTIFICIAL DE LOS TALLERES

A las ocho de la mañana de cada día laborable los empleados de la fábrica norteamericana Philco, recién instalada en la localidad de Swindon, se colocan ordenadamente en fila para ser objeto de la más minuciosa labor de limpieza de sus vestidos antes de alcanzar las naves de trabajo. Ni una mota de polvo de los trajes, ni una minúscula partícula del barro de los zapatos tienen acceso al interior del edificio. La producción de los «transistores», que ponen en marcha los modernos aparatos de radio, en sustitución de las lámparas en uso hasta fechas muy recientes, es incompatible con la presencia de una microscópica porción de polvo.

—Los filtros electro-estáticos instalados en la fábrica son capa-

ces de recoger partículas que flotan en el ambiente aunque éstas sean de un volumen inferior a la décima parte de una micra—explica uno de los ingenieros de la factoría.

Quiere esto decir que una mota de polvo, que sólo es visible con la ayuda de los más potentes microscopios, es detectada y recogida instantáneamente por los instrumentos de filtraje extendidos a lo largo de todo el edificio.

Una vez que los empleados van alcanzando el vestíbulo de entrada, allí mismo quedan sometidos a la acción combinada de infinidad de «chorros de aire» que ejecutan la primera fase del «cepillado» de los trajes. Mientras tanto, siguen avanzando por unos pasillos con piso en movimiento y ori-

ficios de absorción de aire que van eliminando todo rastro de suciedad de los calzados. Luego, otras instalaciones actúan como si cargasen de electricidad los trajes a fin de que los polos negativos de aquéllas atraigan las minúsculas partículas de polvo, de la misma manera que un imán recoge las limaduras de hierro.

Terminadas estas operaciones, los empleados han de colocarse unas batas y zapatillas especiales, refractarias al polvo y que son sometidas diariamente a unas complicadas tareas de «cepillado». Sólo después de estas manipulaciones queda el paso libre para entrar en las naves de producción.

Estos requisitos de limpieza, unidos a otras exigencias de temperatura y de humedad ambiente,

son imprescindibles para muchas fábricas que lanzan al mercado productos electrónicos y farmacéuticos, de uso cada día más extendido, sobre todo de diez años a esta parte. Esta necesidad de trabajar en «climas artificiales» está revolucionando las tradicionales ideas arquitectónicas para la edificación de fábricas y está planteando también nuevos problemas de adaptación de los empleados que trabajan en esas modernas instalaciones. Temas son éstos que acaparan la atención de técnicos y psicólogos.

FABRICAS «CIEGAS»

La estampa habitual hasta ahora de largos edificios rasgados en sus fachadas por amplios ventanales está a punto de quedarse tan anacrónica como aquellas bodegas medievales donde los artesanos completaban sus obras. El cristal y la luz natural, elementos imprescindibles en la construcción actual, van a ser desplazados por exigencias de las nuevas técnicas de producción.

Las factorías norteamericanas de Plessey y de Philco, las británicas de Kraft y Aspro-Nicolas, son ejemplos de las modernas tendencias en esta materia de edificación. Sus instalaciones son inmensas naves rectangulares totalmente ciegas sin un solo orificio al exterior; ni el sol ni la luz del día tienen tarjeta de entrada. Los arquitectos que han realizado los planos de la fábrica de Aspro-Nicolas se han permitido la pequeña licencia de unas pocas ventanas, no mayores que los ojos de buey de los buques, para que los que trabajan en esa especie de catacumba puedan echar un vistazo al cielo y ver si se van a mojar cuando salgan a la calle. Por supuesto, estos tragaluces no permiten la entrada de aire, toda vez que los cristales se hallan ajustados herméticamente a fin de evitar la más mínima filtración del exterior.

—Desterrando las ventanas se consigue evitar el polvo y se puede asegurar más fácilmente una temperatura constante en el interior. También se simplifica el sistema de iluminación artificial porque no se recibe ninguna alteración de fuera; lo mismo en las primeras horas de la mañana que en invierno o verano, las naves de trabajo conservan siempre idéntica intensidad de luz—explica uno de los constructores de los edificios de Kraft.

Con esa concepción se logran igualmente decisivas ventajas para las instalaciones de ventilación. El volumen de aire de una de esas modernas naves se renueva por lo menos 250 veces durante una hora, conservando matemáticamente idéntico grado de temperatura ambiente en el local, sin las oscilaciones que podrían provocar amplios ventanales. Desde el punto de vista técnico, se reúnen así condiciones óptimas; pero el hombre que tiene que desenvolverse en ese ambiente artificial acusa serias perturbaciones psicológicas.

ARMONIA FAMILIAR Y CONDICIONES DE TRABAJO

Tantas son las alteraciones producidas por ese ambiente artificial de las modernas fábricas, que recientemente el grupo norteamer-



Los psicólogos están estudiando cuidadosamente los influjos de la arquitectura fabril en las condiciones de trabajo

PESCAR EN RIO REVUELTO

LA controversia suscitada en torno a los derechos de pesca en aguas de Islandia es otro claro ejemplo de cómo la política expansionista soviética juega sus bazas para sacar provecho de cualquier problema de orden interno o internacional que se plantee en el mundo libre. Nunca mejor que en este caso queda en evidencia esa táctica de pescar en río revuelto.

Las costas de Islandia han venido siendo desde hace cuarenta años uno de los más concurridos puntos de reunión de las flotas pesqueras de altura de muchos países europeos. Concretamente, para Gran Bretaña, esas aguas proporcionaban el 40 por 100 de las capturas anuales. Debido a esa aglomeración de botes y a causa también de que la pesca es la principal fuente de riqueza de Islandia, suministrando el 95 de las exportaciones de la isla, la disputa para fijar la extensión de los límites jurisdiccionales ha sido siempre enconada.

Fué en el año 1952 cuando Noruega consiguió que se le reconociera una extensión de cuatro millas para sus aguas costeras, en lugar de las tres que son las que prevalecen con criterio más unánime entre la mayoría de los países. Aprovechando este precedente, Islandia adoptó entonces esos límites con carácter unilateral. Así se inició una larga polémica mantenida principalmente entre las autoridades de aquella isla y las de Gran Bretaña.

El pasado mes de julio, después de la Conferencia del Mar, en Ginebra, que no logró establecer un acuerdo acerca de la extensión de las aguas jurisdiccionales, Islandia anunció que desde el primero de septiembre extendería sus límites marítimos hasta doce millas. La respuesta inmediata de Inglaterra fué que su flota pesquera seguiría acudiendo a la zona prohibida y que lo haría, además, a la sombra de otra flo-

ta más poderosa: la Royal Navy.

En tanto que los representantes de los distintos países afectados por la decisión de Islandia mantenían conversaciones en París, tratando de llegar a una fórmula de compromiso, el ministro de Pesca de aquella isla, el comunista Josepsson, se ponía al habla con Moscú. En los últimos días de agosto este ministro anunciaba que había solicitado protección de la U. R. S. S. y que el país soviético respondía «amistosamente» a la solicitud concediendo un crédito a Islandia por valor de cerca de 150 millones de pesetas.

La oportunidad no había sido desperdiciada por el Kremlin; a espaldas de la cuestión pesquera, Moscú tomaba posiciones para intervenir en los asuntos de Islandia y tratar de apartar a este país de la O. T. A. N. La posición estratégica de la isla es de gran importancia dentro del sistema de seguridad de la Organización atlántica y para Norteamérica es un punto vital desde donde se puede detectar un ataque por sorpresa contra el territorio americano.

Una vez más, otro partido comunista, ahora en Islandia se quitaba la máscara y enseñaba sus verdaderos propósitos y fines. El conflicto pesquero ha servido tan sólo como pretexto para un acercamiento a la U. R. S. S., que en modo alguno tiene en sus manos la posibilidad de dar la fórmula adecuada para zanjar la controversia. Lo que viene sucediendo en Islandia demuestra con evidencia que no cabe hablar de un partido comunista islandés o indio o chino, sino de una sola organización soviética repartida por el mundo y que presta sólo oídos a la voz que llega de Moscú. Una voz que única y exclusivamente se alza para pescar en río revuelto y servir a la política expansionista del Kremlin.

ricano Johnson y Johnson ha clausurado un taller montado según tales técnicas. Muchos psicólogos británicos se vienen pronunciando en contra y señalan que los empleados que se ven obligados a producir en esas condiciones pronto padecen claustrofobia.

Ha quedado probado que en los centros donde se trabaja en dichos ambientes artificiales se registran muchos más casos de disputas violentas. Carácter irritable es una de las consecuencias más generalizadas. Parece ser también que ese malhumor persiste fuera de los talleres, y un grupo de mujeres norteamericanas, cuyos maridos están empleados en una de las nuevas fábricas, se han

dirigido a las autoridades laborales pidiendo el envío urgente de obreros para que con la piqueta abran ventanales en las naves. La armonía familiar queda amenazada, al decir de esas esposas americanas.

Pero los técnicos que abogan por la moderna arquitectura esgrimen importantes triunfos en su favor. En Puerto Rico se acaba de poner en marcha un edificio dedicado a la elaboración de cigarrillos cerrado también herméticamente. Su interior se ha decorado con coloridos vivos y en los talleres se ha seguido la constante de pintar temas del campo, con abundancia de plantas y toda clase de vegetales. Como la mayoría

de los empleados que allí trabajan proceden de los pueblos cercanos, se ha intentado de esta manera crear la ficción de que el ambiente del local sigue siendo el mismo que el de la tierra de origen.

El efecto de esta decoración, sentido en bastantes obreros, ha sido el aborrecer todo alimento vegetal. El maíz, sobre todo, causaba repugnancia a la generalidad de los operarios.

BUTACAS DE LOS CINES VACIAS

En una pequeña localidad británica, donde ha sido levantada recientemente una fábrica sin ventanas, la empresa que explota el único local cinematográfico ha acusado una sensible disminución de clientes que asisten a las proyecciones.

—Hemos realizado una encuesta para dar con la causa del fenómeno y podemos asegurar ahora que un empleado que trabaja ocho horas diarias en esa especie de claustros que llaman fábricas no tiene energías luego para encerrarse en un cine.

Interesante ha sido la experiencia realizada por unos psicólogos norteamericanos en unas naves aisladas del exterior y sometidas a la acción concienzuda de los instrumentos de filtraje de aire y de «cepillado» de vestidos. Una pareja de perros fué trasladada a la nave de trabajo y estuvo allí durante toda la jornada laboral. A las pocas horas, los animales parecían adormilados y no se recuperaron hasta que salieron a la calle y pudieron ejercitar sus músculos revolcándose por el suelo. La limpieza hecha por los filtros electro-estáticos y el clima artificial habían disminuido la energía de esos perros.

(Al decir de varios psicólogos, la productividad no aumenta en dichos ambientes artificiales. El empleado no puede evitar una reacción de incomodidad cuando siente que se ve obligado a renunciar a la luz natural. Inconscientemente experimenta un intenso desagrado que se traduce en un descenso en el rendimiento.)

—Es cierto que en nuestras instalaciones de Slough se acusan disminuciones en la productividad de cerca de un 4 por 100 en relación con las cifras registradas antes de aislar las naves del exterior, pero la técnica y la calidad de los artículos exigen esas condiciones de trabajo hasta que podamos inventar otros sistemas —explica el ingeniero John Kohen, especialista en construcciones industriales.

Las empresas que dedican su actividad a la producción de instrumental electrónico, de artículos farmacéuticos y a la conservación de alimentos son las que más unánimemente han adoptado los nuevos sistemas y condiciones de trabajo.

CLAUSTROFOBIA, ENFERMEDAD MODERNA

La claustrofobia que se origina a veces en esos centros de trabajo se manifiesta por el temor a verse encerrado en una estancia o por el miedo experimentado al encontrarse en medio de una multitud de personas. Por eso en fá-

bricas modernas se evita que el acceso al edificio se verifique por una sola entrada y se busca al construirlas que los operarios puedan llegar a sus puntos respectivos de trabajo siguiendo pasillos o puertas diferentes. Se procura asimismo que en cada nave se aglomere el menor número posible de personas.

En los casos agudos de estos pacientes no sólo se tiene pánico a los locales cerrados, como son teatros o cines, sino que también se huye de los departamentos de los trenes y de los automóviles. Debido a esto, las zonas rurales y los pueblos pequeños son los sitios óptimos para el emplazamiento de las fábricas cerradas herméticamente a todo agente exterior. Los empleados así no se ven en la necesidad de tomar medios de transporte y las manifestaciones de la claustrofobia se reducen notablemente.

Un Instituto del Trabajo, que funciona en Estados Unidos para investigar las condiciones en que los empleados desarrollan sus tareas y tratar de mejorarlas, ha reclutado una docena de obreros especializados en demoliciones de edificios y los ha llevado a uno de esos talleres aislados del exterior. Los obreros, después de una semana de acudir a la fábrica, y a pesar de que económicamente resultaban favorecidos, optaron en masa por regresar a su anterior oficio, sin importarles los riesgos ni las duras condiciones de trabajo en que tienen que operar cuando se trata de un dibujo.

—Siempre que salíamos de la fábrica nos encontrábamos más cansados que después de una jornada trepando por los andamios y haciendo trabajos de fuerza.

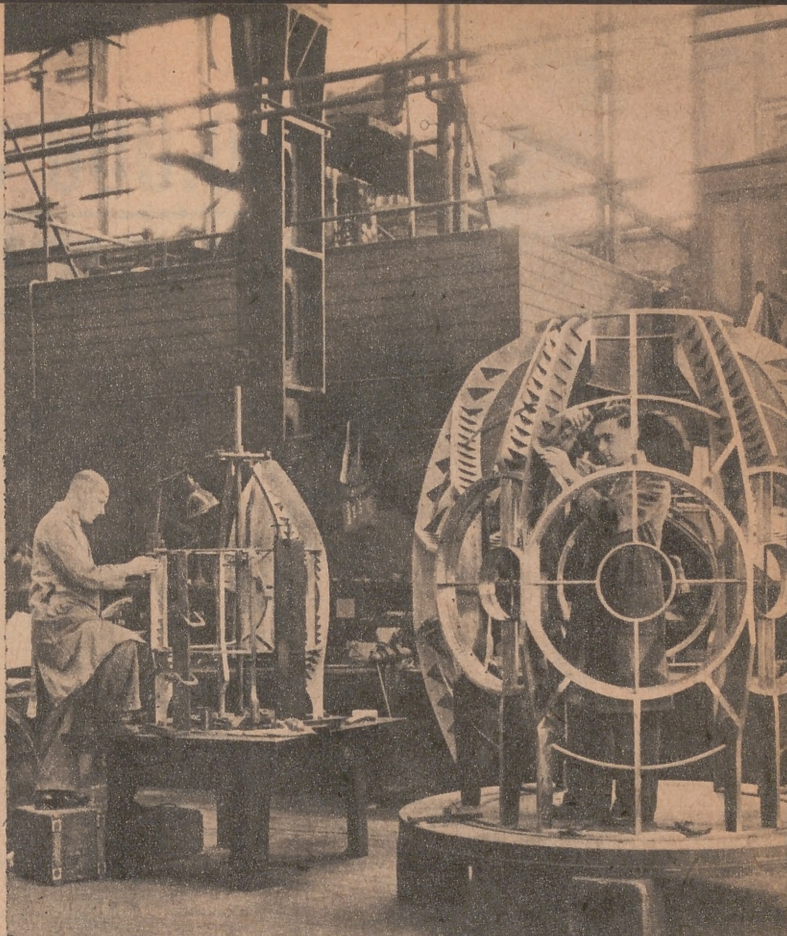
En Gran Bretaña, por la necesidad que tiene el país de importar toda clase de productos alimenticios, la industria de la conserva tiene una gran importancia y se mantienen muchos centros de experimentación y análisis para perfeccionar los métodos de conservación de géneros. En la mayoría de los casos los expertos se muestran partidarios de que para esta industria se monten fábricas sin contacto con el exterior.

—No hay ninguna perturbación para los operarios si éstos quedan aislados, sin ninguna influencia del medio ambiente de la calle; en este sentido, los obreros salen beneficiados porque no ven a través de las ventanas los deprimentes paisajes de una zona industrial, con sus antiestéticas construcciones y feos alrededores—dicen los partidarios de las nuevas tendencias arquitectónicas.

EL MAR, ESTIMULANTE PARA EL TRABAJO

Dejando a un lado la polémica que se mantiene ahora entre los que defienden las ventajas de trabajar en un medio ambiente artificial y los que combaten esto, lo que sí ha quedado plenamente demostrado es que la productividad aumenta en proporción considerable cuando las fábricas y talleres están situados en zonas con bonitas perspectivas, con arbolado y jardines.

Recientemente se ha hecho el



Para la limpieza y la alegría de los operarios, las fábricas dispondrán de «chorros de aire» que cumplirán la misión a la perfección

ensayo en Inglaterra de montar un taller-piloto enclavado en un barrio con edificios modernos y parques extensos. Para llegar a ese taller los empleados tienen que pasar diariamente por calles limpias, bien trazadas y con abundancia de flores. La mano de obra era la misma que en un centro de trabajo instalado en un feo barrio industrial y la maquinaria también idéntica. Conservando, pues, los mismos factores y variando tan sólo el emplazamiento se obtuvo en el primer mes de la experiencia un aumento de producción superior al cinco por ciento.

En una empresa francesa de metalurgia se han modificado los accesos a los talleres para evitar que los operarios tuvieran que pasar cada día entre grandes montones de carbón y se ha intentado en lo posible que no sean visibles esas carboneras. Al mismo tiempo se han decorado las dependencias de la fábrica con colorido alegre y variado. Los resultados se han comprobado muy pronto con un incremento en la producción de un cuatro por ciento.

—Lo interesante no es corregir el desfavorable efecto psicológico que causa una instalación sucia y fea, sino estimular el esfuerzo productivo creando condiciones de trabajo que sirvan de incentivo para aumentar las energías físicas y morales—propugna el ingeniero alemán Smichtt.

Muchas de esas condiciones ideales están fuera de la posibilidad del hombre, que no puede crearlas por su mano. En Holan-

da, una conocida empresa de construcciones eléctricas ha montado provisionalmente dos centros de trabajo para estudiar cuál sería el más conveniente. Uno de ellos se levanta con vistas al mar y el otro varios kilómetros tierra adentro. La experiencia es que cuando se trabaja a orillas del agua se produce más y con mayor agrado. El mar viene a actuar como de reconstituyente y de fuente de energía psicológica.

Recogiendo estos mismos resultados, en unos talleres suizos de fabricación de instrumentos de precisión se hicieron unos interesantes estudios para tratar de corregir la curva de descenso en la productividad que se registra pasadas las tres primeras horas de trabajo. Los mejores resultados se obtuvieron interrumpiendo la jornada a las doce y media de la mañana y ofreciendo a los empleados en la cantina proyecciones de películas en color con paisajes y vistas de localidades situadas en las costas. El mar, aunque sea por medio de fotografías, produce también aquí los mismos efectos estimulantes.

Hay médicos que opinan, por el contrario, que no hay mejor fuente de vigor que un vasito de un buen vino a media mañana; con esto se puede resistir el «cepillado» y las nuevas fábricas sin vistas al exterior. O se puede pasar sin la vecindad del mar. Si se realizan las oportunas experiencias, tal vez muchos estarían de acuerdo en dar la razón a este grupo de médicos.

Alfonso BARRA
(Corresponsal en Londres)

500.000 SOLDADOS EN VEINTICUATRO HORAS



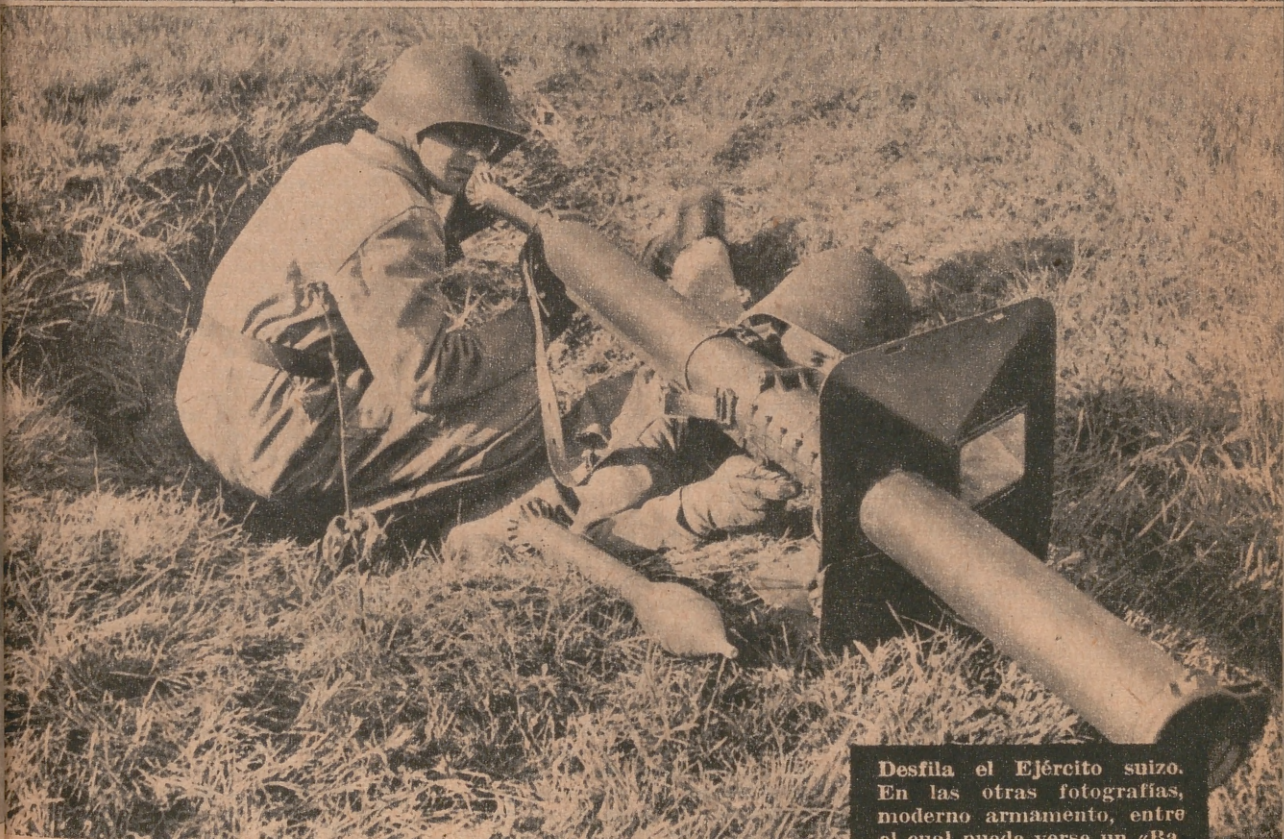
EL EJERCITO SUIZO PODRA
SER EQUIPADO
CON ARMAS ATOMICAS

UNA RESPUESTA FIRME A
UNA AMENAZA SOVIETICA

HACE unos cuantos días, ciertamente no muchos, que Suiza anunció haber tomado, en principio, el acuerdo de armarse atómicamente. La noticia ha tenido una repercusión mundial enorme. Y se explica. Sin embargo, no hemos visto referencias a semejante novedad en la Prensa. Sin duda, otros acontecimientos políticos y militares incluso, han acaparado la atención general de nuestros periodistas y hecho olvidar un tanto aquella referencia.

Entre las repercusiones motivadas por la determinación suiza, insistimos que de principio, no hay que decir que la primera reacción ha sido una violenta repulsa soviética.

Porque es bien sabido que es só-



Desfila el Ejército suizo. En las otras fotografías, moderno armamento, entre el cual puede verse un «Ba-zooka» de fabricación helvética

lo Rusia, de verdad, la única potencia que ciertamente desea el desarme integral. ¡Sólo que lo que quiere Rusia es que desarmen los demás! ¡Incluso, naturalmente, la pequeña República helvética!

La Agencia Tass, en efecto, había publicado hacía unos días la advertencia rusa, áspera, amenazante, agresiva diríamos mejor, ante la determinación suiza, hecha pública el 11 de julio último, cuando, sin perder momento, el Gobierno de Berna ha dado su contundente y justa contestación.

He aquí el texto de esta réplica: «Si un acuerdo internacional decidiera la limitación o la supresión de las armas atómicas, Suiza, es inútil decirlo sería la primera en alegrarse y en reconocer

voluntariamente tal acuerdo renunciando gustosa al armamento de sus tropas con ingenios nucleares. Es absolutamente claro que Suiza no pretende tener armas atómicas si éstas significaran un riesgo para su neutralidad. Suiza no aceptará jamás nada que pueda poner en peligro su neutralidad. Tampoco hay que decir que Suiza jamás atacará a ninguna otra nación. Todo el armamento atómico que pudiera poseer no significará, en consecuencia, más que un peligro para quienes la atacaran. Por otra parte, no se trata tampoco de adquirir bombas atómicas para lanzarlas lejos de la frontera propia. Se trata, evidentemente, de armas tácticas tan sólo de carácter defen-

sivo. Un país, por otra parte, que posee él mismo bombas nucleares e ingenios potentes y que, por añadidura, se alaba de ellos, no está autorizado para dar lecciones sobre el particular a los demás Estados».

La respuesta es, sin duda, justa y contundente.

UN «PUZZLE» DE GENTES

¡A Rusia se la antojan que amenazan la paz todas las potencias que no se la someten voluntariamente! ¡La pequeña Suiza incluida! Suiza, en efecto, es un pequeño país cuya extensión no excede de 42.000 kilómetros cua-

drados y su población es tan sólo de cinco millones de habitantes. Nace Suiza de una revuelta contra los Emperadores alemanes, en los días de Guillermo Tell. La batalla de Morgarten, que va a consolidar la independencia del nuevo país naciente, se libra en 1315. Entonces la Confederación apenas estaba integrada por trece provincias o cantones. Hoy éstos son en total veinticinco. Muchos de ellos son pequeñísimos. Por ejemplo, el de Basilea ciudad no mide más que 37 kilómetros cuadrados. El más grande, el de Gironi, es como una provincia de extensión media española. Menor desde luego que la de Madrid. Pero, en general, los cantones ni siquiera llegan a tener el millar de kilómetros cuadrados. La capital, Berna, es menor que La Coruña, en cuanto a población. Zurich, la ciudad más populosa, tiene menos habitantes que Sevilla, y apenas reúne la quinta parte de los habitantes que, por ejemplo, tiene la capital española.

En el corazón de Europa central, Suiza es un «puzle» de gentes. Sus habitantes son de raza y lengua germánica (72 por 100); francesa (20 por 100), e italiana (9 por 100). El «romance» es hablado por menos del 1 por 100 del país.

UN EJERCITO QUE VIVE EN CASA

Suiza ha sido neutralizada. Esta neutralidad ha podido exactamente mantenerse a través sobre todo de las dos últimas grandes guerras. En efecto, ni en la primera ni en la segunda conflagración, Suiza fué invadida. La razón—¡ay!—no está sólo, ni mucho menos, en la fuerza de los tratados. La razón de que haya podido mantenerse la neutralidad suiza entre tantas zozobras en las guerras modernas radica en la propia potencia militar helvética. Porque, en efecto, este minúsculo país es militarmente fuerte, y cualquier invasor en diernes ha recapacitado antes de invadirle, que la empresa iba probablemente a tener más inconvenientes que ventajas.

La organización militar helvética es originalísima. Israel, moderadamente, en condiciones parecidas geográficamente a Suiza, ha copiado con éxito los métodos orgánicos de este país. Suiza es fuerte y, sin embargo—he aquí la primera paradoja—, no tiene Ejército. Es decir, no tiene Ejército permanente sobre las armas. Su «paz» armada es, evidentemente, «sul génerois». Todo el cuadro permanente del Ejército suizo está integrado por un modesto Cuerpo de 230 jefes y oficiales y 130 clases de tropa. En total, 360 hombres. Menos seguramente que el personal de la Policía de tráfico que presta servicio en cualquier gran urbe moderna. Sin embargo, con estos 360 hombres bastan. La misión, en efecto, de este Ejército liliputiense no es la de combatir. ¡Si apenas tal efectivo suma nada más que medio batallón! Este pequeño Ejército no es más que un Cuerpo de instructores y de encuadramiento del Ejército de verdad. ¡Un Ejército que está siempre en su casa! Y que no sale de ella, en

función militar, más que para realizar los periodos de instrucción, de maniobras, montar la guardia en caso de peligro o de combatir si las cosas llegaran hasta ese punto. Dada la voz de alarma, el Ejército se pondría inmediatamente sobre las armas y pasaría a ocupar los lugares de concentración previstos, apenas en el plazo de un sólo día. Veinticuatro horas harían este milagro que en las naciones grandes requiere días, bastantes días, con frecuencia semanas y aun meses, para alcanzar el total redondeamiento. Pero Suiza es muy pequeña, como hemos visto, y el milagro resulta así posible. «Quince divisiones» se pondrían de este modo sobre las armas en el plazo del día señalado. Estas divisiones son de Infantería (9); de montaña (4) y de tropas territoriales, de reserva o segunda línea (2). Como en Suiza se habla tal diversidad de lenguas, es curioso constatar que cada división está nutrida por gentes de la misma lengua. El mayor número de divisiones son germánicas; otras son francesas y sólo una es a este respecto italiana. Pero hay casos en que unidades, generalmente técnicas o especiales, son bilingües y las nutren hombres de habla diferente.

Se ha discutido mucho si realmente la organización de la milicia helvética es eficaz o no. Ciertamente, el Ejército suizo no ha tenido el contraste real del combate, pero sin duda, por cuanto decimos, ha sido eficaz hasta lo decisivo su presencia en orden internacional, ¡lo que ciertamente no significa poco...!

LAS BARBAS DEL VECINO

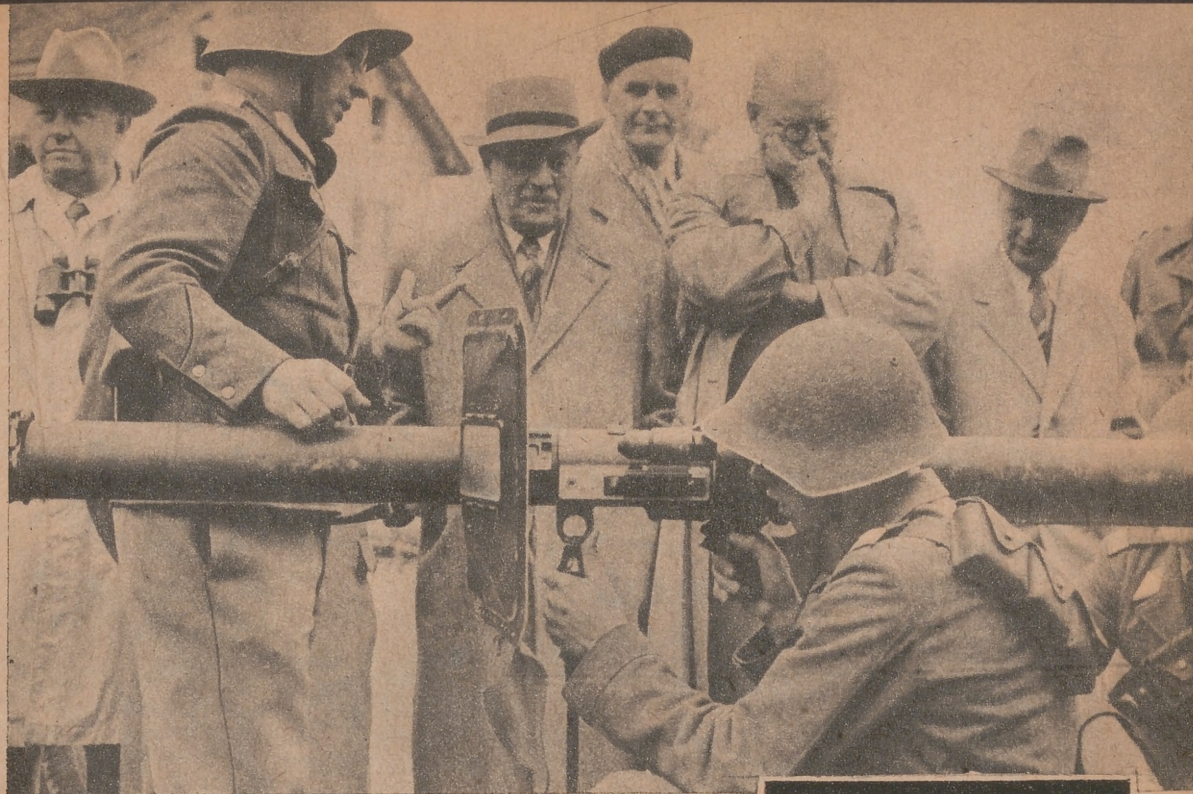
Pero es natural que el Consejo de la Confederación cuide de que esta eficacia sea real y no solamente nominal. He aquí por lo que ahora ha planteado aquél la cuestión palpitante: el armamento atómico del Ejército nacional. Se trata, lo diremos, de una declaración de principio, no ciertamente de ejecución inmediata, porque la pretensión consiste en dotar al propio Ejército nacional de armas nucleares tácticas y en ningún modo estratégicas. Esto es, Suiza pretende proveer a sus tropas de cohetes tácticos nucleares; de artillería igualmente nuclear; de armas portátiles del mismo modo atómicas. No se olvide que el armamento atómico ya no es un monopolio de nadie. Lo fué, en primer término, de los Estados Unidos, es cierto. Pero luego rompió el privilegio Rusia. Más tarde, Inglaterra, y ahora va a intentarlo Francia. Alemania espera su momento político, y no otra cosa, para hacer lo mismo. Pero antes que Suiza ya Suecia, también un país neutral, aunque no neutralizado, ha pensado al parecer lo mismo. Si Suecia no ha planteado el asunto en el campo político, esto nada tiene que ver. El asunto, sin embargo, ha sido examinado por las autoridades militares, lo que no deja de ser completamente natural. Suecia entiende que no le será fácil adquirir en el mercado internacional, al menos de momento, armas nucleares. Es evidente que los colosos no ven con buenos ojos el ar-

mamento atómico de los demás. Afirman—no sabemos con qué exactitud y mucho menos con qué sinceridad—que cuantos más países existan armados atómicamente, más peligro habrá de guerra. Lo más probable es, sin embargo, que la guerra mundial la desencadenen un día, como siempre, los poderosos y no los pequeños países. Pero la cuestión, sin embargo, aquí planteada no es ésta. A Suecia—nos bastará con añadir el dato—se le antoja fácil construir ella misma el material de guerra atómico que precisa, en el plazo comprendido entre 1961 y 1963. Al fin, la espera no parece excesiva.

LO QUE DICE EL GENERAL FRICK

Por su parte, en Suiza la cuestión del armamento atómico ha provocado una intensa campaña de Prensa. Han aparecido, naturalmente, los discrepancias. En caso, al parecer, decididos «internacionalistas» en el sentido turbio de la expresión, cuando no también amigos más o menos discretos de la Unión Soviética.

El general Hans Frick ha dicho cosas terminantes al efecto en la Prensa nacional. Su posición, como la de todo buen soldado, es netamente realista. El arma atómica se utilizará, sin duda alguna, afirma, en la próxima guerra. Suiza no tiene ánimos de agresión de ninguna clase. Pero puede ser atacada. Bombas atómicas lanzadas fuera del país pueden caer sobre él por error o por cálculo. Suiza estará sometida también al riesgo del peligro aéreo y a ser sobrevolada por aviones enemigos. La bomba atómica, en consecuencia, piensa el general Frick, será fatalmente empleada contra su pacífico país. Suiza debe de prever este riesgo, no arrojándose con grandes bombas nucleares, demasiado caras e innecesarias para ella, sino con armas nucleares menores, de campo táctico. Suiza, añade, necesita sobre todo cohetes antiaéreos atómicos para defenderse del peligro de la aviación adversa. Estos proyectiles, explica el general, deben de ser suficientes para destruir formaciones de aviones, incluso sin tocarlos, en el impacto, y que vuelen a 10 000 metros o más sobre la superficie del país. Por añadidura, completa el general suizo, tal réplica atómica contra las previsibles agresiones aéreas no implicaría peligro alguno para la propia Suiza. Item más; las minas atómicas, actuando sobre collados y pasos forzados entre las montañas alpinas de la Confederación, significaría, de un lado, la imposibilidad de franquearlos; de otro lado, tampoco hay ningún inconveniente para los propios nacionales, ya que estos lugares están despoblados o casi despoblados. Cualquiera radiactividad resultante residual sería, por lo tanto, inocua. La artillería clásica no olvida tampoco Hans Frick, está ya en trance de superación completa. ¿Para qué empeñarse, en consecuencia, en emplearla, si los cohetes o simplemente los proyectiles de cañón atómico están en vías de silenciarla definitivamente? Cañones atómicos; cohetes antiaéreos; cohetes incluso de campo de batalla, hasta 300 kilómetros de al-



Un moderno mortero anti tanque, de fabricación suiza, es examinado por los expertos

cance, tales son las necesidades de momento.

Entre los detractores del acuerdo de hacer atómico el armamento suizo figura, en primer término, el profesor Juan Rossel. Este desconfía. Afirma, con error, que las armas tácticas deben de explotar sobre el suelo. La radiactividad residual, en este caso, es grande. De aquí su principal peligro. Podrían ser fatales estas armas, tanto para los invasores como para los invadidos. Una victoria lograda por tales medios, ¿no equivaldría, viene a decir, una victoria pírrica?...

Pero otro profesor, en este caso el doctor Däniker, replica recio. No tiene razón el catedrático Rossel. No es exacto que las armas atómicas tácticas deban de estallar en el suelo. ¡Ni mucho menos! Normalmente, se dice, que una «deflagración» es baja cuando estalla la bomba a una distancia del suelo semejante a vez y media el radio de la esfera de explosión (del hongo), y es alta cuando alcanza la altura, por ejemplo, del lanzamiento de Hiroshima o de Nagasaki. No hay posibilidad, en consecuencia, de peligro, sobre las propias tropas. Y Däniker añade, con razón, que en sus ejercicios y experiencias tácticas los soldados americanos ocupan rápidamente el terreno sobre el cual ha sido lanzada previamente una bomba nuclear. En resumen, en efecto, las alturas a que suelen estallarse los proyectiles nucleares son los siguientes:

Grandes bombas de hidrógeno de diez «megatones»: más de 4.500 metros.

Gran bomba de hidrógeno de un «megatón»: más de 1.700 metros.

Bombas de cien «kilotones» (cinco veces más poderosas que las lanzadas en la última gran guerra sobre el Japón): entre 650 y 1.000 metros.

Bomba atómica de 20 «kilot-

nes»: como la de Hiroshima: de 340 a 600 metros.

Bomba táctica pequeña de un sólo «kilotón»—un millón de kilogramos de trilita—: de 100 a 210 metros de altura sobre el suelo. pública Helvética está en trance.

No cabe, pues, en modo alguno afirmar que el inconveniente mayor de estos proyectiles es la radiactividad residual. El ser, en fin de cuentas, tan perjudiciales para el defensor como para el atacante.

La radiactividad y la contaminación, en efecto, influyen principalmente sobre los proyectiles estallados en superficie. No tanto de otro modo.

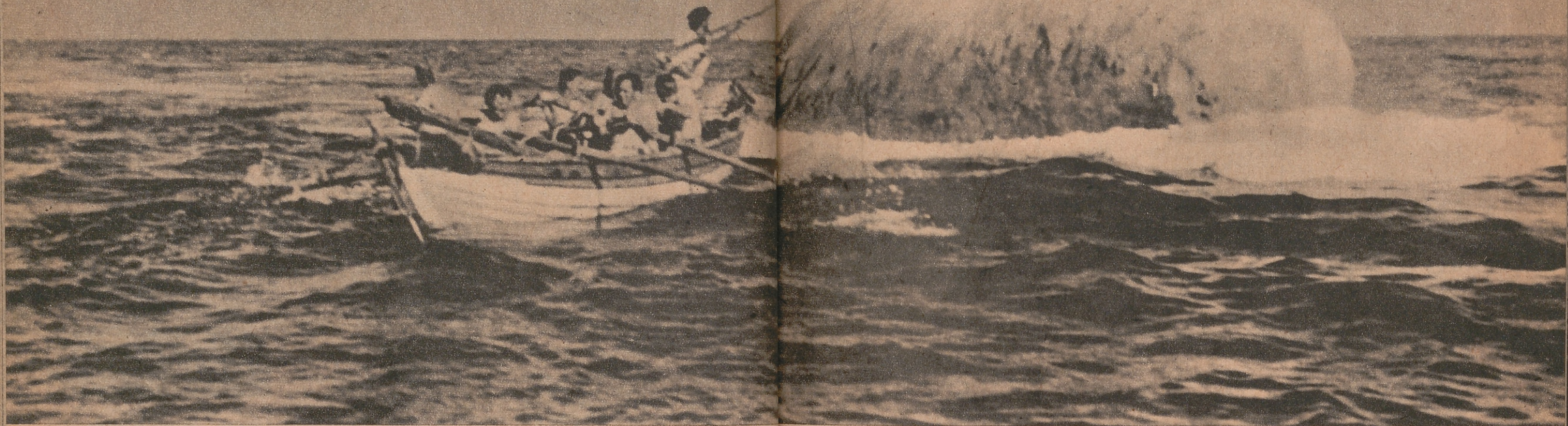
LA FLOTA «AROSA» CAMBIA DE NOMBRE

El caso suizo es, sin duda alguna, interesante. Se trata de una pequeña, muy pequeña potencia, si nos atenemos estrictamente a la superficie. Por añadidura, además de pequeña y pacífica, la República Helvética está en trance, por todo lo dicho, de poseer de verdad armas atómicas. Sería curioso que la minúscula Confederación alpina, neutral por tradición, resultará a la postre la cuarta potencia atómica del orbe, tras de América, de Rusia y de la Gran Bretaña. ¡Pero pudiera ser! Aunque es de esperar que la «carera de los armamentos atómicos» haya entrado en esta especie de segunda división del campeonato mundial de las potencias con un resultado tan incierto como espectacular.

Suiza tiene reconocida la capacidad financiera técnica e industrial para tal cosa. Un país singular que de un Ejército enano de 360 hombres, puede pasar, en horas veinticuatro—como en las comedias de Lope—de modestísimo embrión militar a una colosal fuerza de medio millón de soldados instruidos y equipados. La transformación del armamento puede ser eficazísima a este res-

pecto. Hans Baldwin, uno de los técnicos informativos de la Prensa americana más reputado, conviene, en efecto, en semejante posibilidad que en todo caso hacemos nuestra. Conforme a la legislación vigente yanqui, ningún armamento atómico podrá ser transferido a Suiza por Estados Unidos. Pero aparte de que semejante legislación podrá ser transformada, Suiza, insistimos, está en condiciones de procurarse, por sí misma, este armamento. Sólo, es verdad, los dos países—los Estados Unidos y la Confederación Helvética—están unidos por el Acuerdo de 1956, según el cual las cesiones de material e informaciones a este respecto sólo comprenden el uso pacífico de la energía atómica. Pero insistimos, por último, que el país alpino podrá, por su parte, producir estas armas en un próximo no demasiado lejano.

Tal es el tema puesto ahora mismo sobre el tapete: que pre-ocupa a Rusia. ¡Que se agita en Suiza, en donde solamente se nos brinda otra circunstancia de actualidad! ¡La grave cuestión que significa para la Marina—para la Flota mercante ¡de Suiza!—la cesión de los grandes buques de la serie de los «Arosa»—cuatro en total—con 56.000 toneladas— a una Empresa de navegación—al parecer—italiana. El Presidente Rizzo ha debido de hacer esta confesión nada menos al pueblo helvético. El precio de la venta parece ser de 120 millones de francos suizos. Quizá hay que suponer un buen negocio. Pero al país le ha caído la noticia en forma de una verdadera bomba atómica!



"MOBY DICK", LA AVENTURA FANTASMA DE LOS PESCADORES DE BALLENAS

El momento más angusti-
so es el del arponeo a mano



VALOR Y REFLEJOS EN UN OFICIO DONDE LA TRADICION NO HA MUERTO

A BORDO DEL "POSSUND", EN EL ATLANTICO NORTE

El ballenero hacía rumbo al Noroeste. La mañana era de transparente azul. De pronto, allá en lontananza, apareció un extraño espectro blanco. Una enorme masa pulposa, de gran longitud y anchura, de un color crema jamás visto o soñado, flotaba sobre el agua. De su centro partían un sinfín de largos tentáculos que se retorcían a compás intermitente, con el mismo ruido que si fueran un hatillo de serpientes. La masa pulposa no tenía cara ni parte delantera en la que se pudieran fijar los ojos, ni siquiera daba muestra de sensación o instinto.

El joven grumete que por primera vez acompañaba a los pescadores miró alarmado y preguntó, incapaz de aguantar su curiosidad:

—¿Qué es eso?

Un ballenero, cicatrices y heridas, treinta años en la mar buscando los cachalotes, sonrió con tranquilidad:

—El gran pulpo que, según se asegura, suministra al cachalote su único alimento. También sobre él existe una leyenda.

—¿Qué leyenda?

—Los pocos barcos que ven a este pulpo, jamás regresan a puerto para contarlo.

El arponero del barco, mudo y sordo a todo lo que no fuera la tentación de las ballenas, respondió con entonación de lucha:

—Visto el pulpo, poco se tardará en ver el cachalote.

Estábamos en el umbral de la gran aventura. Estábamos a pocos momentos de volver a revivir las escenas extraordinarias de una de las novelas más importantes contemporáneas: «Moby Dick», o «La ballena blanca», de Herman Melville. Yo, en aquellos momentos, pensaba en la frase de un gran crítico norteamericano, en la que aseguraba que sin «Moby Dick», Hemingway no hubiera podido escribir «El viejo y el mar». Y en el umbral de la aven-

tura, consideré algunos hechos importantes, necesarios para comprender con exactitud la pesca de las ballenas.

EL TRATADO DE PSICOLOGIA DE «MOBY DICK»

Todo un día estuvimos esperando en el «Possund», émulo y hermano del «Pequod», aquel barco ballenero en el que implantaba su ley el tremebundo, asombroso y extraordinario personaje del capitán Achab. Alguien dijo de este capitán que estaba maldito, que su furia podía ser interpretada como una interrogación a la que únicamente podía contestar un psiquiatra. Es cierto. «Moby Dick» supera en realidad la novela documento. «Moby Dick» es el completo tratado de la psicología de estos balleneros que salen de su casa, que se despiden de sus mujeres en un adiós largo y nunca calculado, porque nunca se conoce cuánto tiempo se va a ca-

DE LAPONIA A BALEARES

LEGARON nada menos que desde Kiruna, el núcleo permanentemente habitado más cercano al Polo Norte, en la Laponia sueca. Visten unos extraños trajes de lana, recargados de adornos, que es el atuendo veraniego en su país. Para llegar a Mallorca tuvieron que recorrer mil kilómetros en trineos motorizados y ferrocarril hasta la ciudad de Lulea, en el golfo de Botnia; mil quinientos kilómetros después, hasta Estocolmo y, por fin, casi tres mil kilómetros en avión desde la capital de Suecia hasta la capital de Baleares. Ellos son el matrimonio Stahlacke, primeros lapones que visitan las islas españolas.

El hecho, así, contado simplemente es, sin embargo, algo, más que una noticia singular que un título pintoresco. Tal vez sean estos lapones, llegados a España en virtud de una información que recibieron, de un folleto que leyeron, de una crónica de un relato, de una película, de un reportaje en la televisión, el símbolo del auge del turismo internacional en España.

Cuando hace veinticinco años se hacía el recuento de los turistas que llegaban a España difícilmente podrían sacarse alrededor de los cincuenta mil, contando, incluso, los que tomaban la península como país de tránsito. Hace veinticinco años no había en capital alguna del extranjero una propaganda organizada, sistemática, eficaz y original de las bellezas históricas actuales españolas. Hoy, 1958, España recoge el importante fruto del turismo. Cuatro millones de personas serán las que hayan visitado nuestra Patria al finalizar el presente año. Cuatro millones de personas que, bien, por primera vez, bien

por segunda o tercera o enésima, han hecho España punto de visita, lugar de descanso, comarca de vacaciones. Para llegar a esta cifra era necesario realizar toda una enorme y eficaz política de atracción turística, de modernización y ampliación de nuestra industria hotelera, de mejora de nuestras comunicaciones. Todo ello se ha hecho y mucho más todavía está en camino.

No es solamente la red nacional de Paradores de Turismo y Albergues de Carretera de la Dirección General de Turismo, cada día aumentado con nuevas, modernas y sugestivas instalaciones como las recientes de Ribadeo, sino una constante y absoluta dedicación en todos los aspectos del fomento del turismo hacia España, lo que ha dado el resultado. Jamás España había conocido una sistemática política turística como la de ahora. Una política sin estridencias, sin relumbrones, callada pero eficaz, tremendamente eficaz como lo demuestran las cifras, que al fin y al cabo son siempre las que hablan mejor que las palabras.

Para España, para nuestra balanza de pagos, para esa «partida invisible», una de las más importantes en ella el turismo ocupa un lugar destacado. Y lo que es mejor, con una perspectiva futura mucho más positiva todavía.

Estos lapones, que por primera vez representan a aquellas lejanas tierras hoy, en Mallorca no son, en sí, sucesos trascendentes. Pero tienen para nosotros el buen significado que, cada vez más, desde todas las tierras del mundo, a España se la elige como destino de visita.

Y esto, la verdad, es una noticia radicalmente importante.

minar por el mar o cuántas veces se regresa a puerto faltando varios miembros de la tripulación.

Habíamos salido de Oslo cinco semanas antes, rumbo Oeste, y fui admitido como cocinero, gracias a mis experiencias, como hombre que ha de ganarse la vida en un país extranjero. Inmediatamente de caer en mis manos el libro «Moby Dick», de inmenso éxito en Noruega, pensé que ya sabía el lugar que habría de escoger para pasar mis vacaciones. El estreno de la película «Moby Dick» en Oslo, hace apenas cuatro meses, me ratificó aún más en mi idea. Y hoy, en este momento, estoy aquí, a bordo del «Possund». Para que el lector comprenda un poco todo lo que ahora pasa en cubierta, tengo forzosamente que referirme una vez más a «Moby Dick» y al capitán Achab.

El capitán Achab, al principio de su vida de ballenero encontró una tarde en el mar a «La ballena blanca», a «Moby Dick». Saltó rápido a la lancha, tembándole el corazón ante aquel espectáculo increíble de una montaña blanca que había nacido de pronto en la inmensidad de los mares. Disparó su arpón con mano segura, tranquila, y «Moby Dick», al sentirse herida, tras sumergirse, se volvió contra él y le hizo frente. En el encuentro, en el terrible encuentro, el capitán Achab perdió una pierna, que tuvo que sustituir por una de marfil, y le quedó en la cara la cicatriz horrible que le desfiguró para siempre el rostro. Desde entonces la vida del capitán Achab sólo tiene una meta: «Moby Dick», matar a la ballena, arremeter contra el monstruo a mar

abierto y vengarse. Y así sueña cada noche en lo mismo:

—¡Cabeza de alcornóque!— le dice el contramaestre—. Nunca había tenido un sueño tan extravagante como el de anoche. ¿Sabes mi pierna de marfil? Pues sí, sé que le arreaba un puntapié con ella a «Moby Dick».

Es en esta situación de locura del capitán Achab cuando comienza la novela. Una novela que al ser llevada al cine ha dado ocasión a Gregory Peck a realizar la más genuina gama de gestos en un carácter acosado por el odio y la pasión de la caza. Y así, ya alistada la tripulación, en pleno mar, atrás las costas, abandonados a lo suyo, comienza el terrible drama. Achab busca a «Moby Dick». Achab deja pasar las demás ballenas como si no las viera, y recorre los océanos y la persigue con saña tenebrosa. La tripulación, sin embargo, no le abandona. Se llena de su mismo furor, otea, espera, avizora el mar. Y en aquel barco, en el «Pequod», se crea un clima trágico, una tensión que rompe los nervios.

Esta tensión es la misma que yo estoy viendo ahora en el ballenero «Possund», sin recargos de tintas novelescas. Se ha visto ya el pulpo. Se espera a cada momento que aparezca la ballena para comenzar el arriesgado deporte de la caza. Digo deporte pensando en mí; para los que me acompañan, en su ocio, su manera de ganar ese pan diario que se suplica en la hermosa oración del padrenuestro.

LA EMOCIONANTE LUCHA

Amanecía en el mar. Piggs, un simpático muchacho de ojos azules y rubio hasta lo ilimitado, montaba guardia en la cofa mayor, y con los hombros apoyados en los obenques, se mecía en el aire. Yo lo veía desde cubierta, porque el día era bochornoso y subía a que me aliviara un poco la brisa marina.

De pronto pareció despertar de un sueño. Sacudió su modorra con un movimiento brusco, así como con las manos los obenques y su voz me llegó clarísima:

—¡Ballena a sotavento!

Fué increíble. Piggs repetía el descubrimiento con alucinaciones en los tonos, y súbitamente, la cubierta se llenó de marineros. A menos de sesenta brazas, a sotavento, un cachalote hendía las aguas y alborotaba el mar. El grito de Piggs fue repetido por los tres vigías, al asegurarse éstos de que del mar ascendía un chorro con regularidad.

Yo estaba como enloquecido. Llegaba el momento, el único momento por el que me había embarcado, y pensaba con asombro en el paralelismo terrible que existía en la realidad que estaba viendo con la novela de Melville.

Entre los gritos de la tripulación, entre el ruido gigantesco de los preparativos, resonó la voz de Gragh, el arponero, fuerte como un toro y siempre sonriente en los momentos de calma:

—¡Capitán! ¡Reclamo para mí el cachalote!

Y Gragh, ante la afirmación del capitán, saltó a un bote seguido de varios hombres. Allí Gragh tomó el mando y comen-



La hora dramática de la captura de la ballena

zó a dar órdenes. Aún pude escuchar sus palabras:

—¡Nadie hable sino en susurros! ¡No usen los remos!

Al fondo, mientras la barca se despegaba del buque, la ballena salía a intervalos y volvía a sumergirse lenta, majestuosa. La belleza de estas operaciones, de esta actuación, escapa a toda consideración que yo pudiera hacer sobre el particular.

Me fijé en los pequeños detalles, porque me di cuenta de que era empresa de loco intentar abarcar cuanto pasaba. Gragh encendió su pipa calmamente. Sí, ya en la barca, encendió su pipa, pero creo que tan sólo le dió un par de chupadas.

La ballena, de repente, cambió de proceder. Movi6 la cola, levantándola perpendicularmente sobre el aire, y una espuma blanquisima azotó como una escoba la superficie del mar.

Al capitán se le escapó, preocupado:

—¡Nos ha visto!

EL CABO BALLENERO Y, AL FINAL, EL ARPON

No me lo dijo entonces el capitán, entre otras cosas, porque mi confianza en él era casi nula. Apenas crucé, en toda la travesía, diez o doce frases con él. Más tarde me lo dijo Gragh, a la sombra de un buen vaso de ron.

Gragh, al percatarse de que la ballena los había visto, puso rumbo a la cabeza de la ballena; es decir, que se iba en línea recta hacia ella, como dos trenes que circulan en dirección contraria por la misma vía. Los balleneros saben que esta táctica, usada dentro de ciertos límites, impide que la visión lateral de la ballena se dé cuenta de la inminencia del ataque, pero la ballena aumentó su velocidad y entonces Gragh pensó raudo y llegó a la conclusión de que aquella ballena había sido ya objeto de un ataque semejante.

Comenzamos, con estas pequeñas puntualizaciones, a darnos cuenta del extraordinario dominio que hay que tener y la capacidad de reflejos necesarios, para capturar una ballena.

Gragh ordeno a los remeros un supremo esfuerzo. El ruido de la madera se escuchaba desde el barco, en el que todos aguantábamos la respiración. Gragh entonces, ya a una distancia inverosímil de la ballena, tomó el arpón en sus manos. Puede que Gragh sea uno de los pocos balleneros que ostente el título de ballenero y de jefe de barca.

Gragh, inmutable, como un gigantesco coloso que dominara la situación, lanzó el arpón, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones a los remeros:

—¡Todos a popa!

Mientras los remeros obedecían la orden, por las muñecas de todos los tripulantes de la pequeña barca corrió el cabo ballenero, en una de cuyas extremidades va atado el arpón.

Y fué entonces cuando llegó la parte más sorprendente del soberbio espectáculo. La barca comenzó a volar sobre el agua. Arrastrada por la ballena que entregaba todo el ímpetu de su mole a alejarse, corría la barca como una de esas velocísimas motoras que hemos visto tantas veces en el cine cruzando el lago de Florida o abriendo brechas en aguas de Miami. Una cascada continua se derrumbaba por la proa y un torbellino semejante al que debe dejar un barco atravesando pompas de jabón, por la popa. Y mientras tanto, todos los hombres se agarraban al cabo ballenero con todas sus fuerzas, porque este es y no ninguna otra cosa el único que impide que los marinos se caigan al agua cuando comienza la tremenda carrera a remolque.

Se alejaban constantemente. Yo, creo que pálido y tembloroso, insinué una frase:

—Tendrá que soltarse.

El capitán, frío, seco y duro, contestó con gran flema:

—No se soltará. El arponazo de Gragh es definitivo. La ballena comienza a perder velocidad.

Confieso que no lo entendía. Confieso que me parecía que la ballena iba cada vez más deprimida. Y como el capitán adivinara mis pensamientos, me dijo:

—Cierre usted durante seis segundos los ojos.

Obedecí. Cuando volví a abrirlos, comprendí que el capitán tenía razón. La ballena aminoraba su marcha. Y entonces los remeros ayudaron a impulsar de nuevo la barca con su esfuerzo y cuatro o cinco minutos después, los balleneros llegaban cerca del cetáceo.

Gragh, apasionadamente, clavó dardo tras dardo en el cetáceo, que se bamboleaba como una boya en el mar.

Era impresionante. Era como un toro gigantesco en una gigantesca plaza azul. Por todos los lados de la ballena manaba sangre. Con tal intensidad que la espuma que chocaba contra ella se volvía turbia. Parecía como si a cada arponazo de Gragh nacieran ríos inmensos. La sangre, a cada segundo, iba tificando las aguas y la extensión roja ya alcanzaba lo inaudito. Jamás pude pensar que un ser vivo llevara dentro de sí tal cantidad de sangre.

La ballena estaba ya casi inmóvil. Agonizaba. Y Gragh, en este momento, se acercó aún más a ella, e introdujo su lanza en el cetáceo y la hizo girar como si fuera un taladrador.

Fué así como la ballena murió a poco con el corazón reventado.

Surgió la calma. Los remeros, agotados por el esfuerzo, dejaron que sus cuerpos adquirieran esa inmovilidad densa y floja de cuando el cansancio invade hasta más allá de todo el cuerpo humano. Sólo Gragh, como un león en pie, permanecía erguido,

mirando con fijeza el cuerpo del animal vencido.

Una vez más, entre las miles y miles, el mar veía la impresionante, la maravillosa aventura de «Moby Dick».

LUCES EN LA NOCHE DEL MAR

Gragh y sus hombres volvieron al barco. Echaron un trago. Se gritaba alto, con la sonrisa del triunfo en los labios. Yo llevaba mis ojos a la ballena y los dejaba reposar en las manos duras, casi cirspadas del arponeador.

Luego comenzó la segunda operación. Cuatro botes, aprovechando que el mar estaba calmo, salieron rumbo a la ballena y co-

menzaron los preparativos para acercarla al «Possund». Fué tras aquello cuando verdaderamente comprendí la enormidad de la mole que representaba la ballena. Treinta y seis horas empleamos en ir, poco a poco, casi centímetro a centímetro, acercándola al «Possund». El Atlántico Norte, como respetando nuestro trabajo, se contentaba con murmurar su eterna canción. De vez en vez los hombres bebían un trago de ron.

Llegó, en la operación, la noche. El mar supo de las gigantes cas luces de las barcas y la piel del cetáceo relucía extrañamente, en inimaginable variación de tonalidades. A mí también se me permitió subirme a una barca y

llegar hasta el costado de la ballena. Me dió la misma impresión de arribar a una isla. Tal era su longitud. Me acompañó Gragh en un corto viaje para transportar más arpones y poder aumentar de esta manera la cantidad de cables que acercaban el cetáceo al barco. Los pescadores llevaban linternas que irradiaban pirámides truncadas de luz. El mar seguía calmo.

Fué uno de los espectáculos más maravillosos que he presenciado en toda mi existencia de trotamundos a la ventura.

Cuando la ballena llegó a tocar el casco del «Possund» un infernal ruido de cadenas alborotó la cubierta. Se llevaba a cabo la operación de anclaje de la ballena, que quedó pegada al costado del barco, atada por la cabeza a popa y por la cola a proa.

Luego vino el gusto, inmenso para estos hombres, de probar la carne de ballena. Uno en los países civilizados se imagina que la carne de ballena es algo capaz de darle la vuelta al estómago, pero en un barco en alta mar, tras la caza apasionante, lo primero que se hace en cuanto la operación de anclaje queda terminada es acercarse a la cola, cortar con un afilado cuchillo largos filetes y luego, con linternas de esperma, guisarlos.

Yo también comí una buena tajada. Gragh, a mi lado, sólo tenía una preocupación:

—Puede que vengan los tiburones.

Es extraordinario cómo estos hombres de mar caminan en sus palabras con un extraño paralelismo a la creación literaria. Recordé a Hemingway, a su «El viejo y el mar» y estuve nervioso, dispuesto a gozar el mismo día de dos novelas célebres. Pero afortunadamente los tiburones no llegaron y pasó la noche tranquila, rumorosa, con el picaporte de la cola de la ballena golpeando rítmicamente en el casco del barco.

LAS CALDERAS EN ACCIÓN

Se suspendió del costado del buque la cabeza de la ballena. La esperma iba entrando en los grandes barreños que se sacan de la entraña de los barcos balleneros en cuanto termina la lucha.

Voy a contar la tercera operación que se realizó a bordo del «Possund». Cuando los trozos del cuerpo del cetáceo entran a bordo, la esperma se enfria, y entonces un buen número de hombres se dedican a estrujar los grumos que, por lo general, flotan entre el líquido.

Todo el barco se pone de golpe como grasiento. Las manos, incansables, estrujan horas y horas. Es el comienzo de los preparativos para echar el cetáceo a las calderas.

La primera parte de la ballena que se separa es lo que llama el «argot» marino el «caballo blanco», que se obtiene de la parte más delgada de la ballena y de la parte más gruesa de la cola. Es musculoso, con gran cantidad de tendones, e impresiona verlo cortado en pequeños bloques, como trozos de mármol arrancados de una cantera.

La segunda parte es la llamada

DESPACHO DE ALFERECES

A un lado está Matabueyes y al otro Balsain con la carretera que lleva hasta La Granja, y por la otra cota, la torre de la iglesia que sirve de referencia, siempre, a los goniómetros artilleros, y más cerca San Isidro y ya, para Segovia, la carretera de llegada y también de despedida.

En el centro, las tiendas, cónicas, circulares, con su alto bordillo de cemento, distribuidas por armas, por batallones, por compañías. Más alejado, el campo de gimnasia, y, a la entrada, el viejo «Llano Amarillo», el campo de instrucción, formación cerrada o abierta, con el fusil en la diestra, o ejercicios tácticos, con los teléfonos y las piezas y los morteros y los tanques incluso. Este era y es y será el Campamento de la Milicia Universitaria, en Robledo; donde estudiantes de España se hacen alféreces de complemento del Ejército español.

Ahora, primeros de septiembre, ha terminado el curso y los nuevos alféreces, formadas las secciones, presencia de honor de los sargentos, han recibido los despachos. Un escalofrío hondo y auténtico corre las filas cuando se inicia el paso hacia las mesas donde los generales van a proceder a la entrega. Ahora, primeros de septiembre, el mismo Ministro del Ejército les ha dirigido la palabra: «Contemplo —dijo— esta formación en que se alinea la élite de nuestras juventudes universitarias, esperanza del mañana de la nación, convertida en sólido bloque uniforme, para rendir culto al honor y conformar sus sentimientos a los eternos postulados que siempre inspiraron la conducta del Ejército. Este bloque de una juventud entusiasta, sana y trabajadora, es para mí el exponente de la unión del Ejército en el servicio a España y su Caudillo Franco.»

Luego las formaciones, estretilla metálica de seis puntas en las hombreras de la sahariana, borla dorada en el gorro con galones bordados, han desfilado ante su Ministro.

Una doble lección se desprendía del hecho. Ha sido precisamente ahora cuando el nuevo Estado español ha dispuesto lo necesario para que la juventud universitaria, sin tener que cortar la continuidad de sus estudios, pudiese realizar el servicio militar. Pero esta forma de servicio «por el camino de la responsabilidad, dejando a un lado el más cómodo de servir en filas como simples soldados», escogida voluntariamente por los que son, a la terminación de las reglamentarias prácticas en los regimientos, alféreces de complemento, lleva también consigo la enseñanza noble del mando. Mandar es desarrollar, en los hombres a los que se ordena, las más excelentes virtudes militares—las dieciocho virtudes como dieciocho quilates de oro puro que hablaba el general director de la Escuela de Alto Estado Mayor—; mandar es ser, para el subordinado, su guía y su amigo; mandar es convertirse en espejo de virtudes, ejemplo de caballeros, modelo de militares.

En la defensa de la Patria, pues, en puesto permanente, en vigilia constante, están los jóvenes promociones de alféreces de la Milicia Universitaria, promociones que tienen ya sus caídos en acciones guerreras. Nunca hubo en España, como ahora, mejores listas de oficiales de complemento, formados en el honor, la disciplina y la técnica de los campamentos. En los despachos de alféreces que ahora se han entregado está la continuación de aquellos otros alféreces provisionales de nuestra Cruzada que supieron cerrar los libros cuando las armas eran las que tenían que hablar.



«plum pudding», de color moteado, de carmesí y púrpura, con iriscaciones de nieve y oro.

Luego de estrujar largo tiempo los barreños de esperma, aparece una sustancia correosa que los balleneros llaman «slabgollón».

En el «Possund» se encendieron las calderas y se comenzó a trabajar febrilmente.

—¡Fuera los cuarteos!

Todas las virutas, todas las tablas, todo lo que pudiera servir para alimentar el fuego, iba siendo metido cada noche de travesía bajo las calderas. Sólo restaba, pues, aplicar un fósforo a los ingentes montones de madera.

Ardió alegremente el fuego, chisporroteando, y tras calentar las primeras calderas, vi con asombro que la leña se terminaba y me pregunté cómo podrían convertir todo el gigantesco cuerpo de la ballena en aceite líquido. Busqué a Gragh. Este sonrió una vez más, sujetando la pipa con sus dientes llenos de nicotina:

—No te preocupes, muchacho, por la falta de leña. No la necesitamos.

Cierto. Después las hogueras comenzaron a alimentarse con la grasa encogida y retorcida de la propia ballena; es decir, la ballena suministra su propio combustible y su grasa se funde con ayuda de los desperdicios de su cuerpo.

Entonces fué cuando pase el mal trago, la única ocasión en que sentí vómitos y una tremenda sensación de malestar.

El humo lo llenaba todo. Humo denso, caracoleante, que produce casi dolor al respirarlo. Humo que huele a demonios, con hedor indescriptible.

Yo no pude resistir aquello. Me fui poniendo cada vez más pálido; el estómago me daba vueltas; los vómitos llegaban a cada momento.

El capitán me vió y se puso a mi lado. Le noté con humor. Como a todos los demás que me miraban de soslayo y se refan ante el novato que sufro.

—¿Qué te pasa, hijo? —dijo el capitán.

—Me siento morir.

—Ven al camarote.

Subí con él por primera vez. Y allí, en el camarote, le vi por primera vez también humano y comprendí que su frialdad externa no pasaba de ser una máscara para mantener el más estricto orden en la tripulación. Me invitó a un buen vaso de ron, me preguntó cuatro cosas, encendió su pipa y añadió.

—Vuelve al trabajo.

Las calderas estaban en pleno

funcionamiento. En pie, sobre la escotilla, se hallaban los arponeeros, que hacen siempre de fogoneros en un barco que pesca cetáceos.

Las gigantes perchas dentadas arrojaban grandes masas de grasa en las calderas.

El mar comenzó a dar algún que otro bandazo, y entonces Gragh, el torso desnudo, sudoroso y agitado por el trabajo, me gritó:

—¡Atención, muchacho! Puedes morir abrasado.

El aviso de Gragh no podía llegarme más oportuno. Estaba yo muy cerca de una caldera y a cada bandazo del barco se iniciaba un bandazo del aceite, dispuesto a saltar fuera y abrasar al más cercano, como si se tratase de un atacante a una fortaleza en aquellos felices tiempos de la Edad Media.

Fuí prudente y así terminó el día y llegó la noche, en la que aquellos hombres incansables continuaron la faena.

ADIOS AL BARCO BALLENERO

Esta ha sido así mi primera aventura en el mar. Jamás la olvidaré. Yo quisiera que todos los lectores que ahora me puedan leer hubieran también estado allí, en aquellos instantes, cuando la ballena parecía un fantástico de-

monio salido del centro de los mares.

Después he vuelto a tierra. Ahora estoy, otra vez, en Noruega. No sé si volveré a vivir la emocionante aventura de los pescadores de ballenas. Pero me acordaré siempre de aquellas treinta y seis horas lentas, angustiosas rítmicas, en que la barca, con Gragh a la cabeza, iba amarrando a la ballena al costado del «Possund».

Por eso, cuando me desenrolé de la tripulación, cuando hube visto auténticamente la historia de «Moby Dick», una tensa emoción me embargó largo rato.

Gragh me dió la mano cuando me bajé, aquella mano segura y poderosa, arponeadora una y mil veces como entonces. El capitán me dió un abrazo. Allí se quedaban, en lo alto del puente del «Possund», esperando descargar.

Yo estuve aún lo menos media hora, desde lejos, contemplando el «Possund». Dentro llevaba acondicionadas ya no una, sino varias toneladas de carne de ballena, de aceites, de productos especiales. Pero mi recuerdo quedaba en el primer arponazo, en la primera aparición.

—Sí, era como si «Moby Dick» en persona hubiera salido del centro de los mares.

Alfonso BOUZO
(Especial para EL ESPAÑOL.)



Sobre la novela de Melville se ha rodado recientemente una película: «Moby Dick». A ella corresponden los presentes fotogramas



LA OFICINA EMPIEZA A LAS NUEVE

NOVELA por Julio VEGA

A Lina y Eugene

CRISTINA sale de casa medio muerta de frío y sueño. La parada del autobús, los mismos rostros. Es una cita diaria, la más temprana, con gente desconocida. El primer autobús recoge un pasajero. Al cabo de un rato un segundo, a tres. Cristina consulta su reloj de pulsera, comprado a plazos a Montoya. Se mueve nerviosa y se salpican de fango sus zapatos. Con disimulada mirada echa la vista encima de las puntitas. Nota en sus plantas la humedad. Los zapateros cada día confeccionan peor y más caro. Se acerca otro ómnibus; uno, dos y tres pasajeros. Cristina sube con una implorante mirada al revisor. «Esta señorita —grita el empleado desde la plataforma—, ninguno más». Cristina lo mira con agradecimiento y pasa al estrecho corredor. De pie y con frenos potentes. ¡Qué fastidio! Por la mañana, además, se encuentra cansada.

Piensa demasiado al acostarse y tarda en quedarse dormida. Pensar es su pasión favorita. ¡Cómo corre el tiempo cuando se piensa! Le fastidia este pasajero que trata de abrirse camino hasta la salida.

—¡Uy!

—¡Cómo voy a salir si no se quita de en medio! Llego a mi destino.

Cristina se pone como la grana. Cree que todo el mundo la mira. Pero, ¿qué ha dicho? Llego a mi destino. Cómo se abusa de esta palabra. Si ella pudiera elegir el suyo. El próximo verano, en el mes de vacaciones, irá a Palma. Se imagina estar ya en la isla y recorrerla. Entonces tendrá ahorradas cuatro mil pesetas... Educación y Descanso veinte... Le sorbrará dinero.

Hay que prepararse ya para salir. La próxima parada es la suya y faltan tres minutos para que retiren la lista. Cristina se baja de un salto y emprende una carrerita apresurada.

Esperar el autobús y ahora el ascensor. El ascensor le parece una lata de conservas. Es metálico y tiene un letrero que prohíbe la subida a más de ocho personas. Siempre suben doce por lo menos. El ascensorista apenas puede maniobrar con la palanca. Son unos segundos preciosos. Cristina sale en la tercera planta y entra en su negociado. La lista está allí, encima de la mesa del jefe, y la mano del jefe sobre la lista. Parece un plato apetitoso del que no se quiere desprender.

—El autobús—comienza a disculparse Cristina.

—Sí, yo también vengo en autobús—refunfuña el señor Morales, pero le entrega la lista para firmar. ¡Qué ruido hay en el negociado! Es lunes y están discutiendo de fútbol. El jefe quiere imponer silencio y golpea el timbre.

—Cada uno a su sitio y guarden silencio.

—¿Que el Madrid se ha dejado «pisar» por el Atlético?—se oye la voz atronadora de Pindado.

—¡Hombre! Naturalmente—replica Montoya.

—¿Estuvo usted en el partido ayer?—pregunta el señor Morales. Siempre le ocurre lo mismo. Imponer silencio y luego es el primero en comenzar que si Di Stéfano cuando el pase de Gento. Y las chicas, a trabajar.

—Es hora de que cojas un papel, Cristina —le dice Martínez—. ¿En qué piensas?

Siempre con bromas en alta voz para que lo oiga el jefe. Pero Martínez no es mala persona; cuando se encuentra agobiada de trabajo, él siempre le echa una mano.

En la mesa del fondo está Lolín, en archivo. Tiene que estar de pie mientras guarda una serie de papelotes en las carpetas. Pero lo entiende. Cuando da media vuelta el jefe, abre el cajón donde tiene el libro de inglés. Cristina y Lolín son muy amigas, pero casi nunca se hablan en la oficina. Es como si quisieran conservar todo lo que tienen que contar-se para la tarde.

Por ahí danza un periódico. Ahora lo tiene Durante. Con unos papeles enfrente para disimular. En realidad no hace falta. El señor Morales suele respetar la lectura del periódico siempre que no se abuse. Cristina sólo desea leer una noticia. La del rapto del niño. Desde su mesa pregunta a Durante a media voz.

—Lo entregaron a su familia a las diez de la noche.

—Dios mío, gracias.

A las diez de la noche. A esa hora ya estaba en casa con una novela y sin poder fijar la atención en su lectura. Después había rezado. Siempre, a media mañana, a Cristina se le abre el apetito. Busca en el bolsillo de su abrigo y desenvuelve un paquete donde aparece medio bocadillo de jamón. Tiene suerte donde está. La patrona la cuida bastante bien y se preocupa por ella. Pero como en su propia casa, en ningún sitio. Su madre y su hermana la insistieron para venir a Madrid, porque en provincias hay menos porvenir.

—Esta tarde, al hotel Palacio—es Lolín, que se ha acercado y le anuncia el programa para esa tarde. Es completamente dueña de su imaginación y está pensando en encontrar un secretario de Embajada en un gran hotel. Cuando Lolín habla a Cristina,

a Cristina le parece que se encuentra en otro mundo. La contagia y la divierte.

Cristina y Lolín se dan cita debajo del reloj de Omnia para ir caminando hasta el hotel. Por el hall circulan algunas personas. Se cruzan con ellas algunos extranjeros, que apenas las miran. Ellas se lo agradecen. Esos minutos, mientras atraviesan la sala, les parecen insoportables. ¡Qué collares y qué bien visten las mujeres! A Cristina le da una sensación como si el suelo faltase a sus pies. De haberlo pensado no hubiera venido. El bar, con su luz difusa, le devuelve la tranquilidad. Una mesa. Se sientan. El camarero se aproxima, ¿qué pedir? Una cerveza y una coca-cola, pide Lolín. Cada una lleva diez duritos en su carterita: casi siete horas de jornada intensiva. Enfrente de ellas, tres hombres conversan con una chica. En otra mesa, dos acompañan a una mujer entrada en años, pero de una conversación absorbente.

Llega el camarero con las consumiciones y unos platos de aperitivo. Las dos amigas se miran y se preguntan si tendrán suficiente dinero para pagar. Les han dicho que este lugar es caro.

—Excúseme —dice una voz casi detrás de ellas—. ¿No nos hemos visto en alguna parte? ¿En París, en Roma?

Las coge de improviso este extranjero que se inclina hacia ellas y las mira con curiosidad. Cristina apenas puede contestar.

—Por supuesto que no —dice Lolín—. No hemos estado en París ni en Roma.

—Perdón—y el extranjero se repliega confundido. Lolín lo sigue con la mirada. Es joven y no está mal. Desde la barra él también las mira.

—¡Qué idiota he sido!—se lamenta Lolín.

—No le conocemos de nada.

—Pues, ¿quién piensas que nos va a presentar aquí?

—Mira, vuelve el tonto de él. No le hagas caso. Traía una copa en la mano y un aire de seguridad en toda su persona. Volvió a insistir.

—Me he equivocado —había tomado ya asiento en la mesa—. Ustedes sabrán disculparme, pero es una necesidad imperiosa para mí hablar con alguien antes de cenar—aunque se comía letras parecía dominar el idioma.

—Y por qué no busca usted a alguien—le responde Lolín subrayando la palabra.

—Es que yo no conozco. Hace muy poco tiempo que he venido a Madrid y trabajo todo el día.

—Muy interesante.

—Muy interesante trabajar con españoles —continúa el extranjero—. Dirijo una película de grandes masas. Explico una vez, ensayo y ruedo —hace un ademán con la mano—, y se acabó. ¿Se acabó se dice?

—Sí, se acabó, se terminó. Es decir, ¿que es usted director cinematográfico

—Exacto.

—¿Cómo se llama,

—Henry Woodwill.

El joven hace una pausa. Se retira un poco y cruza las piernas. Abre la americana y de un bolsillo interior saca una petaca que ofrece a sus nuevas amigas. Ellas no aceptan. De todas formas, puede



respirar tranquilo. Su profesión es única para contraer nuevas amistades. Pero ellas se han dado cuenta de su postura y el camarero, que iba a pasar por delante de Lolín, es detenido por ésta.

—La cuenta, por favor.

El extranjero se incorpora de nuevo. ¿Se van a marchar ya? Mira a Cristina con expresión suplicante. Que no se vaya. Cómo le gusta la medio rubia de ojos claros que parece estar suplicando algo. Le recuerda... pero no. Esta es más joven y de mayor vitalidad. Bien, se debe ser insistente con estos españoles. ¿Cómo dicen ellos, disparar el último cartucho? Vamos a ver.

—Yo deseo invitarlas a cenar.

—Nosotras pronto a casa—responde Lolín secamente.

—Lo sentimos mucho—añade Cristina.

Torpedamente él las ayuda a ponerse el impermeable. Se ve que está desconcertado. Cristina lo mira y siente lástima de su situación. Está solo, no tiene amistades en la ciudad. Ella sabe lo que es estar sola. Las dos cruzan el hall con aquel extraño personaje pisándoles los talones.

—Yo estaría muy contenta con poder llevarlas a casa. Está lloviendo.

—Muchas gracias—responde Cristina.

El las ve alejarse hacia la puerta. Indudablemente, piensa, esa chica tiene atractivo. Le hubiera gustado presentársela a la esposa de mister Thompson. Se encoge de hombros y murmura en su idioma: «Estaba escrito. Cenaré solo esta noche».

* * *

Es domingo. La calle de Arenal brilla de gris por un agua nieve que cae con monotonía. Unas pocas señoras enlutadas se dirigen a misa de ocho en la iglesia de San Ginés. En su camino se cruzan con un grupo de deportistas de ambos sexos que hacen un opaco ruido con sus botas claveteadas. Al llegar a la plaza de la Opera el grupo va dejando sobre la baca del autobús los esquís en desorden. Luego suben a ocupar sus asientos y se inicia el viaje alegre y despreocupado, donde las canciones impiden cualquier inicio de conversación. Al subir la montaña el sol los recibe cada kilómetro más luminoso. Arriba, en la cima, luce sobre un cielo límpido de nubes. Los grupos salen del autocar y se separan. Unas chicas comienzan a caminar hacia el Escaparaté. Allí se detienen un instante a calzarse los esquís y continúan en dirección a la pradera de Navalusiella. Para ellas es una magnífica aventura gozar de la nieve que se extiende ondulante a su alrededor.

—Bajemos hasta la Fuenfría—dice Cristina.

—Chiquilla, no sabes lo que dices—le responde Lolín—. Está demasiado lejos.

—Sí, vamos a la Fuenfría—apoya a Cristina otra muchacha del grupo.

—No regresaremos al autocar; la subida requiere tiempo—protestan las otras.

Cristina no duda. Toma impulso y se deja deslizar por la pendiente. La bajada requiere cierta pericia por tener que sortear los numerosos pinos. Cristina siente su rostro encendido y suda. Unos gritos la hacen volverse. Sus amigas la siguen. Una de ellas ha caído y encima, como atraídas por un imán, se han ido unas sobre las otras. Cristina no quiere volver atrás. Si lo hace serían capaces las otras de regresar al puerto y ella quiere a toda costa ir a la Fuenfría. Siempre le ocurre lo mismo en la montaña; una tentación invencible de ir hacia lo desconocido. Como si en las aldeas y en los lugares palpitasen almas diferentes, a cuyo mágico poder no podía sustraerse. Cristina se quita su jersey de punto inglés que la sofoca y lo ata a su cintura. Dobra cuidadosamente las mangas de su camisa hasta arriba del codo y sigue el descenso. Ve a lo lejos un casa típica de la sierra y hasta ella se propone ir.

¡Qué desilusión! Es un albergue elegante y ante la puerta pasa una calzada donde hay detenidos algunos automóviles. No hallará dentro al matrimonio solitario, feliz, rodeado de sus pequeños que rezozan haciendo diabluras. Pero Cristina tiene sed y quisiera beber algo. Clava los esquís en la nieve y entra.

—Un refresco—pide al mozo de la barra.

—No; cerveza, vermut...

—Una cerveza.

No necesita vaso. Cristina coge la botella y bebe un largo trago.

—Pero, ¿es usted?

Sin quitarse la botella de los labios. Cristina mira de reojo al intruso. Es el extranjero del hotel. La interrupción le produce un golpe de tos.

—Cuánto siento que por mi culpa...—comienza a

excusarse Henry—. Pero venga, estará mejor junto a la chimenea.

Y la lleva, sin que ella oponga resistencia, hacia unas personas que se encuentran sentadas al fuego. Parecen un matrimonio extranjero. Una mujer rubia, alta, de aspecto amable, se acerca a ella.

—¿Se pasó la tos?

—Creo que sí, gracias.

—Mister Thompson; ésta es la señorita de la que le hablé hace unos días.

—Está bien, Henry—contesta mister Thompson—. Tómese un trago de whisky y se le pasará.

Cristina bebe un sorbo.

—Es un placer para nosotros conocerla. Nos hallábamos como en familia—dice la señora. Y presentando:—Mi marido, Arthur Thompson; me llamo Ruth.

—Cristina Campos.

Hay una pausa que rompe mistress Thompson.

—¿Conoce mucho a Henry? El nos ha hablado de usted.

—¿De mí?

Henry se adelanta.

—Sí, yo les dije que nos habíamos conocido en el hotel.

Cristina no sabe qué contestar.

—¿Comerá en nuestra compañía?—le pregunta amablemente Ruth. Pero antes de que Cristina pudiera responder irrumpen en el refugio sus amigas, sofocadas y riéndose de las incidencias de la excursión.

—Son mis amigas—les dice Cristina.

—Que se sienten aquí—dice mister Thompson en su mal español, y poniéndose en pie las invita a acercarse. Ellas parecen un poco asustadas, pero al fin van hacia ellos. Henry se ha adelantado y saluda a Lolín. Cristina presenta al grupo.

—Será muy fresco—aclara Georgina.

—Lolín, Georgina y Sara.

—Mucho gusto—responde atronadoramente mister Thompson—. ¿Hambre?

—Bastante.

Cristina explica:

—Nosotras hemos traído la comida de casa—y señala unas bolsas que han dejado sobre una mesa.

—¡Oh! Entonces, ¿son ustedes quienes nos invitan a comer?

—Sí, sí—contesta Georgina.

—¿Han traído tortilla de patata?—continúa mister Thompson.

—Yo sí.

—Y yo también—contestan las demás. Los extranjeros rien por la coincidencia.

—No hagan caso a mi marido—interviene Ruth—. El es, ¿cómo se dice? Muy frío.

—Será muy fresco—aclara Georgina.

Sara, que es la más decidida, se dirige a un camarero y le ayuda a extender una amplia mesa. A los pocos momentos la comida, repartida en fuentes, se encuentra servida y todos se dirigen a sentarse. Otro camarero se aproxima con un cubo y en su interior dos botellas de champán. Toma una, la descorcha y llena las copas. Mister Thompson alza la suya y brinda:

—Por las chicas simpáticas españolas.

—¡Qué amable!—dice Georgina.

Henry se ha puesto de pie.

—Y por el éxito de Cristina, ¿Verdad, mister Thompson?

—Henry, todá la vida tú tonto.

—Querido Arthur, no debes culpar a Henry porque se haya enamorado—le dice su esposa.

—¿Veis lo que ha dicho?—habla Sara—. Henry está enamorado de Cristi.

—Pues si cree que yo lo estoy de él...

—Ya lo estás—responde Georgina sentenciosamente.

—Pero qué tonta eres.

—El no está mal—opina Sara—; pero, ¿a qué se dedica?

—¡Chica, es director de cine!—le aclara Lolín.

—¡Ah!

Los extranjeros las miran divertidas. El rostro de mister Thompson se ilumina con su amplia sonrisa y llena de nuevo sus copas.

—No vamos a poder regresar al puerto.

—Nosotros vamos a Madrid y podemos llevarlas—sugiere Henry—. ¿Verdad, mister Thompson?

—Yes, indeed.

Más tarde salen las chicas del refugio seguidas de Henry a preparar los esquís sobre el techo del automóvil.

—La he estado buscando toda la semana—dice Henry a Cristina—. ¿Me escucha usted? He reco-



rido todos los hoteles de Madrid y los bares, pero ha sido inútil.

Cristina calla y él continúa:

—Comprendo que soy extranjero, pero podría haberme a sus costumbres. ¿Está usted casada?

—¡Yo no!

—¿Quiere usted casarse conmigo? No hable ahora, escúcheme. Por mi profesión no estoy mucho tiempo en el mismo lugar. Yo he hablado de esto con los Thompson durante la comida y les parece usted una muchacha encantadora. Tiene usted dos horas para reflexionar, de aquí a Madrid. Ya sabe usted mi nombre, he nacido en California; mi edad, veinticinco años, y mis padres tendrían mucho gusto en conocerla.

—Escúcheme usted ahora, Henry. Me parece una persona muy divertida, y los Thompson, simpatísimos; pero, ¿no cree usted que...?

El diálogo se interrumpe. Mister Thompson sale del refugio seguido de su esposa.

—¿Has terminado, Henry? *Let go*. Las chicas en el asiento de atrás y nosotros tres, delante.

—Estos coches son los que a mí me gustan—comenta Georgina al entrar.

—Calla; nos van a creer pobres—cuchichea Sara. Mister Thompson pone en marcha el automóvil hacia la ciudad.

—¿Qué te decía Henry?—preguntan en voz baja a Cristina.

—Nada. Me ha pedido que me casara con él.

—Este cineasta usa una cámara especial. Y tú, ¿qué le has dicho?

—Pues que ni hablar. Bueno, no le pude decir

nada porque nos interrumpieron; pero quiere que le dé la contestación al llegar a Madrid.

—Le dirás que sí inmediatamente. ¡Esto es estupendo!—exclama Georgina.

—Le pienso decir que no.

—Mira—le dice Lolín—, hay miles de chicas que quisieran estar en tu situación. Además, ¿no sabes una cosa? Te quiere dar un papel en una película, y como él es el director...

—¡Estrella cinematográfica!—interrumpe Georgina.

—¿Yo en el cine?

—Lo he oído. En la mesa hablaban en su idioma y he cogido algo de lo que decían.

—No quiero pensar que se enterara mi familia.

—¿Qué tiene de malo? Y después te casas con el director. ¡Qué oportunidad!

—¿Sin estar enamorada?

—El amor llega con el tiempo.

Próximos a la ciudad, mister Thompson les pregunta dónde querían que las dejara. Ellas se decidieron por la plaza de Alonso Martínez. Al llegar allí y detenerse el automóvil, se despiden. Henry salta fuera y les abre la portezuela. Con habilidad se sienta al lado de Cristina.

—¿Entonces...?

—Debemos conocernos—responde Cristina.

—¿Dónde puedo verla mañana a la tarde? Dentro del coche, mister Thompson se impacientaba:

—Vamos, Henry, aquí no puedo estar parado.

—Mañana, a las seis...

—Sí, a las seis, ¿en dónde?

Pero mister Thompson interrumpe de nuevo.
—Cristina, voy a hacer algo por un tonto de capirote. Pase usted mañana a verme a las siete de la mañana a esta dirección—y diciendo esto entrega su tarjeta a Cristina—. Ahora, *good by*.

—Hasta mañana—les responde Cristina azarada. Luego se aleja.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada. Que me quiere.

—Ya decía yo que no durabas más que el agua en un cesto—exclama Lolín—. ¿Qué llevas en la mano? ¿La margarita?

Cristina piensa en la cita de mister Thompson.

—¿Para qué me querrá?—pregunta intrigada.

—Ya te lo he dicho; quieren meterte en el cine.

—Pues no iré. ¿Y la oficina? El señor Morales me regañaría. No quiero faltar.

—Mañana tú y yo estamos con la gripe asiática. Si es necesario, te llevo de los pelos.

—Es una tontería; yo no sirvo para el cine.

—Pero vales para esposa—apunta Sara.

—Esposa de un director. ¡Saldrás en los periódicos!

—No quiero oír más disparates. He dicho que no iré y no iré.

* * *

La mañana es fría y oscura. Los empleados de la recepción del hotel se extrañan un poco al ver entrar tan temprano a dos jóvenes que aún conservan en sus ojos cierto cansancio por el sueño interrumpido. Ellas se limitan a decir:

— Habitación 207.

—Delante del ascensor parecen vacilar.

—Tienes que subir sola.

—Si no me acompañas no podré. Tengo mucha vergüenza.

—Es un matrimonio el que te espera.

Entran en el ascensor. Este se detiene en el segundo piso. Al salir y encontrarse en el corredor buscan de puerta en puerta el número. Ante una de ellas se detienen.

—Espérame abajo. Sin ti no podré ir a ninguna parte—suplica Cristina.

—Está bien, pero llama de una vez.

—No me atrevo.

Es Lolín la que da dos golpes y luego retrocede buscando la escalera. Cristina oye unos pasos que se aproximan y luego es mistress Thompson quien la recibe con una acogedora sonrisa.

—Es usted puntual. Entre.

A poco aparece en la puerta de la alcoba Arthur Thompson en camiseta.

—No la haré esperar. *How do you do?*

Cristina se queda sola. Nota un nerviosismo parecido al que experimentó cierto día antes de entrar a un examen. «Esto debe de ser que me quieren para secretaria. ¿Y qué sé yo de eso?» Interrumpe sus pensamientos Ruth, que sale de la habitación contigua seguida de su esposo.

Los tres abandonan el apartamento. En el «hall», Cristina confía a Ruth que ha venido acompañada de Lolín. Mistress Thompson detiene la marcha de su esposo y le explica.

—Okay.

Retroceden hasta el «hall», pero no ven a Lolín. Esta se ha marchado. Cristina vuelve a sentir un gran vacío. Si hubiera sabido esto no hubiera venido.

—Vamos, que es muy tarde—dice mister Thompson. En la calle se dirigen hacia el automóvil. Ninguno habla. ¿Por qué Lolín la ha dejado sola? ¿Cómo es que Henry no estaba en el hotel? Henry la quiere y a su lado no se encontraría tan insegura. El automóvil penetra en un recinto. Son unas casas bajas y en un jardín ve un gran foco apagado y una pantalla como de plata. Mister Thompson detiene la marcha y los tres descienden. Se dirigen por unas escaleras y penetran en una oficina. Allí

Arthur Thompson entrega a Cristina un cuadernillo y un empleado le explica:

—Debe usted aprenderse de memoria este monólogo. Busque usted el sitio más propicio para estudiar, que nosotros la avisaremos a las once por el micrófono.

Cristina baja al jardín. Hace frío y se encuentra más sola. En una silla húmeda, abandonada durante la noche, ojea el cuadernillo. Es un guión sobre la guerra de la Independencia española. El monólogo que le han señalado no es muy largo; ocho líneas. Lo lee una y otra vez y se lo aprende de memoria. Cristina mira su reloj. Falta mucho tiempo para las once. El corazón le da un vuelco. ¿Admitiría el señor Morales lo de la gripe asiática? ¿Mandarán el médico a su casa. Confía en Lolín. Lolín sabrá convencerlo.

Cristina decide dar una vuelta alrededor para hacer tiempo. Nunca ha visto un Estúdio de cine y sería interesante echar un vistazo. En un patio, en un rincón, ve un gran escenario y se acerca. Son unas casas de pueblo. Luego llama su atención la puerta de un edificio donde hay un letrero con la palabra «Silencio». Se encuentra entornada. Cristina introduce primero su cabeza por el espacio abierto. Dentro está a oscuras y, sin embargo, en el centro de la sala hay una gran iluminación. Avanza unos pasos hacia el interior y sus pies se enredan con unos cables que la hacen perder el equilibrio. Extiende las manos y, cae, arrastrando algo que hace un ruido de latas

—¡Silencio! Cierren esa puerta.

Cristina no se atreve a moverse de la postura en que ha caído. Sus ojos se han ido acostumbrando a la oscuridad y ve que alguien pasa a su lado. Parece reconocer en aquellos ademanes y en el perfil a Henry. Pero no puede ser. Esta persona viste de «mono» y Henry va siempre impecable. Después de asegurarse de que la puerta queda cerrada, regresa de nuevo y entra en el círculo iluminado.

—¡Quiero más luz, Henry!

Es la misma voz de antes; la voz de mister Thompson. «Es Henry», piensa Cristina. Pero ahora tiene que buscar la forma de salir. Se acerca a la puerta y ve que ha quedado también cerrada por dentro. Hay que hallar otra salida. Se quita los zapatos para no hacer ruido y camina despacito, cerca de la pared. Las voces se suceden en el centro de la estancia.

—¡Silencio! Rodamos.

—¡Ay!

Murmullo de voces. Alguien pide que se enciendan las luces. Uno sube precipitadamente por una pared y manipula con los interruptores. La estancia ha quedado completamente iluminada y todos miran a Cristina. Cristina también los mira con mucho miedo, al tiempo que se frota el pie dolorido.

—¿Quién hay allí?

Hasta mister Thompson, que se encontraba sentado, se levanta para mirar. Piden a Cristina que se acerque y ésta lo hace cojeando.

—¡Ah, es miss Cristina!—dice mister Thompson—. Siéntese aquí y no haga ruido. ¿Y sus zapatos?

Cristina, que los tiene escondidos a su espalda, los muestra tímidamente. Sufre por la sensación de ridículo. Ruth la invita a sentarse a su lado.

—Apaguen las luces. Vamos a rodar—ordena de nuevo mister Thompson.

Cristina sigue la escena en el libreto que tiene Ruth. ¡Qué sencillo le parece todo! No es tan difícil ser artista de cine. Dos o tres frases y los artistas descansan. Luego repetir. Repiten la escena por lo menos tres veces.

—¡Finished!

La estancia vuelve a iluminarse.

—Ahora vamos con usted, miss Cristina—dice Thompson—. Que vistan a Cristina de Artemisa y que venga maquillada.

Un empleado la ordena que le siga. Al llegar al vestuario, una señora de aspecto melancólico la recibe.

Lea usted

"GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA"

Una publicación especializada en temas de información que interesa a toda clase de personas.

—Es usted la cuarta que ensaya este papel—comenta mientras la ayuda a vestirse—. No sé si usted copocerá a Beatriz Márquez, que es muy buena actriz. Bien, pues salió mal con mister Thompson. ¡Es que mister Thompson se las trae!

—Es muy amable.

—Jamás ha pasado por aquí un director más «chínche». Ya lo verá. ¿Dónde trabaja usted?

—En una oficina.

—¿Es que nunca ha trabajado en el cine o en el teatro?

—Nunca.

—¿Y mister Thompson la ha elegido para este papel? Bueno, hija, que tenga usted mucha suerte.

—Me voy a casa.

—¿Qué dice? Oiga, yo no pretendo asustarla. Al contrario, ya verá cómo queda usted bien.

—Me quiero ir. Quiteme todo esto.

—No, hija, tiene usted que bajar. Allí hace usted lo que quiera, pero de este cuarto sale vestida. Venga, mírese en este espejo.

A la luz artificial Cristina se ve con un amplio ropaje de salmantina. Un pañuelo de cabeza resalta más sus rasgos fisonómicos. La nariz parece más respingona, sus ojos claros, más grandes, y el mechón de pelo que se ha librado de la opresión de la pañoleta da cierto aire de empaque a su aspecto. Cristina recuerda que en Carnaval, cuando era niña, la vistieron una vez así. Ahora no se reconoce y siente como unas ganas de echarse a llorar.

—Se lo digo de verdad, que llevo muchos años en esta profesión: va a causar una sorpresa. Anímese. ¿Se ha aprendido ya el papel? Pues eso es lo más importante.

Cristina se da cuenta de que no recuerda nada del monólogo.

—Y ahora a maquillarse, que la va a poner a usted Miguel que ya verá. Ande...—y la empuja hasta el corredor, donde le indica otra habitación al fondo. Luego cierra tras de sí y a Cristina le parece que se queda hablando sola.

El maquillador la está esperando.

—Pasa; pero qué guapa eres, niña. Siéntate aquí. Ahora el pañuelo... ¡Qué cabello más lindo! No lo tiñes, ¿verdad?

Cristina no quiere conversación y cierra los ojos. Al cabo de un tiempo el maquillador ha terminado. Se mira en el espejo. Parece una máscara. ¡Si la vieran así por la calle!

—Ahora baja, que ya te están esperando.

Mientras se aleja, Cristina hace esfuerzos por recordar algo. De pronto piensa que lleva el libreto en la mano y se detiene un instante para leerlo.

Frente al escenario de las casas del pueblo castellano han puesto un foco y una pantalla. Al llegar, Cristina la sitúan de pie junto a la fachada.

—No se mueva ni cierre tanto los ojos—la ordenan.

Durante mucho tiempo está en la misma posición. El maquillador ha bajado y a ratos le seca el sudor de la frente con una borla. Aparece mister Thompson con su esposa y detrás, Henry. ¿Por qué Henry no la ha saludado todavía? ¿Qué hace ella dentro de un Estudio de cine? De pronto le invade la sensación de haber sido secuestrada.

—Mister Thompson...

—No se mueva del sitio, Cristina, que vamos a empezar. Miguel, el pañuelo de miss Cristina a la espalda; el pelo suelto.

Alguien se acerca a Cristina y le explica:

—Al ver acercarse a dos mujeres usted baja este escalón y avanza tres pasos hacia ellas. Entonces comienza a hablar con mucho dramatismo. ¿Entendido?

—Listos para ensayar. ¡Adelante!—ordena mister Thompson.

Cristina se queda inmóvil y no dice nada. Hay un instante de expectación. Mister Thompson se pone nervioso.

—¿Ha estudiado usted? Camine tres pasos y comience a hablar—le grita.

Cristina tiene la impresión de que va a ser devorada por un fuego. Con pánico, adelanta tres pasos y exclama:

—No me digáis nada, que lo sé todo. Mario ha muerto. Anoche tuve ese presentimiento mientras dormía. Yo sabré vengarlo con sus mismas armas y continuaré la lucha contra el invasor.

Cristina recita todo el monólogo, que de pronto vino a su memoria.

—¡Stop!

Cristina calla. Lloro desconsoladamente.

—Cámara—pide mister Thompson—. Vamos a rodar, Cristina. Más pasión en este momento.

Miguel se acerca y le seca las lágrimas. Cristina



vuelve a repetir la escena, dando a sus gestos un dramatismo más vivo y sentido.

—¡Bien! *Finished*.

Ruth se acerca a Cristina.

—Creo que todo ha sido estupendo. ¿Dónde ha estudiado usted?

—En las monjas concepcionistas.

—Me refiero a Arte Dramático.

—En ningún sitio.

—Pero si Henry nos había dicho... ¡Oh, Henry!—exclama Ruth con una carcajada—. Henry es un bromista, pero, eso sí, muy listo. Esto hace más interesante su descubrimiento, pues estamos seguros de que triunfará.

—¿Cree que yo sirvo?

—No tengo duda. Vamos Cristina, usted misma se va a ver en el cine.

En la sala de proyección se encontraba ya mister Thompson. Se sientan y se apagan las luces. Cristina ve primero a dos mujeres de pueblo que se dirigen hacia unas casas y luego se ve a ella misma, expresando con agradable voz y sentimiento la escena que momentos antes había representado. Después se corta la película y se encienden las luces.

—¡Bien! La película es larga y tendrá usted papel. ¿Cuánto quiere ganar con nosotros?—le pregunta mister Thompson.

—Pues no sé. Yo gano dos mil pesetas mensuales.

—¿Le convendrían doscientas mil por un contrato?

—¡Doscientas mil pesetas! Eso es mucho dinero. Además trabajo por las mañanas y no sé si podría. Pero ahora que pienso, puedo pedir la excedencia, y si fracaso...

—¡Estupendo! Pero no quiero oír hablar de fra-

caso a mi lado. Yo de usted haré una actriz. ¡Henry! ¿Dónde diablos se ha metido Henry?

—Estoy aquí.

—Henry. Yo no quiero que pierdas de vista a miss Cristina. ¿Entendido?

—¡Hum!—masculló Henry desapareciendo de nuevo.

—Cristina y yo tenemos que hablar —intervino Ruth, tomándola por un brazo—. Vamos.

Mistress Thompson lleva a Cristina a la misma oficina donde habían estado al llegar. Toma asiento detrás de una mesa y recoge una ficha.

—Sus apellidos, Cristina.

—Campos Duarte.

—Edad.

—Veintitrés años.

—Domicilio —de repente cambia de tema—: Cristina, ¿le agrada a usted Henry?

—¡Henry! Sin duda cree que porque es director de cine no está obligado a saludarme. Es un presumido.

—¿Cómo? ¿Henry director? No lo comprendo. Le habrá dicho eso para inspirarle confianza y que se sometiera a la prueba. Henry es sobrino de mi esposo y a su lado no dudo que llegará un día a serlo, pero todavía es muy joven y le falta experiencia. ¡Pobre Henry! No es más que un técnico en montaje. Pero continuemos, ¿dónde vive usted?

Ruth, viendo a Cristina muy pensativa, repite la pregunta.

—En la avenida de los Toreros.

—Avenida de los toreros... ¿número?

Cristina se había ido. Ruth sonrió. Luego, calmamente, guardó la ficha en su escritorio.

—Buenos días.

Henry, que estaba limpiando un foco, se sobresaltó como si se hubiera encendido la luz de repente.

—¿Usted?

—Vengo a saludarle.

—Bien. Buenos días.

—Henry, ¿por qué no me ha dirigido la palabra en toda la mañana?—pregunta Cristina con picardía en sus ojos.

—No he tenido tiempo. Apenas la vi.

—¿Está seguro de que no me vió en el Estudio cuando fué usted a cerrar la puerta?

Henry no sabía qué hacer con el trapo y su pipa que sostenía en las manos.

—Oiga, Cristina. Cuando a una persona que tiene talento como usted le echa mi tío la vista encima puede darse por satisfecha. ¿Ha firmado ya el contrato? Pues adelante y no se desanime. Dentro de unos días yo me iré al Sur, donde se ruedan otras escenas, y a la vuelta usted ya será actriz de fama. El departamento de publicidad se encargará de ello. Yo seguiré siendo un modesto empleado de mi tío y usted pasará a mi lado sin darse cuenta de mi presencia. ¿Que por qué no le he dado los buenos días? Simplemente, me he adelantado a los acontecimientos. Good by, Cristina y buena suerte.

Como si se le hubiera quitado un peso de encima, Henry vuelve a su quehacer y continúa limpiando los cristales de los focos.

—Pero usted recibe órdenes.

—Naturalmente.

—¿Y no le ha dicho mister Thompson que no me pierda de vista?

—Son cuestiones personales.

Ella se queda un instante pensando qué contestar a esto.

—Henry, yo no he firmado ningún contrato ni pienso firmarlo.

—¿Cómo? No sabe usted lo que dice.

—A menos que —continúa Cristina, midiendo las palabras—, a menos que nosotros hagamos otro.

—¿Y qué contrato podemos hacer?

—Pues... si tú te casas conmigo...

El artefacto en que estaba apoyado Henry se tambalea peligrosamente. Los dos tienen que sujetarlo para que no se vaya al suelo. Cristina piensa que había entrado allí con mucho ruido y que salía con mucho ruido también. No tiene tiempo de pensar más, pues se encontró en brazos de Henry.

En aquel instante acertó a pasar por allí una persona como buscando algo, y al ver la escena se alejó tarareando una canción de auténtico ritmo norteamericano.



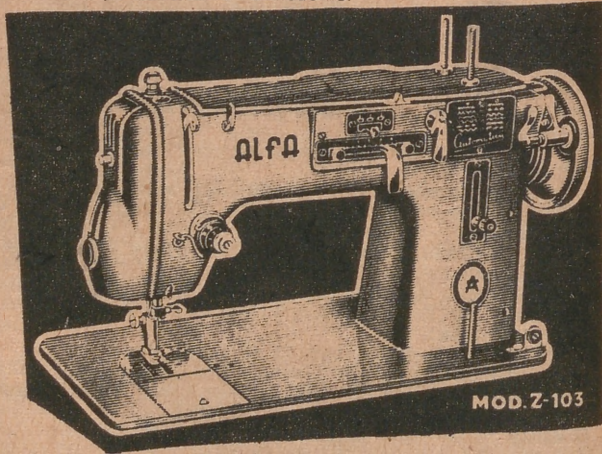
CENTRAL PUBLICIDAD



ALFA

automática

¡Otra conquista femenina! Esta maravillosa máquina hace automáticamente, sin guía, todas las labores. Su manejo es sencillísimo, basta apretar un botón y aparecen perfectos a su vista, bordados, zurcidos, festones, vainicas... Dotada de tirahilos articulado, lanzadera rotativa, lámpara acoplada y todo el perfeccionamiento moderno.



MOD. 2-103

primera marca española

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL NACIONALISMO AMERICANO

Por Hans KOHN

AMERICAN
NATIONALISM

An Interpretative Essay

HANS KOHN

El nacionalismo americano es uno de los fenómenos de la historia moderna más dignos de un atento estudio, ya que se desenvuelve en unas circunstancias especialísimas y muy distintas de las que normalmente condicionan el desarrollo de otros nacionalismos. El profesor Hans Kohn, de la Universidad de Nueva York, aunque de origen checo y formación universitaria alemana, describe en el libro que hoy resumimos, «American nationalism», las características y fases por las que ha pasado el nacionalismo americano hasta alcanzar su momento actual, como de un sentimiento vago y abstracto, basado esencialmente en ideas de carácter filosófico y dogmático, el nacionalismo del otro lado del Atlántico, se ha asentado sobre unas bases en las que ya están en muy segundo lugar las primitivas ideas, pues han tenido que dejar paso al orgullo nacional comunitario.

KOHN (Hans): «American Nationalism». The MacMillan Company. Nueva York, 1957.

Este libro no intenta presentar la historia del nacionalismo americano en forma narrativa ni para tratarlo en todos sus aspectos. La tarea de escribir una historia de este tipo será emprendida a su debido tiempo por alguno de nuestros eruditos de la historia social e intelectual de los Estados Unidos. El presente libro es un sólo ensayo y, además, sólo un primer ensayo sobre algunos de los principales problemas inherentes al complejo fenómeno del nacionalismo americano tal como aparece ante un investigador del nacionalismo comparado, ya que lo que aquí se intenta es interpretar estos problemas a la luz del movimiento nacionalista en otras partes del mundo y especialmente en Europa.

LOS PROBLEMAS CLAVES DEL NACIONALISMO AMERICANO

Un ensayo de este tipo, según mis conocimientos, no se había publicado hasta ahora. Las razones no son difíciles de explicar. Solamente en los últimos años el destino nacional de los Estados Unidos y el del resto del mundo se han hecho tan patentes y han aparecido tan interconexos como para hacer consciente a un americano la existencia de un nacionalismo de su país y para poder distinguir claramente al pueblo americano y sus características distintivas, hasta el punto de preferirlas a las de los demás. En este sentido este libro espera contribuir realmente al entendimiento entre los pueblos.

He seleccionado aquí cinco problemas que me parecen ser los más característicos del nacionalismo americano: el origen del nacionalismo americano; sus relaciones con la madre patria; su estructura federal; su carácter político, y, finalmente, su po-

sición dentro de la comunidad de las naciones. Estos problemas son, naturalmente, interdependientes y la naturaleza de cada uno proporciona luz sobre la de los otros. Su orden temático es en cierta medida su orden cronológico: estos cinco problemas han ocupado el centro de la atención nacional, uno después del otro.

En cada uno de ellos el carácter del origen del nacionalismo americano se ha desenvuelto. A pesar del carácter continuamente cambiante y cada vez de ritmo más acelerado, de la sociedad norteamericana, las mismas fuerzas fundamentales e ideas han trabajado en todas las fases del desarrollo nacionalista.

El nacionalismo en los Estados Unidos difiere en muchos aspectos de los modelos usuales del movimiento nacionalista. Desde sus comienzos se distingue claramente. De acuerdo con Alexis de Tocqueville, en su clásica obra «La democracia en América», el desarrollo de los Estados Unidos ofrece la única oportunidad de presenciar en pleno proceso histórico el nacimiento y desenvolvimiento de una sociedad nacional. La influencia ejercida sobre las futuras condiciones de los Estados por su origen es por esta razón más claramente discernible en el caso de Norteamérica que en el de las otras naciones. Las raíces de éstas se pierden en la oscuridad de un pasado semimítico. Fuerzas naturales y subconscientes han contribuido generalmente a la constitución de una nación más que las libres decisiones humanas. No ocurrió así con los angloamericanos. Estos se establecieron en las tierras del Nuevo Continente sin el apoyo de ninguno de esos elementos que generalmente se les supone como forjadores de una nueva nación. No tenían el soporte de una descendencia común. Pues aunque los angloamericanos eran predominantemente británicos, este factor no habría contribuido, según las teorías generalmente admitidas sobre la nacionalidad, a la separación de pueblos del mismo origen. Ahora bien, incluso a finales del siglo XVIII, los angloamericanos representaban un pueblo de la más diversa ascendencia y esto lo eran cada vez en mayor grado. El «melting-pot» había comenzado a funcionar incluso antes de que los Estados Unidos se constituyesen como nación.

Importantes elementos tradicionales en la formación de una nación, sobre todo en el siglo XIX, eran una común religión y un territorio históricamente definido. Los angloamericanos no tenían ni una cosa ni otra. No había una religión única en las trece colonias. En los Estados Unidos, a diferencia de lo ocurrido en Europa, ninguna religión ha impregnado el carácter nacional. En los Estados Unidos todas las religiones representadas se han «americanizado» en gran medida. Y esto se puede aplicar tanto a las sectas protestantes como al propio catolicismo y judaísmo. A pesar de las diferencias entre las diversas religiones, basadas en muchos casos en una historia venerable de varios siglos, la idea de la unidad americana ha proporcionado una estructura común dentro de la cual la vida religiosa y espiritual del país se ha podido desarrollar libremente en toda su diversidad.

Junto con una religión común, otro de los esti-

mulantes para la creación de una nueva nacionalidad en el Viejo Mundo, ha sido el enraizamiento en un territorio común. Las nacionalidades adormecidas han despertado a la vida nacional en el siglo XIX por la conciencia revivida de su adhesión a un suelo histórico cuyos antepasados han trabajado durante muchas generaciones y en el que han sido enterrados desde tiempo inmemorial. Ningún sentimiento de este tipo existía en los vastos y abiertos espacios de América del Norte. La movilidad de fronteras ha sido la característica de la nación desde sus comienzos. Esta movilidad no ha sido sólo social, supresora de clases y castas, al contrario de lo ocurrido en Europa, sino una movilidad geográfica, caracterizada por un desaire general por aceptar los soportes del nacionalismo. Y esto se ha mantenido aun después de desaparecer la frontera agraria. Nuevas fronteras han surgido después. En los tiempos de la Gran Depresión e incluso después de la segunda guerra mundial, los ciudadanos civiles y los antiguos militares cambiaban de residencia y las gentes optaban por abandonar su residencia habitual para ir a residir a tierras recién abiertas a la vida civilizada. Los setenta años transcurridos desde la «clausura» de la frontera han atestiguado un cambio mayor en los cambios dinámicos de locomoción y en la conquista de nuevos límites, incapaces de ser pensados antes que en la edad precedente de la frontera abierta. El pueblo americano ha estado en movimiento continuo. Algunos nacionalistas germanos han llamado despectivamente a los americanos un pueblo nómada. Y es que fuera de Norteamérica las naciones surgidas en los tiempos modernos han tratado frecuentemente de acrisolar su nacionalidad realzando sus raíces en una común descendencia y en un suelo ancestral, ninguna de estas fuerzas «naturales» existentes más allá de la mente humana y de la voluntad creadora, han encontrado soporte en el nacionalismo americano.

LA SOCIEDAD SIN CLASES

En sus orígenes como nación, los Estados Unidos eran la encarnación de una idea. Y ésta representaba la ideología filosófica de la ilustración del siglo XVIII. En esta centuria los colonos angloamericanos sentían agudamente esta diferencia de actitud e intereses con la madre patria. El Siglo de las Luces británico era, después de las tremendas experiencias del siglo XVII, estable y conformista. Ahora bien, no era sólo el pasado patrio, era también la paternalista herencia anticuada contra la que las jóvenes colonias se sublevaban. En Norteamérica las condiciones fronterizas habían favorecido un desarrollo dinámico y agresivo. En sus tres principales aspectos—tierras, inmigración, relaciones con los nativos—, las colonias deseaban verse libres de la supervisión del gobierno metropolitano que, según ellos, protegía indebidamente los derechos de los nativos contra los colonos. Cuando los colonos angloamericanos hablaban de libertad, veían en esto también incluido la libertad de expandirse a costa de los nativos. Ahora bien, no era sólo el dinamismo lo que distinguía a los angloamericanos de la porción de la nación de la que habían salido. La estructura social de las colonias había sido desde sus principios algo muy distinto de lo que era la de la madre patria. Los Estados Unidos han representado una revolución social realizada sin ninguna insurrección revolucionaria: ha sido la primera sociedad de clase media en la que la aristocracia feudal era tan poco conocida como el proletariado o el campesino sin tierras.

Cuando Carlos Marx consideraba como el desenlace clave de la historia de la Europa moderna, la lucha de la burguesía contra la aristocracia y del proletariado contra la burguesía, difícilmente podría encontrar la contrapartida de esta afirmación en la realidad americana. La sorprendente ausencia de clases y de lucha de las mismas en el corazón del moderno capitalismo había sido señalada en 1890, el período de los grandes conflictos laborales, por un observador francés y explicado por él como una parte del sistema individualista americano. La sociedad americana se ha aproximado a una sociedad sin clases más que ninguna otra en la historia. Desde los comienzos de su existencia nacional los Estados Unidos—y en éstos son nuevamente un caso único—fueron una nación de clase media, según la tradición de Locke. La propiedad y la categoría social no eran algo primario, como ocurría en la Europa continental del si-

glo XVIII, basado en el nacimiento y en la herencia, sino en el trabajo, la iniciativa individual, la habilidad económica y el carácter.

La expansión americana hacia el oeste contribuyó a que el incipiente nacionalismo estadounidense se apartase de Inglaterra y se volviese incluso contra ella y Europa. La influencia de esta frontera siempre en movimiento tiende a hacer disminuir la conciencia de las raíces comunes y de los lazos que unen a los pueblos ribereños del Atlántico norte. En su expansión hacia el oeste los americanos crean un imperio propio que ellos lo consideran como el eslabón de la serie de imperios creados por los occidentales desde el siglo XV. Es algo generalmente admitido que la frontera americana es un elemento unificador del nacionalismo americano, ya que así se poblaron las vastas tierras con gentes que luego originarían los diversos sectores y Estados de la nación, mezclándose en este proceso algo nuevo, que llenaría a los americanos de orgullo por la construcción de un gran imperio.

George Bancroft, el historiador que ocupa el mismo lugar en la historiografía americana y en la conciencia nacional estadounidense que Palacky entre los checos, Michelet entre los franceses, Munch entre los noruegos y Treischke entre los alemanes, era un historiador nacional no sólo porque vio la historia nacional bajo tintes agradables, sino porque trató de formular y documentar algunos de los más destacados rasgos de la auto-identificación nacional norteamericana. Contribuyó a delinear la imagen que Norteamérica se ha formado de ella misma. «La revolución americana—escribió—, de la cual yo he escrito la historia, tratando de desarrollar sus principios, de organizar sus acontecimientos y de mantener mi fe en las cenizas de sus héroes, era radical en su carácter, a pesar de haber sido realizada con tan benigna tranquilidad que ni incluso el conservadurismo más recalcitrante se ha atrevido a censurar. Una guerra civil de hombres del mismo origen fué desencadenada por el mantenimiento de una paz duradera y de una hermandad universal.»

Como todos los historiadores nacionalistas, Bancroft no desea tanto decir lo que ocurrió como lo que debía haber pasado en un desarrollo lógico; su objetivo es la justificación de una nación, sus hechos y sus glorias. Esta historiografía es más importante para entender la imagen que una nación se forma de su propia nacionalidad que para el conocimiento del acontecer histórico propiamente dicho.

UNA REPUBLICA DE MUCHAS REPUBLICAS

Los Estados Unidos necesitaron largo tiempo para consolidarse como nación. Esto no tiene nada de sorprendente. La zona que ocupaban era un continente más que un país. En menos de setenta y cinco años las trece colonias de la costa de América del Norte se convierten en un vasto imperio veinte veces mayor en tamaño y población que los núcleos originales. Semejante desarrollo de una nación es algo que no había ocurrido nunca. ¿Podía tan enorme imperio mantener la unidad nacional? *E pluribus Unum* era la divisa de los Estados Unidos. Ahora bien, durante largo tiempo no se decidió la cuestión de cuál de los dos elementos combinados iba a predominar. La solución federal patrocinada por *The Federalist* era una atrevida concepción innovadora, aceptada muy a regañadientes por muchos americanos de aquella época. La unidad de los Estados Unidos estaba encarnada en una idea, en una tradición política e intelectual—cuyas raíces estaban más allá del océano, en la madre patria—, en grandes contrastes de intereses económicos, en divisiones geográficas, en diferencias climáticas, en profundas divergencias en las condiciones sociales y en los modos de vida. El antagonismo sectario estaba acrecentado por el hecho de los intereses económicos y las divisiones geográficas. Este antagonismo encontró su cumbre en la guerra entre los Estados durante 1860, el más sanginario y violento conflicto ocurrido en todo el mundo occidental entre 1815 y 1914. En este caso los Estados ya no unidos de América tenían que luchar contra un nuevo y auténtico nacionalismo incipiente, distinto del original y, además, precedente de las mismas raíces. El nacionalismo americano primero ganó sobre su rival: el separatismo. Pero bastantes años más tarde, un destacado historiador americano, Frederick Jackson Turner, escribiría en 1925: «Nuestras secciones se han hecho cada vez más la ver-

sión americana de las naciones europeas... Nos hemos hecho una nación comparable a toda Europa, con provincias geográficamente separadas tanto como lo pueden estar las naciones europeas. En este sentido somos un imperio, una federación de secciones, una unión de naciones potenciales.»

A pesar de las diferencias históricas y geográficas de los dos casos, las secciones americanas no se asemejan a las naciones europeas; de otro modo los Estados Unidos no habrían sobrevivido a todas las pruebas y experimentos ocurridos desde la guerra civil y en las cuales han mostrado una cohesión en sus diferentes partes, capace de superar cualquier diferencia de carácter étnico, económico o particularista.

En lugar de comparar los Estados Unidos con Europa en su totalidad, como hicieron Turner y sus seguidores, habrían acertado más en la estructura de los Estados Unidos si hubiesen buscado sus antecedentes en otras naciones o grupos nacionales de Europa occidental—Suiza, Escandinavia, Alemania, Italia, el Imperio de los Habsburgos—que a mediados del siglo XIX buscaban la manera de aunar intereses y tradiciones diversos en una unidad nacional que permitiese el libre desarrollo de las partes componentes, sin permitir la hegemonía de ninguna de ellas.

Mucho antes de que los Estados Unidos tuvieran que soportar las experiencias de las crisis internacionales y las tensiones del siglo XX, un historiador americano diagnosticaba los efectos de las grandes guerras sobre las sociedades libres: aunque una sociedad tenga siempre que enfrentarse con la necesidad de luchar por la preservación y la extensión de la libertad del individuo y de los seres humanos, debe ser consciente del hecho de que las guerras tienden a fortalecer el poder del Gobierno central, una tendencia que bajo favorables condiciones puede implicar una disminución de los derechos individuales y de las libertades autónomas de los organismos regionales. Tal fue el efecto de la guerra civil americana. John Bascon escribía que «no sólo la propia victoria, sino la larga y dura lucha que le precedió tendería poderosamente a fortalecer los lazos nacionales». El mantenimiento de la nación había dado la suprema idea durante numerosos años. Todos los intereses y sentimientos locales habían sido subordinados a este objetivo. El poder del Gobierno general había alcanzado al máximo y se había incrementado más allá de todo precedente... Los grandes ejércitos, los grandes gastos, las elevadas posiciones, los pesados impuestos se habían hecho familiares a la opinión pública. El Congreso y el país no habían vacilado ante cualquier medida que asegurase la consecución de la victoria bélica. Y todos los grandes sacrificios que la guerra civil exigió fortalecieron el valor de la nación ante los ciudadanos.

El triunfante nacionalismo confiado, surgido tras la guerra civil produjo en algunos americanos extrañas sobrevaloraciones de la nación americana. Se llegó en algunos a una auténtica idolatración nacional.

UNA NACION ENTRE MUCHAS NACIONES

La República de muchas repúblicas prosperó haciendo frente al difícil equilibrio que le imponía el mantener los derechos individuales y la fuerza de la estructura federal. Igualmente la nación de muchas naciones tenía que equilibrar las amplias y abiertas puertas de una sociedad sin trabas y el poder asimilador de los angloamericanos. Los derechos de los Estados y la emigración han sido los elementos esenciales y constitutivos del nacionalismo americano, hasta una medida no conocida en parte alguna.

Cualesquiera que fuese el papel que asignaban algunos escritores y políticos a los Estados Unidos en el mundo futuro de los asuntos internacionales la verdad es que el pueblo americano del siglo XIX era completamente contrario a asumir ningún papel

universal, tanto en Europa como en el Lejano Oriente. El expansionismo americano de la primera mitad de siglo estaba vigorosamente impulsado por la bellicosidad de los colonos del oeste, gentes hoscas e indisciplinadas de la remota frontera, que vivían libres del control o del sentimiento de responsabilidad del Gobierno central. Ahora bien, por razones geográficas esta expansión no originaba ningún gran conflicto entre Norteamérica y las restantes naciones. El «Manifest destiny» era entendido en el sentido limitado de la expansión imperial por el norte del continente americano. Esta expansión imperial, como la de Inglaterra, no actuaba de acuerdo con ningún plan preconcebido. Era frecuentemente el resultado de acciones privadas o individuales y a menudo atizada por imprevistas circunstancias que superaban las originales intenciones. Y nunca se debían de producir ante ellas fuentes oposiciones, bien fuera por intereses particulares o más frecuentemente por razones morales.

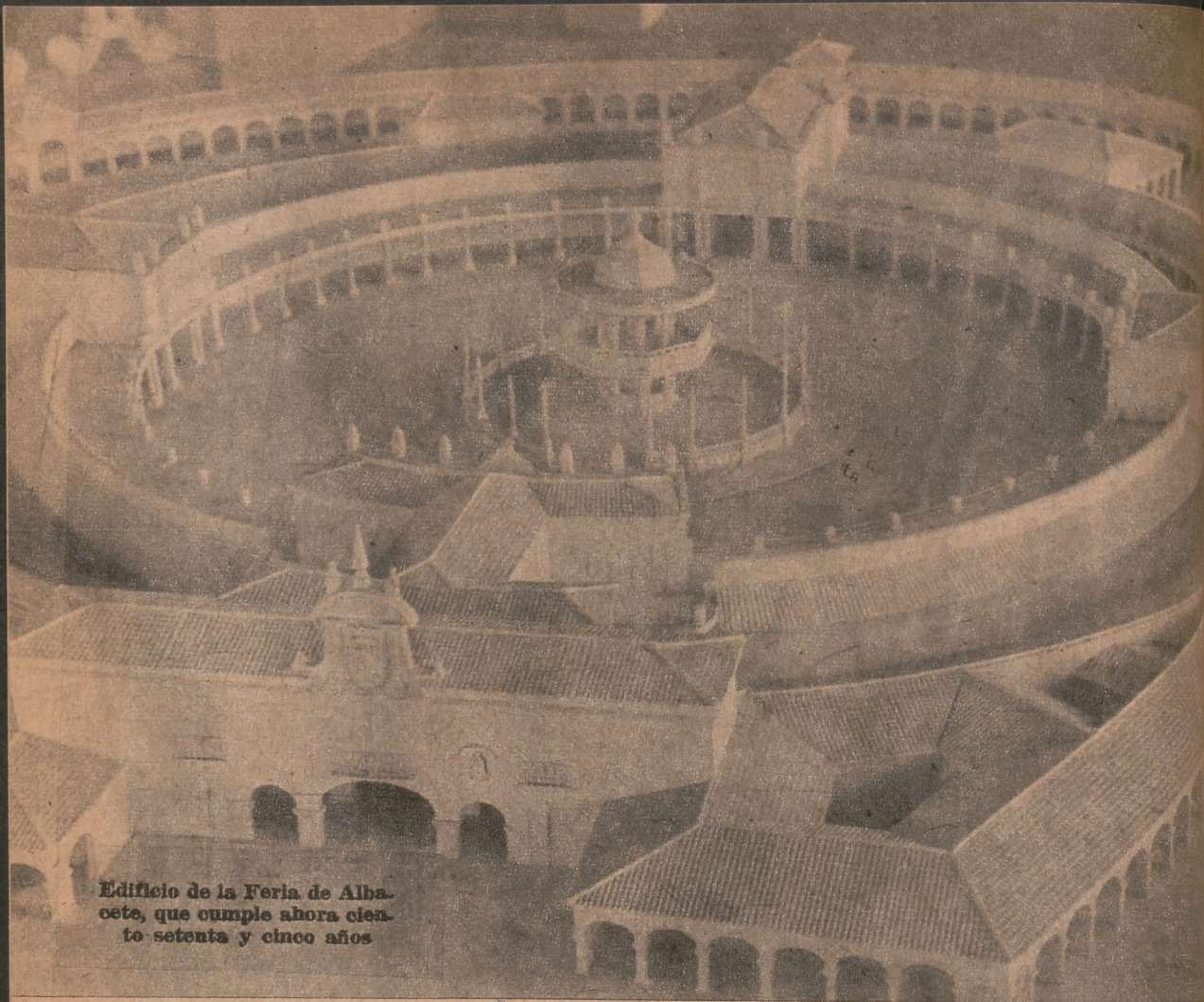
El «Manifest destiny» que guiaba a los americanos a la expansión territorial era entendido por muchos de ellos como un medio para extender las condiciones de la democracia. Muchos norteamericanos de 1840 estaban convencidos de que la guerra contra Méjico era una guerra por la ley y la civilización. Pero fue precisamente en este año cuando surgió el agresivo nacionalismo americano expansionista, representado por los jóvenes radicales del partido demócrata que trataba de llevar a la nación por el camino de los grandes destinos. Ahora bien, los partidarios del nacionalismo radical de este periodo y de los periodos posteriores también, creían no sólo en el derecho divino de expansión, sino también en la carga de su misión de extender la paz y la civilización.

Años más tarde, cuando la guerra española estaba próxima a estallar, Walt Whitman descubría los peligros de un nacionalismo popular y de las pasiones democráticas. A pesar de que en el momento, Whitman aprobó la guerra con Méjico, años después reconocería que había sido una injusticia muy grande. Algunos americanos radicales llegaban en su apasionamiento en saltar más allá los límites continentales para asignar a América la tarea de ayudar a todos los pueblos oprimidos donde quiera que estuvieran. Los jóvenes americanos apoyaron entusiásticamente al líder nacionalista magiar, Luis Kossuth, pasando por alto el hecho de que el triunfo de su movimiento nacionalista habría significado el aplastamiento de todas las otras minorías nacionales residentes en el territorio húngaro. Nada tiene de extraño que esta ideología imperialista de los jóvenes americanos del siglo XIX llegase a alarmar incluso a algunos observadores europeos.

El imperialismo de Teodoro Roosevelt, patrocinador de su teoría del «nuevo nacionalismo», cambió la doctrina de Monroe en la teoría del derecho positivo de los Estados Unidos a intervenir en cualquier país sudamericano donde los Gobiernos fuesen inestables. Sin el estallido de este agresivo nacionalismo rooseveltiano, otros americanos de su tiempo habrían reconocido, sin embargo, la nueva posición de los Estados Unidos entre las naciones. A finales de siglo Henry Adams preveía el desmoronamiento del imperio británico, con todas las consecuencias que trae consigo la desintegración de un gran sistema universal y el subsiguiente conflicto entre Rusia y los Estados Unidos. Otro que veía también el nuevo papel de los Estados Unidos en el siglo entrante era Woodrow Wilson, entonces profesor de Jurisprudencia y Ciencia Política y que algunos años después se vería en la obligación de obrar en consecuencia con sus principios, al entrar en la guerra mundial, hecho que en unión de la segunda contienda universal acabaría por dar un carácter definitivo al nacionalismo americano.

"EL ESPAÑOL"

En Argentina: QUEROMON EDITORES, S. R. L.
Oro, 2.455 — BUENOS AIRES
En Méjico: QUEROMON EDITORES, S. A.
Revillagiyedo, 25 — MEJICO, D. F.



Edificio de la Feria de Albacete, que cumple ahora ciento setenta y cinco años

ALBACETE ES SU FERIA

Por Antonio ANDUJAR

¡**T**ODOS los años, al llegar agosto, esta «ampia tierra albaceteña de grandes perspectivas» —en frase feliz de Eugenio Montes— sale del letargo al que la tiene sumida su condición de «eminente-agricola» —que en tierras secas y de riguroso clima es más desgracia que suerte— para encontrarse a sí misma y vivir el ambiente que corresponde a una ciudad moderna y progresiva que, sin ayuda de nadie y superando todo género de adversidades, ha sabido crear fuentes de riqueza y de cultura que en su famosa Feria de Septiembre tienen su máximo exponente.

Albacete, una de las ciudades menos conocidas de La Mancha legendaria que cruzara un día nuestro señor Don Quijote, es su Feria, porque su Feria y para su Feria vive todo un año y a su gran certamen dedica sus mayores esfuerzos y sus mejores afanes.

Que esto de la Feria de Albacete —digna de una mayor y mejor difusión en el ámbito nacional— no es cosa nueva ni de hoy lo demuestra el hecho elocuente de que ahora, en estos días de agosto, se cumplen 175 años de la construcción del maravilloso edificio que le sirve de sede y que es único en España, hasta el punto de que don José María Pemán, que la visitó en 1949, proclamó públicamente en un inolvidable discurso que era una gran realidad popular y añadió: «Se ha dicho que la Feria de Albacete es la mejor del mundo, y no hay nadie que lo niegue, porque vosotros le habéis dado tanto mimo y cariño, que habéis hecho lo que no hace con su Feria ninguna ciudad, lo que sólo se hace

con la amada y con la esposa: ¡le habéis puesto casa propia!»

Elogios no menos dignos de resaltación sobre el singular edificio donde tiene lugar el famoso certamen han dicho o escrito personalidades de tanto relieve como Miguel de Unamuno, Azorín, Eduardo Aunós, Eugenio Montes, Juan Aparicio y, en general, cuantos tuvieron ocasión de visitar esta «casi desconocida ciudad» que ejerce por derecho propio la capitalidad no sólo de la provincia que lleva su nombre, sino de numerosos pueblos de otras provincias limítrofes que a Albacete concurren por lazos afectivos y razones afectivas, ya que no en vano su privilegiada situación geográfica, revalorizada día tras día, la hacen núcleo vital de comunicaciones y centro neurálgico de todas las actividades agrícolas, ganaderas, comerciales y culturales de una extensísima porción de La Mancha.

Pero volvamos a la Feria, pues que a ella quieren referirse estas líneas y en su honor se escriben, para decir que es más antigua que la propia capitalidad, pues según demuestra el historiador don Joaquín Roa Erostarbe, en su «Crónica de la Provincia de Albacete», editada en 1891, mucho antes, quizá una centuria antes de la declaración oficial de esa capitalidad de la provincia de Albacete a favor de la antigua villa del mismo nombre, «véralo ya por su Feria de todos los pueblos que la constituyen y de otros muchos de las provincias comarcanas».

Tiene piadosa tradición la Feria de Albacete, porque ella y la venerada Patrona de la ciudad, Nues-

tra Señora de los Llanos —en cuyo homenaje se celebra—, «nacieron y viven, hasta el presente, en íntimo consorcio», y dice el escritor albacetense don José Sabater y Pujals en su «Memoria de la Feria de Albacete», premiada en los juegos florales organizados por el Ateneo albacetense en 1883 a este respecto: «Bien que el Apóstol Santiago dejase la imagen en el sitio que con el tiempo vino a ocupar el templo o bien que un labrador llamado Blas Espadero desenterrase con su arado a la preciosa efigie, oculta por la piedad cristiana contra las profanaciones del poder agareno, lo cierto es que allí se erigió una ermita donde iba la gente a rezar y a vender al mismo tiempo. Fué la semilla de la que con el tiempo sería una de las más famosas ferias de España. Y, en efecto, germinó. El 6 de noviembre de 1672 se escribió la fundación del convento de los Llanos, para religiosos franciscanos descalzos, y en una de las cláusulas se les decía que dejaran espacio suficiente para que la gente que fuese a celebrar novenas hiciera fiestas, sobre todo en la Natividad de Nuestra Señora».

Treinta y ocho años después, en 1710, el Concejo de Albacete —siguen diciendo los señores Roa y Sabater— para restañar los tristes recuerdos que dejaron la batalla de Almansa, la plaga de la langosta y la epidemia de paludismo, elevó al Monarca una petición para celebrar mercado los jueves de cada semana y la feria para cuatro días al año, a lo que accedió Felipe V, prolongándose dicha real autorización por otros cuatro días muchos años después, en virtud de una Real Orden publicada el 9 de junio de 1834.

Durante un dilatado período de tiempo hubo lucha constante entre los franciscanos y el Ayuntamiento, al querer este último instalar la Feria en la propia villa y alejarla del convento, donde se venía celebrando, por estar en descampado, con los consiguientes peligros para los que a ella acudían, y hasta hubo una época —por 1712— en que se celebraron dos Ferias simultáneamente, una de ellas, la de los frailes, en los Llanos, y otra, la del Ayuntamiento, en la Plaza Mayor de la villa.

Tal desconcierto duró hasta el 11 de julio de 1783, fecha histórica para Albacete en la que el Supremo Consejo de Castilla resolvió el pleito a favor del Ayuntamiento para que éste pusiera la Feria donde creyera más conveniente. Fueron memorables las sesiones que celebró el Concejo de Albacete los días 2 y 4 de agosto de 1783, porque en ellas se acordó de manera solemne la construcción de un edificio propio para la Feria —que es el mismo que actualmente posee, aunque muy mejorado— cuyas obras dieron comienzo inmediatamente —ahora hace exactamente ciento setenta y cinco años— y se realizaron en un tiempo record de treinta y tres días, ya que el 7 de septiembre de aquel mismo año se verificaba, con idéntica solemnidad que hoy, el tradicional acto de la apertura oficial del certamen en el nuevo edificio, cuyas obras provisionales proyectó y dirigió el maestro arquitecto José Jiménez y llevó a cabo el maestro albañil Pedro Martínez. Las restantes obras se realizaron al año siguiente por el arquitecto Antonio Cuesta, importando la cantidad de 200.000 reales de vellón.

Como dato curioso ofrecemos la copia de la carta que el conde de Floridablanca escribió como respuesta a la comunicación en la que el Ayuntamiento de Albacete daba cuenta al Supremo Consejo de Castilla de la realización de las obras que comentamos. Dice así:

«He recibido con la carta de VV. SS. de 8 de febrero anterior el plan de la obra que han construído en la llanura de la parte de poniente de esa po-

blación para la Feria que anualmente se tiene en ella. Les doy las gracias por lo que han hecho y ofreceré hacer hasta dejar la obra concluída, y les ayudaré en cuanto sea de beneficio de ese público. Dios guarde a VV. SS. muchos años. Madrid, a 28 día marzo de 1785.—El conde de Floridablanca— A SS. Justicia y Ayuntamiento de la Villa de Albacete.»

La promesa hecha entonces por el Concejo albacetense al Supremo Consejo de Castilla la ha ido cumpliendo Albacete con seriedad rigurosa a través de los años, y hoy aquel edificio primitivo, verdaderamente notable por ser un modelo en construcciones, cuyos planos trazó el modesto maestro Jiménez hace ciento setenta y cinco años, y que se componía de dos círculos concéntricos, con un paseo central al que el vulgo llamó y sigue llamando «el rabo de la sartén» —pues una inmensa sartén semeja el ferial—, y cuya fachada principal es un severo frontis con tres airoosas puertas de hierro; constituye un auténtico orgullo para la ciudad y un motivo de admiración y asombro para los que vienen por vez primera a Albacete atraídos por la fama de su Feria. Todos los Alcaldes que durante cerca de dos siglos pasaron por el Ayuntamiento, interpretando el sentir de los albacetenses, se esmeraron en cuidar y mejorar el edificio, introduciendo reformas, la última de las cuales, y la más importante, ya en nuestros tiempos, la llevó a cabo desde la Alcaldía un periodista, don Eduardo Quijada Pérez, después de la guerra de Liberación, construyendo nuevos círculos e instalaciones para la Exposición de ganados, y más posteriormente se han edificado casetas para las sociedades de recreo y culturales, así como amplias naves para Exposiciones de maquinaria agrícola y otros productos, que han dado nueva fisonomía y excepcional belleza al gigantesco edificio.

Albacete es su Feria, y en este año de 1958, en que su vieja casa solariega cumple los ciento setenta y cinco años, el ayuntamiento de la ciudad preparó un extraordinario programa de festejos que merecerá la atención nacional, ya que, aparte del interés comercial del certamen, en el que se realizan transacciones de verdadera importancia por gentes llegadas de toda la región, la Feria de Albacete reúne también un destacado interés artístico, cultural y deportivo que se pone de manifiesto con la celebración de Exposiciones de arte y de artesanía, certámenes literarios, musicales y folklóricos, corridas de toros, tiradas de pichón y, desde el pasado año, la actuación de los Festivales de España, que patrocina el Ministerio de Información y Turismo, en el maravilloso escenario natural del Parque de los Mártires, con las mejores compañías de «ballet», teatro clásico y orquestas nacionales.

Albacete es su Feria porque para los albacetenses no hay nada que llegue tan hondo a sus corazones, y de ahí que no sólo la ciudad entera, sino todos los pueblos de la provincia vivan en constante inquietud estos días preludeles del magno certamen y esperen con verdadera impaciencia ese día 7 de septiembre, en cuya tarde la Virgen de los Llanos, su Patrona preside la monumental cabalgata y es entronizada en la capilla del edificio como Reina, Señora y Madre de todos igual en las penas que en las alegrías.

¡Y ninguna alegría, ningún gozo mayor para los albacetenses que su gran Feria de septiembre, en la que la hidalguía manchega obra el milagro de que todos los españoles que visitan la ciudad se encuentren como en su propia casa!

Aspecto de uno de los grandes paseos en el interior del edificio de la Feria de Albacete





20.000 KILOMETROS EN EL OBJETIVO POLITICO DEL GENERAL DE GAULLE

LA II CONSTITUCION FRANCESA ANTE EL FUTURO DEL PAIS

UNA INTERROGANTE CON SOLUCION EL 28 DE SEPTIEMBRE

LA primera etapa del viaje de 20.000 kilómetros, emprendido por el general De Gaulle a lo largo y ancho de Africa, es Taananarivo, capital de Madagascar.

Cuando a la caída de la tarde del 21 de agosto el político francés pone los pies en la tierra rojiza de la isla, se produce el hecho de ser ésta la primera vez que un

jefe del Gobierno de París visita ese territorio, tan extenso como toda Francia, Bélgica y Holanda juntas. Un pequeño continente bajo la bandera gala, que



Varios momentos del viaje de De Gaulle: Tananarive y Argelia. En la fotografía de la página de la izquierda aparece saludando a unas nativas en Madagascar, igual que en el grabado superior. En Argel es recibido por el general Massu. En la otra fotografía, De Gaulle durante uno de sus discursos

jamás fue recorrido por un primer ministro de París.

Todavía hay luz de día mientras De Gaulle saluda en el aeropuerto a las autoridades. Es invierno en la isla, pero la temperatura no baja de los 18 grados. Los eucaliptos que crecen frondosos por los alrededores recuerdan uno de esos suaves paisajes meridionales de Francia en tiempo de verano. Para llegar hasta el centro de la ciudad, De Gaulle ha de recorrer un camino adornado con farolillos japoneses, que cuelgan de postes con los colores rojo, blanco y azul aún frescos. Por las calles hay una multitud de nativos con sombreros de paja y las tradicionales «lambas», especie de batas de un blanco inmaculado.

Cuando el general pasa, los negros hacen una reverencia de saludo. El coche va despacio. En Tsiatosika, un niño vestido también de blanco se acerca al vehículo. De Gaulle da la orden de detener la marcha. El pequeño, en mal francés, le saluda: —«¡Vive le general!»

Muy cerca un grupo de indígenas airean una pancarta con esta inscripción: «Madagascar, el más fiel de los territorios franceses».

De Gaulle lee la frase y sonríe. Parece satisfecho mientras pasa a lo largo de la calle principal de Tananariva, entre la gente alineada en las aceras que agita en sus manos humeantes antorchas. Cuando sube a pie la escalinata que conduce a la resi-

dencia oficial del gobernador de la isla, donde pasará la noche, comenta con uno de sus ayudantes:

—Sólo deseo que en las demás ciudades me reciban como aquí.

Pero en las restantes etapas no se desarrollarían los acontecimientos igual que en la capital de ese remoto pequeño continente que es Madagascar.

EL VIAJE DE DE GAULLE, UN ACTO DE DECISION

La principal meta política del viaje africano del general De Gaulle es estrechar los vínculos

políticos entre Francia y los territorios galos de ultramar, que constituyen la llamada África Negra francesa, sin olvidar tampoco a Argelia. Se ha realizado el viaje en vísperas del referéndum que ha de tener lugar el 28 de septiembre, para que la población se manifieste en favor o en contra del nuevo proyecto de Constitución. En aquellas provincias africanas viven unos 23 millones de habitantes y de ellos unos diez millones tienen derecho a emitir su voto en esa jornada electoral.

La misión que ha llevado al general De Gaulle al vecino continente encierra tres puntos claves: persuadir a los grupos franceses en África de que la nueva Constitución garantiza plenamente sus intereses y derechos, convencer a los colonos galos en Argelia y a los oriundos del país sobre la oportunidad de una política de buenas relaciones entre los dos grupos y, por último, en el África Negra, ganar la batalla en favor del federalismo y en contra de la secesión. Tres capitales aspectos de una misma cuestión: evitar la quiebra de la gran comunidad que se intenta crear entre la Francia metropolitana y sus antiguas dependencias coloniales, que todavía siguen hoy agrupadas bajo la bandera tricolor con estatutos políticos diferentes.

Los argumentos en que directa o indirectamente se han basado los discursos del general durante su viaje han abundado en buenas razones económicas. La verdad sencilla y lisa es que ninguno de los territorios franceses del África Negra es capaz de sobrevivir económicamente sin la ayuda del Gobierno de París.

Esa ayuda metropolitana es tan efectiva y real como lo prueba el hecho de que en diez años los franceses han destinado a los territorios del África Occidental y Ecuatorial la considerable suma, traducida a nuestra moneda, de los 90 mil millones de pesetas. Más de la tercera parte del presupuesto de gastos de Madagascar es abonado, franco a franco, por los contribuyentes de la nación francesa.

La idea política del general De Gaulle, según parece desprenderse de sus discursos, es favorable a la federación de esos territorios con la metrópoli, como fórmula para evitar el riesgo de la total desmembración. Su viaje es, ante todo, un acto de decisión, una voluntad de obrar que no venía siendo nuestra característica de los Gobiernos que se iban sucediendo en París desde años atrás.

AFRICA EN LA NUEVA CONSTITUCION FRANCESA

Pero los planes que De Gaulle quiere llevar adelante, para lo que ha hecho ese largo viaje a través de África, tienen oposiciones y enemigos. Precisamente el último 30 de julio, en la localidad de Cotonu, en un Congreso del Partido de Agrupación de Pueblos Africanos, el segundo en importancia por su influencia y masa de seguidores, declaraba abiertamente el dirigente Leopold Senghor su intención de conseguir la total independencia del África

Negra. Era la primera vez que se pronunciaba esta palabra por un dirigente de un partido franco-africano.

En Madagascar los representantes de los partidos que propugnan la independencia de la isla mostraron su oposición a París hace tiempo ya, con motivo de la vuelta de 1948. No se pacificaron estos territorios sin la intervención de contingentes armados y muchos de aquellos políticos continuaban aún en el destierro. En las primeras elecciones que tuvieron lugar en la isla, desarrolladas el pasado año, el Movimiento Nacionalista de la Independencia obtuvo la mitad de los votos. No han llevado los miembros de este partido a mayores extremos sus reivindicaciones debido a que se hallan divididos en dos grupos, rivales entre sí.

En el Camerún, el partido de la independencia está declarado fuera de la ley y su dirigente Moumi se encuentra refugiado actualmente en El Cairo. La Policía francesa ha descubierto vasta influencia comunista entre los afiliados y Moumi no oculta tampoco su intención de buscar el apoyo de la U. R. S. S. a fin de conseguir sus objetivos.

Por lo que respecta a los territorios de Togo, se están celebrando en estos días conversaciones secretas entre el político Sylvanus Olympio y el primer ministro de Ghana, Nkrumah, para sentar las bases de una Federación entre Ghana y Togo, que sería totalmente independiente y soberana, sin vinculación con París.

En el África Occidental francesa, que agrupa a ocho distintos territorios y que están poblados por cerca de 19 millones de habitantes, las aspiraciones de independencia no se materializan con criterios unánimes, pero la tendencia más generalizada es conseguir la separación de Francia y luego concertar libremente una asociación.

El África Ecuatorial francesa, con sus cuatro territorios y su escasa densidad de población, no ha concretado su ánimo de independencia en fórmulas visibles, dadas las actuales condiciones de vida y sus posibilidades económicas.

Frente a esos programas políticos y esas aspiraciones de independencia, el general De Gaulle ha brindado su fórmula de federación con el territorio metropolitano, que, respetando la autonomía de los Gobiernos locales en materia de administración, aunaría esfuerzos políticos y económicos para facilitar la prosperidad y el desarrollo cultural. Esta fórmula ha sido presentada a los pueblos africanos vestida con todos los atributos y garantías de la nueva Constitución que será sometida a votación el próximo 28 de septiembre.

EL ORDEN, NECESIDAD DE FRANCIA

Desde la revolución de 1789, Francia ha conocido diez Constituciones y ahora se prepara para aceptar la que hace el número once. En vísperas del próximo referéndum el censo de votantes parece acudir a las urnas con más resignación que fe. Después de la proclamación de los principios de «Libertad, Igualdad y

Fraternidad», en aquel lejano tiempo, el país ha tenido que pasar por muy diversas y graves circunstancias. Desde entonces París ha sido ocupada cuatro veces por Ejércitos extranjeros y los territorios de ultramar fueron invadidos en otras muchas ocasiones. En pasadas jornadas electorales, una cuarta parte de los votos eran para los comunistas, cuya sumisión a Moscú determinó que los casos de alta traición al país se dieran en repetidas ocasiones.

Con ninguna de esas Constituciones Francia logró crear el ambiente de unidad nacional frente a peligros procedentes de fuera de sus fronteras. Al iniciarse la Revolución, el país era el más rico, el más poderoso y casi el más poblado de todos los Estados europeos de la época. En 1940, muchas otras naciones habían sobrepasado a Francia en esos aspectos. Gracias a los Gobiernos de Frente Popular, el Ejército gallo fue barrido militarmente en muy pocos días por las divisiones alemanas; su economía estaba maltrecha, los métodos de explotación agrícola eran anticuados, industrialmente se dependía de la importación de muchas importantes partidas. Todo esto había ocurrido en uno de los países con mayores fuentes de riqueza y con más abundantes recursos coloniales.

La reciente sucesión de Gobiernos y la consiguiente falta de una línea política definida habían colocado al país en difíciles coyunturas. Cuando De Gaulle toma las riendas del Poder después de los sucesos de mayo último, lo lógico era pensar que este general buscaría una nueva fórmula constitucional que garantizase el orden y la solución de los importantes problemas pendientes.

Con estos antecedentes es comprensible que el proyecto de Constitución que será sometido a voto de los franceses de la metrópoli y de ultramar busque tanto como los principios tradicionales en el país vecino de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» el no menos urgente principio de «Estabilidad» política.

VISPERAS DEL 28 DE SEPTIEMBRE

El proyecto de Constitución redactado por un Comité de miembros y presidido por Paul Reynaud, quedó aprobado provisionalmente por el Consejo de ministros antes de la salida del general De Gaulle para África. Puntos importantes del proyecto son: la elección del Presidente de la República no se hará en lo sucesivo por el Parlamento, sino por un Cuerpo electoral de 750 votantes, que incluye a diputados, senadores, alcaldes y otras autoridades municipales de Francia y de ultramar. El Presidente nombrará al primer ministro, los demás miembros del Gobierno no son responsables de su gestión ante el Parlamento, que tiene, en cambio, atribuciones para emitir voto de censura contra el jefe del Gobierno.

Según ese proyecto, el Gobierno no tiene amplios poderes para dictar decretos, y la competencia del Parlamento se limita a mat



El general De Gaulle se baja de su coche para besar a un niño vestido de blanco que le saluda diciendo en mal francés: «Vive le général»

rias legislativas determinadas. Ningún diputado puede ser al mismo tiempo ministro; las reuniones parlamentarias no se prolongarán más de cinco meses y medio cada año.

Por lo que respecta a los territorios de ultramar, el proyecto establece, como se ha dicho, el marco federativo, que permite autonomía interna y también de la amplias posibilidades para la asociación de países independientes con Francia.

Como no podía por menos suceder con una reforma constitucional semejante a la que ahora emprende Francia, no faltan voces y comentarios desfavorables. Muchos temen que los miembros del Parlamento, al verse desposeídos de los poderes que antes ejercían, los reclamen en tumultuosas sesiones. Otros opinan, por el contrario, que ninguna Constitución puede ser tan imperfecta como la que ha venido rigiendo hasta ahora y se reconoce que siempre queda la posi-

bilidad de enmendarla a petición de las tres quintas partes de los miembros del Parlamento y del Senado o por referéndum. En vísperas de la jornada del 28 de septiembre se cree en Francia que el proyecto obtendrá la aprobación del país; en otras palabras, que la gran masa de franceses que viven en las provincias, y que consideren el orden como la mejor prenda de una buena política, depositarán en general mayoría su voto favorable a la XI Constitución.

DOS CAMINOS A SEGUIR

Con el proyecto de la nueva Constitución en su cartera de documentos, el general De Gaulle salió de Madagascar con destino a Brazzaville, la pequeña ciudad del Africa Ecuatorial francesa, íntimamente ligada a la hoja de servicios de este militar. Fue en este remoto rincón donde De Gaulle estableció la capital de Francia durante los primeros años de la pasada guerra. Fue

allí también donde el general prometió por vez primera a los africanos igualdad de derechos con los ciudadanos franceses. Posiblemente sea en estas regiones del Congo donde el político galo tenga más incondicionales seguidores.

Para escuchar sus palabras 40.000 personas se congregaron en el estadio de Brazzaville.

Los africanos sabrán elegir. Con todo mi corazón deseo que acepten lo que voy a proponer. Es natural y legítimo que los habitantes de estos territorios alcancen la madurez política necesaria para soportar las responsabilidades de sus asuntos exteriores y de su propio gobierno. Por esto Francia no renuncia a su trabajo en Africa, a pesar de las falsas acusaciones de que es objeto. Deseo firmemente que prospere la comunidad francoafricana para bien del mundo, que necesita el ejemplo de la cooperación entre todos los que son independientes y quieren seguir siéndolo.

TRES MILLONES DE TESTIGOS

CADA tres minutos huye un alemán de los territorios germanos del Este, dominados por los comunistas, en busca de la independencia y de la alegría de vivir. Desde que terminó la guerra más de tres millones de personas han buscado asilo en Alemania Occidental; una cifra superior al millón de fugitivos registran las estadísticas de los tres últimos años. De esta manera, la República de Pankov se ha convertido en el único país sometido por la U. R. S. S., donde la población tiene una oportunidad de expresar su opinión sobre el régimen soviético. No se exterioriza ese criterio según el sistema de las urnas y las papeletas electorales, sino por el expeditivo método de echar a andar para dejar atrás las miserias y los excesos que son ley en todo gobierno comunista.

A tal punto llega actualmente esta huida en masa de los alemanes, que los dirigentes del Kremlin y de Pankov se han puesto de acuerdo para cerrar a cal y canto los portillos por los que se canaliza esa emigración. La vigilancia policiaca se ha redoblado y la concesión de salvoconductos ha sido restringida al máximo; el que sea acusado de incitar a la emigración será condenado a muerte. A pesar de tales medidas de urgencia, más de 500 personas siguen escapando diariamente de los territorios de la Alemania del Este.

Pero estas cifras son reveladoras de algo más que de la repulsa con que las poblaciones dominadas por Moscú soportan los modos y sistemas comunistas. Resulta precisamente que el mayor contingente de fugitivos lo dan los obreros industriales y los jóvenes, sectores estos que según la propia propaganda roja, son los más mimados por los dirigentes soviéticos. El 85 por 100 de los huidos en los últimos meses tienen menos de cuarenta y cinco años de edad y la mitad de ellos no han cumplido los veinticinco. El 64 por 100 de los que han buscado asilo en

Alemania occidental son obreros de la industria, cifra altamente significativa, teniendo presente que las provincias germanas del Este son de economía agrícola y, por lo tanto, hay en ellas un más reducido censo de mano de obra industrial.

La lección de la desbandada que se viene registrando hacia la Alemania de Bonn no se limita a esa realidad de que los productores y los jóvenes repudian el régimen del comunista Ulbricht, que desde Pankov gobierna al dictado del Kremlin. Solamente en lo que va de año, 170 profesores de Universidad y 636 médicos han escapado de los territorios germanos del Este; durante lo últimos dieciocho meses, más de 1.700 profesores y catedráticos abandonaron sus empleos para seguir el camino de la emigración. Los discípulos se han mirado en el mismo espejo que sus maestros. De cada cien refugiados con menos de veinticinco años de edad, cincuenta de ellos son estudiantes de Enseñanza Superior o tienen ya un título universitario.

Estas cifras son las mejores respuestas a todos los cantos y alabanzas de los servicios de propaganda comunista sobre las falsas excelencias del soviétismo. Allí donde se ha podido exteriorizar la repulsa, como sucede con grandes dificultades y riesgos en Alemania oriental mediante la huida en grandes masas, la población no ha dudado en adoptar una general actitud de condena. Gracias a la política del Gobierno de Pankov, lo que antes era una parte próspera y feliz de Europa se ha convertido en unos territorios empobrecidos. Y de seguir ese régimen pronto estarán habitados solamente por ancianos e inválidos, que son precisamente los únicos que no pueden ponerse en pie y echar a andar hacia el mundo occidental. Para contar lo que hay tras el comunismo, esos tres millones de fugitivos alemanes son buenos testigos.

Al llegar a Dakar y pronunciar una arenga en la plaza principal de la localidad, el general De Gaulle recogió pruebas de desaprobación de un sector del público allí congregado.

—He venido aquí para expresar la amistad de Francia. Yo estoy seguro de que, a pesar de algunas muestras de oposición al proyecto, vuestra contestación el día del referéndum será un «sí».

Para completar el viaje quedaba sólo la etapa de Argelia. Sería la tercera vez en menos de

tres meses que el general visita esta provincia francesa.

—El 28 de septiembre los argelinos de todas las comunidades, en completa igualdad de derechos y con la palabra «sí» o «no», tendrán ocasión de influir directamente en el futuro de Francia. Dependerá de vuestro voto el que nuestras instituciones nacionales sean renovadas o el que sigamos por el mismo camino equivocado que conduce a la República al borde del abismo.

Después de este viaje de nueve días, con 20.000 kilómetros de recorrido, estaba París. En la capital de Francia se terminaba un largo itinerario y se abría para el general De Gaulle otro delicado capítulo de su gestión política: la iniciación de la campaña de propaganda para la aprobación del proyecto de Constitución por los propios habitantes del territorio metropolitano.

UNA INTERROGANTE A FECHA FIJA

El regreso del jefe del Gobierno a París ha coincidido con los días de la llegada a la capital de los veraneantes que se ausentaron de ella para pasar sus vacaciones lejos de las tareas y preocupaciones cotidianas. Para la mayoría de estos franceses, la Constitución es asunto que no les preocupa primordialmente. Lo que sí desean antes que nada son seguridades de empleo y solución del problema de la vivienda.

De Gaulle no es ajeno a esas inquietudes de muchos sectores de la población. Debido a iniciativa suya se han entablado negociaciones entre empresarios y representantes sindicales para tratar de constituir unos fondos que acudan a cubrir las disminuciones de salarios en caso de paro parcial de empleados y obreros. El dinámico ministro de la Construcción, Sudreau, estudia las bases para establecer un sistema de crédito a largo plazo que remedie la escasez de viviendas que padece el país vecino desde que terminó la pasada guerra. De los cinco millones que viven en el área del «Gran París», un millón habita en casas compartidas con otras familias o en edificaciones que piden urgentemente el remedio de la piqueta.

Se cree que si el general De Gaulle puede convencer a la gran masa de los franceses de que dentro del nuevo marco constitucional habrá mayor estabilidad política y, por lo tanto, la posibilidad de llevar a cabo unos planes económicos constructivos con vistas a un futuro inmediato, el resultado afirmativo al nuevo proyecto de Constitución es seguro.

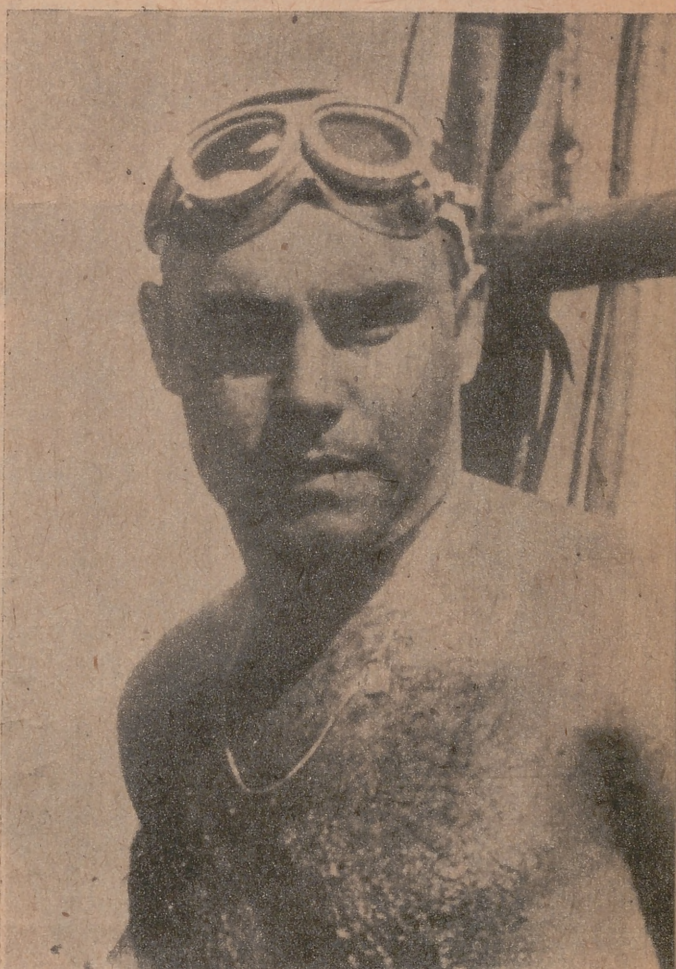
En estos días se ha dado ya la señal en Francia del comienzo de la campaña de propaganda para el referéndum. El ministro Soustelle ha puesto a punto la maquinaria de divulgación de las razones que aconsejan una nueva norma constitucional para el país. La interrogante del 28 de septiembre de 1958 queda abierta, y Francia, con sus territorios de ultramar, espera.

A. BARRA

Después de una amistosa acogida en los territorios de la Costa de Marfil, el general llegó a Conakry, capital de la Guinea francesa. En esta localidad el dirigente Sekou Toure expuso al jefe del Gobierno francés su oposición al texto de la nueva Ley constitucional, a menos que no se recoja en él claramente el derecho a la independencia de esos territorios. Según los observadores, parece que es entre los políticos, más que entre la masa de la población, donde se rechazó el proyecto francés.

DOS ESPAÑOLES EN LA HISTORIA DEL CANAL

MONTserrat TRASSERRAS Y JOSE VITOS VENCEN EN LAS AGUAS FRIAS DE LA MANCHA



UNA EMPRESA LOGRADA CON LA AYUDA DE E. Y D.

PRIMERAS horas de la mañana sobre la costa francesa de Calais. Pocas personas se encontraban entonces en la playa del cabo Gris Nez. Veraneantes y representantes de la Prensa francesa rodeaban a un grupo de españoles. Tres de estos últimos estaban dispuestos para el comienzo de una prueba magistral. Eran dos hombres y una mujer. Los tres eran nadadores y se habían propuesto una meta que distaba de allí justamente treinta y dos kilómetros.

Los tres llevaban el propósito firme de atravesar a nado el canal de la Mancha y llegar, también a nado, hasta las playas inglesas de Dover. Era la primera vez que nadadores españoles intentaban la hazaña.

El primero en lanzarse al agua

fué el alicantino Asensi, a las 6,40 horas. Montserrat Tresserras y José Vitos lo hicieron al mismo tiempo. Justamente a las siete menos siete minutos de la mañana. Había comenzado la prueba.

En aquel momento la marea se mostraba alta, pero el tiempo era bueno y el mar, si bien en las primeras horas estaba algo movido, fué quedando en relativa calma. Ya estaba superado el primer esfuerzo. Se iban acortando afanosamente los treinta y dos kilómetros que separan Calais de Dover y los tres nadadores españoles empleaban sus métodos preferidos de natación: Luis Asensi practicaba el «crawl», así como también Montserrat Tresserras, mientras José Vitos se valía de la brazza, fuerte y varonil.

Escollaba al primero el barco

«Ariel II», controlado por el señor Forsyth; al segundo, el «Golden Harvesten», con el doctor Allan Lyne, y a la nadadora, el «Victor», bajo el control de Raymond Scott. Antes de partir, los tres españoles coincidieron en declarar que no tenían pretensiones de batir ninguna clase de records en la travesía y que se sentirían dichosos si lograban llegar a la costa inglesa.

Ya casi a la mediación del Canal —hora y media después de la salida—, Luis Asensi hubo de abandonar la prueba y subir a bordo. Le aquejaban fuertes dolores en la espalda y acusaba un frío intenso. Mientras tanto, Vitos y Montserrat proseguían agua adelante, la segunda con un ritmo de brazada que entusiasmaba al capitán Hutschinson. Después de

hacer el clásico trazado de la travesía —una imponente zeta en tres direcciones: hacia el Sur, luego al Norte, para terminar de nuevo hacia el Sur—, Montserrat Tresserras hizo su entrada en la playa de Santa Margarita, a cuatro millas de Dover.

Había logrado la hazaña en un tiempo de catorce horas y catorce minutos. Había recorrido 45 kilómetros. Poco después salía del agua en la playa referida, mientras el gran gentío estacionado en la orilla no cesaba en sus gritos:

—¡¡España, España!!

Era el saludo alborozado al primer español que atravesaba el canal de la Mancha, en este caso una mujer. Hora y pico más tarde, José Vitos, el segundo español en coronar la meta, llegaba a tierra en Shakespeare, al oeste de Dover. Tardó en cubrir la travesía quince horas y once minutos.

DOS MAS EN LA HISTORIA DEL CANAL

El nombre de España ha quedado ya unido al historial de la travesía a nado del canal de la Mancha, gracias a la actuación de los productores Montserrat Tresserras y José Vitos, a través de la Obra Sindical de Educación y Descanso. Para dar idea del esfuerzo realizado por estos nadadores españoles, basta citar el caso de la prueba Butling, llevada a cabo pocos días antes.

Para la misma tomaron la salida treinta nadadores profesionales, de los que solamente se clasificaron seis. Los resultados, pues, de los representantes españoles no han podido ser más halagadores. El balance es inmejorable.

La costumbre de cruzar a nado el canal de la Mancha data de casi un siglo. Se inició en el año 1875 y se emplearon veintiuna horas y algunos minutos en el recorrido. Bastante más tarde, en

1928 la aventura se convirtió en prueba deportiva anual, estableciendo entonces un nadador el record de lentitud: veintisiete horas. Hasta ahora han sido más de cien los esforzados deportistas que han coronado la prueba. De ellos, solamente tres la han realizado de Inglaterra a Francia; todos los demás la superaron en el sentido Francia a Inglaterra, a causa de las corrientes. La nadadora más audaz fue una americana: Florence cruzó dos veces el Canal, partiendo de Inglaterra. Meses después cruzaba el estrecho de Gibraltar.

Por el contrario, los dos españoles que han logrado para España un triunfo tan definitivo ya habían quedado con anterioridad vencedores en el Estrecho. Ahora lo han sido también en las puertas del mar del Norte.

LOS PREAMBULOS DE LA HAZANA

«Lo que queremos es que nuestros nadadores atraviesen el Canal, sencilla y escuetamente». He aquí un resumen de las instrucciones que el jefe de Deportes de la Obra Sindical de Educación y Descanso, Manuel Martínez, señaló a los mandos y a los componentes de la expedición que acompañó a Montserrat, Vitos y Asensi.

El peor enemigo que llevaban estos nadadores era el agua fría. Por tanto, resultaba imprescindible que tomasen contacto inmediatamente con el agua del Canal y realizasen entrenamiento, de acuerdo con los que empezaron en el mes de mayo. El trato, pues, con el agua fría fué la base de todo entrenamiento, incluso con la de baños, en caso de no estarlo suficientemente la del Canal. Fueron baños de una hora como mínimo, con el agua no inferior a los diez grados ni superior a esa temperatura.

Las pruebas en el Canal llevadas a cabo por los españoles no sobrepasaron los quince o veinte kilómetros y tan sólo una vez, procurándoseles inmediatamente el adecuado descanso. La alimentación fué ligera y abundaron los paseos a fin de evitar ablandamientos inútiles.

Para la travesía se envolvió a los nadadores en una capa de vololina, abundaron las frotaciones en seco para abrir los poros y, por último, se dió grasa consistente. Los puntos clave donde el frío atacó a los realizadores de la hazaña fueron las vértebras cervicales, las axilas, el vientre, bajo vientre, ingles, riñones y puntas de los pies.

Cuando la travesía ya estaba superada y los dos nadadores españoles habían alcanzado su meta, nuevamente hubieron de someterse a tratamiento: nadar despacio durante unos metros para una pronta recuperación física y después someterse a un baño de agua caliente. Manuel Martínez había acertado en sus pronósticos.

«LO PRIMERO, ACORDARME DE MIS PADRES»

En la costa inglesa de la Mancha, en la playa de Santa Margarita, viyas y hurras a España señalaron la llegada de una bonita muchacha catalana, de una mecanógrafa de Olot. Montserrat



Montserrat Tresserras saluda sonriente a su llegada a la bahía de Santa Margarita, cerca de Dover, después de haber cruzado el Canal

en
le-
el
ete
más
is-
ba-
an
en-
ra-
In-
en-
fue
uzo
de
za-
pa-
Es-
ya
dad
ora
er-
DE
nes-
Ca-
He-
uc-
de
n y
se-
m-
que
s y
ban
ría.
ndi-
me-
nal
de
en
ues.
to-
a
arlo
ue-
mi-
r a
esa
eva
no
inte
vez.
ente
hen-
los
nda-
ó a
val-
ones
s y,
nsis-
e el
e la
cer-
bajo
ntas
aba
es-
me-
so-
adar
pa-
sica
o de
inez-
cos.
AR-
»
Mar-
paña
bo-
una
rrat



El Ministro Secretario General del Movimiento impone la medalla de plata a José Vitos

Tresserras había hecho la travesía en catorce horas y catorce minutos. Mientras tanto, José Vitos, el fornido minero asturiano, luchaba bravamente contra un mar difícil, ya en la frontera del heroísmo. Los dos nadadores compatriotas fueron abordados por los periodistas ingleses y por los de la B. B. C.

—Hoy es el día más feliz de mi vida.

Eso fué todo lo que dijo Montserrat una vez en tierra. Y añadió:

—Sé que no era fácil la hazaña, pero también que yo podía realizarla.

Montserrat encontró el mar bastante agitado durante buena parte de la travesía, y los faros de los coches y el sonido de los claxons le sirvieron de punto de referencia en los últimos centenares de metros, a la boca ya de la bahía de Santa Margarita.

Baja, regordeta y guapa, Montserrat Tresserras es, además, simpática. Y sincera:

—En el próximo septiembre cumplo veintiocho años.

La vencedora de la prueba nació en Olot, un pueblo de 17.000 habitantes, situado en una comarca conocida por La Garrocha, que se distancia del mar más de cien kilómetros. En ríos y pantanos inició sus primeros pinitos de natación, especializándose en pruebas de fondo.

—Me eché al agua por primera vez —declara— cuando tenía once años. Hasta que no cumplí los diecisiete no volví al mar.

Entonces comprobó las facilita-

des que le ofrecía el hecho de vencer largas distancias sin grandes dificultades. Siempre la animaron sus hermanos Juan y Miguel. Su primera travesía sería fué San Feliú-Palamós, en un total de doce kilómetros y con un mar difícil. Al salir del agua, pensó que podía hacer algo en esa especialidad.

Ahora lo ha hecho. Por eso los periódicos ingleses afirman que la primera reacción de la nadadora española al pisar tierra fué bailar una danza española.

—Lo primero que hice fué acordarme de mis padres y de la alegría que se iban a llevar.

Y Montserrat añade que sólo baila sardanas, cosa muy difícil de ejecutar después de una travesía de cuarenta y tantos kilómetros. Hay que achacarlo, pues, a la imaginación británica, que en esto ha superado con mucho a la mediterránea. Mientras ríe, la esforzada catalana se recuesta sobre una butaca, envuelta en su mono azul de entrenamiento. Así se desenvuelve como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. Muestra extrañeza ante una pregunta, y al fin responde:

—Estoy soltera y sin compromiso.

—¿Se adelgaza en la prueba?

Montserrat cree que ha engordado durante la travesía, pese a que no pudo tomar mucho alimento. Primero porque lo devolvía al tragar algo de la grasa con la que fué embadurnada; también porque no se lo daban desde el bote: iba muy apurada de tiempo y el guía no las tenía to-

das consigo. No quiso perder ni un segundo. La mecanógrafa de Olot pasó, pues, bastante apetito.

EN RINA CON EL TÉ

Pero no fué ésa la mayor dificultad que hubo de vencer en la prueba. Es indudable que Montserrat Tresserras acaba de aborrecer el té para toda su vida. Durante la travesía apuró té con glucosa —ya en las últimas horas, nada—, y a la media hora, caldo. El té, en realidad, no estaba malo.

—Pero al ingerirlo me tomé, sin querer, una buena dosis de linimento con que me embadurnaron al echarme al agua.

Y en ese linimento consistió la mayor dificultad de toda la prueba. Hubo de desprenderse de la grasa que le cubría el cuerpo, en cuya operación empleó más de una pastilla de jabón, frotándose y refrotándose durante largo tiempo.

—¡Dios mío, aquello era mucho más pelliagudo que nadar!...

A pesar de todo, la mecanógrafa catalana de Olot conoce bien todos los inconvenientes del mar. Tiene en su haber muchas andanzas natatorias, que se hicieron relevantes cuando la Obra Sindical de Educación y Descanso decidió prestarle su apoyo. Tras cubrir varias travesías en la Costa Brava, se lanzó a realizar la del estrecho de Gibraltar. La salvó el año pasado. Su objetivo, a partir de entonces, estaba trazado: el canal de la Mancha.

Antes del asalto definitivo al mismo, en la madrugada del día

3 de agosto —como última prueba de entrenamiento—, quiso recorrer las veintidós millas comprendidas entre Rosas-La Escalera-Rosas. Hubo de abandonar, tras catorce horas de incansable bruceo, por el fuerte viento de tramontana, que le dificultaba continuar cuando tenía a dos kilómetros la meta. Ya era firme su decisión de partir para Calais.

—¿Qué intentarás —le fué preguntado en Inglaterra— ahora?

—Algo más difícil. Después de haber cruzado el Canal, ya no puedo pensar en nada fácil.

«¡HALA POR ASTURIAS!»

Hora y pico después que Montserrat Tresserras, completamente extenuado por el esfuerzo, José Vitos, el segundo español en atravesar el canal de la Mancha, llegaba a tierra en Shakespeare, al oeste de Dover. Tardó en cubrir la travesía quince horas y once minutos.

Son muchos los elogios que deberían tributársele a este nadador por la gran hazaña realizada, al que las corrientes lo desviaron más hacia el Sur y le motivaron una serie de desfallecimientos a causa de las fuertes mareas. No podía ingerir alimento; lo expulsaba inmediatamente.

Las horas que estuvo en el agua las pasó luchando denodadamente contra las fuertes corrientes, especialmente a su llegada a la playa de Shakespeare. Hasta tal punto se reflejaba en su cara el desfallecimiento y eran tantos y tan fuertes los dolores que padecía, que el capitán de la ruta ordenó que se le sacase del agua. La corriente le empujó a otras zonas y ya dudaban de su arribo a tierra inglesa.

—Me desvanecí —dice— varias veces durante la travesía porque acusé el frío del Canal.

El piloto aseguró que no podría

nada con el mar en tales circunstancias. Fué entonces cuando el recuerdo de la patria chica lejana lo reanimó eficazmente.

—¡Hala por Asturias!

Le gritaba continuamente el médico, don Salvador Ferradas, cantándole también canciones de por allá. José Vitos sacó fuerzas de flaqueza y logró vencer el fuerte muro que para él significaba el mar embravecido. Luchaba con las olas en medio del Canal, cuando un gran barco, de matrícula inglesa, surgió inesperadamente.

El barco desvió su ruta para saludar con sus sirenas al nadador español, mientras daba una amplia vuelta a su alrededor. Los pasajeros, agolpados en la cubierta, al ver el nombre de España grabado en el jersey del señor Ferradas, se entusiasmaron y comenzaron a alentar con gritos al atleta.

—¡¡España, España!!

José Vitos llegó a las costas inglesas.

«QUIERO PERDER EL MIEDO»

Desde Inglaterra, el asturiano envió un mensaje a su madre, que decía: «Madre, ya he llegado. Ahora podré casarme.» Pero la historia de este campeón español, antes de empezar con una muchachita de Turón, llamada Nardita, escribió las primeras páginas en el mismo pueblecito y entre máquinas de vapor.

Fué encendedor de las mismas, ascendiendo a maquinista de segunda. En vista de los progresos que Vitos hacía en la natación, Educación y Descanso le encargó el cuidado de la piscina de la Obra en Mieres y la concesión del bar del Hogar del Productor. Hasta entonces sólo se había bañado en el río anegrecido por el carbón. De vez en cuando iba hacia Collanzo, donde las aguas es-

tán limpias y los pozos permiten estirar un poco pies y manos.

—Por fin, en Mieres empezó a nadar en serio. Ganó varios campeonatos en el estilo de braza y de mariposa y cruzó el esrechó de Gibraltar. Entonces prometió la travesía del canal de la Mancha. Llegaron los entrenamientos. En la costa cantábrica se lanzaba al mar todos los días, a las doce de la noche, para regresar por la madrugada.

—¿Por qué —le preguntaban— nadas por la noche y solo?

—Quiero perder el miedo.

Antes de partir para el Canal, Vitos declaró: «Llegar o morir éste es mi lema». Llegó. Al conocer la noticia, su madre comentó: «Estuve toda la noche en vela. Conozco su voluntad: es un testarudo; o llega, o se ahoga, me dije». Vitos llegó, con una ventaja: ha mejorado la marca de la travesía en la modalidad de braza.

—Eso me dijeron los periodistas ingleses, que nos atendieron muy bien.

—¿Cómo respondieron las facultades durante la travesía?

—Cuando salí, bien; pero la fui perdiendo, ya que no pude alimentarme. Estuve veinticuatro horas sin poder ingerir nada; un poco de mosto de uva. Todo lo demás me lo rechazó el estómago.

Pero el minero de Asturias logró la proeza. A pesar de que en vistas a la travesía, últimamente se entrenaba en una piscina. Y no mucho tiempo.

—Es que la de Turón tiene veinticuatro metros y uno se mareaba en seguida.

POR ULTIMO, LA RECOMPENSA

Acaba de terminar, en medio de una expectación extraordinaria el III Campeonato Nacional de Atletismo, que Educación y Descanso ha venido celebrando en La Coruña. Una masa enorme de gente cubría las calles camino del estadio de Riazor mucho antes de dar comienzo la jornada final.

Ha sido precisamente en esa jornada final donde los nadadores españoles Montserrat Tresserras y José Vitos acababan de recibir el galardón a su hazaña. Fué un momento impresionante el de su llegada al palco presidencial. El público los aplaudió fervorosamente. En el momento de la entrega de trofeos, el Ministro Secretario General del Movimiento les impuso a ambos la Medalla de Plata de Educación y Descanso.

Como muestra final del aprecio y consideración con que España distingue desde ahora a los dos protagonistas de la hazaña realizada en nombre de la Patria, Montserrat Tresserras y José Vitos, la mecanógrafa de Olot y el minero asturiano, fueron recibidos por el Jefe del Estado.

Con la travesía española por el canal de la Mancha, nuestra Patria acaba de apuntarse un tanto más, entre los muchos que lleva conseguidos el deporte español. Un deporte de clara hegemonía en muchas de sus facetas, cuyo lema no deja de ser en todo momento: una mente sana en un cuerpo sano.

Juan J. PALOP



La nadadora española, vencedora del Canal, habla por teléfono con su familia nada más llegar al aeródromo de Prat del Llobregat

ten
ma-
am-
a y
cho
eifó
an-
ien-
an-
ias
esar
n-
nal,
orin
ono-
nen-
e
un
me
ven-
e da
aza
odis-
eron
acul-
las
e ali-
tatro
; un
o lo
nago
s lo
que
ima
pis-
tiene
ma-
La
A
io de
aria
il de
Des
o en
ne da
o da
antes
final
esa
dado
resse
e re-
zaña
nante
presi-
audito
mento
l Mi-
l Mo-
os la
ración
apre-
e Es-
a los
azafia
patria
sé Vi-
t y e
recibit
a po-
uestru
se un
os que
te es
a he-
us fe-
de se-
nte se
LOP



LA MEJOR TEMPORADA

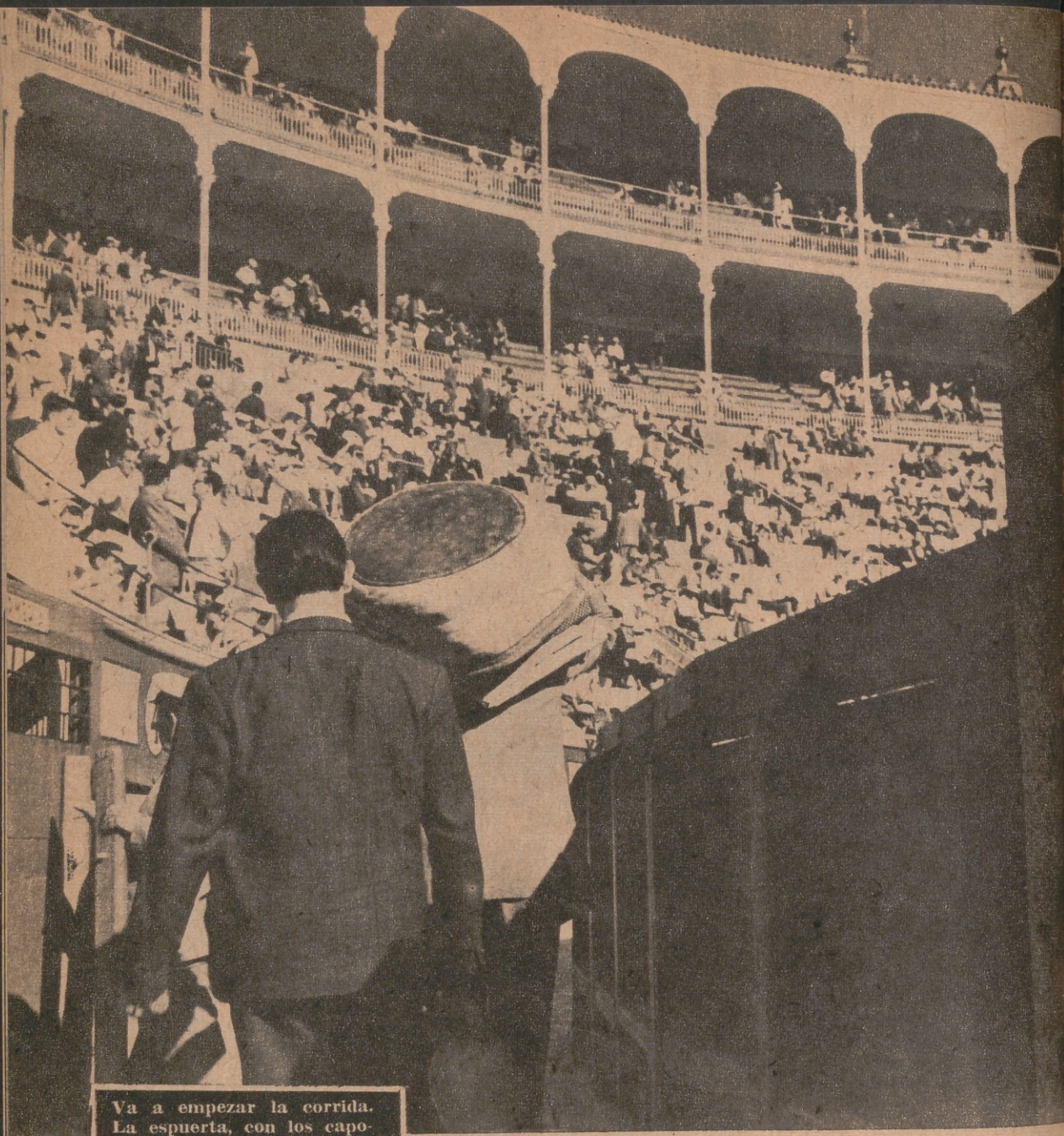
PLAZAS LLENAS Y MAYOR NUMERO DE CORRIDAS

COMBINACIONES DE TOROS Y TOREROS PARA LAS ULTIMAS FERIAS DEL AÑO

SEPTEMBRE: mes taurino, tradicional, clásico. Ya están las cosechas en los graneros, ya está esa fecha del 8 de agosto. Virgen de septiembre, patrona de tantos y tantos pueblos, villas, ciudades... Para septiembre, son, pues, los mejores carteles, los mejores toros, los mejores toreros. Pero para septiembre son también las fechas en que casi todo el cen-

so novilleril y de alternativa encuentra ocupación. El mes recoge, en los carteles de tronío, a los verdaderos maestros, a los que se han sostenido, corrida tras corrida, con el arte, la hombría, el valor y la suerte por delante. Septiembre viene a ser un poco como el balance final de la temporada de toros, aunque queden to-

avía las ferias del Pilar y los últimos festejos de octubre. En septiembre ya se sabe, poco más poco menos, el balance artístico y también, el balance económico de la temporada. De esta temporada, feliz como ninguna en el número de festejos organizados y en el número de corridas toreadas. Porque puede decirse muy bien que no ha habido otra temporada



Va a empezar la corrida. La espuerta, con los capotes y muletas y el clásico botijo, camino del burladero del matador

como ésta para empresarios y toreros en la que el público haya acudido con más intensidad a los festejos organizados, que se hayan agotado más repetidamente los billetes bastante antes de empezar las corridas y que demuestre, en suma, el fenómeno auténtico de una expansión de la fiesta de toros en lo económico, signo de que la coyuntura de organización es todo lo óptima que los empresarios pueden soñar.

A esto han contribuido varios factores. De un lado, la aportación de una cierta masa de turistas, masa deducida como es lógico del cada vez mayor número de visitantes extranjeros que llegan a España atraídos por nuestras bellezas y por la divulgación que de ellas se hace en el extranjero. Pero de otro la cada vez mayor disponibilidad económica de los espectadores en potencia para el gasto en espectáculos, signo éste que también se acusa en todos los

espectáculos, no solamente deportivos, sino artísticos de toda índole tales como cinematográficos, teatrales, etc.

Por lo que respecta al resultado artístico, es decir, a la presencia de figuras que arrastren en sus actuaciones la pasión del público entendido, tal vez no existan con la rotundidad de otros tiempos, más lo cierto es que toreándose hoy, en términos generales, mejor que antes, afirmación reconocida por los aficionados de solera, hay también más espectadores que antes: es decir, se ha extendido la base visual que pudiéramos llamar de la fiesta: el público. Y esto, con toda su importancia presente y futura, es un hecho que no puede por menos de ser destacado.

EN SAN ISIDRO UN CUARTO DE MILLON DE ESPECTADORES

Aunque, naturalmente, la Feria de abril de Sevilla tiene toda la máxima solera taurina, a la hora

de enjuiciar resultados artísticos para el transcurso de la temporada, apenas cuenta, ya que sucede que muchos imponderables u otros factores juegan decisivamente en la contabilización de totales. Tal es el caso de Rafaelito Chicuelo, que tomó la alternativa en Sevilla con gran esperanza de sus paisanos, y que luego se ha ido viniendo abajo hasta el punto de que es muy difícil que logre salir ya en el futuro de ese terrible «hoyo» tan temido por los toreros.

La Maestranza, de todas maneras, a plaza llena fué la que abrió la serie. Y después siguió Madrid.

Madrid en San Isidro se viste de pueblo. Su oso y su madroño, los de su escudo de Villa, miran más a Cibeles que nunca. Parece que les divierte ver pasear a los de fuera que llegan a extasiarse ante los edificios gigantes, casi colosos, del Madrid moderno, cosmopolita, por el que pasean los turistas con desparpajo de fachosos. Verbenas, fuegos artificiales y en la Pradera las majas de los



Cartel de toros. Al fondo, la plaza madrileña, que este año ha visto lidiarse en San Isidro quince corridas seguidas

«madriles» que sacan los mantos de Manila, llenos de recuerdos, de notas de chotis castizos y chulapones. Y a Madrid por esas fechas no le falta su Feria de toros. Lo mejor para once corridas en la Monumental. La Feria de este año ha sido un éxito total en todo. Veinticinco mil espectadores han hecho aproximadamente un cuarto de millón en las entradas de taquilla durante las once corridas de la Feria. Los carteles eran tentadores. El cartel de «No hay billetes» lució para todas las corridas de la Feria, como un anuncio inmejorable para los aficionados.

Luego la realidad, en el campo artístico, fué otra. Los toros no respondieron a la categoría de las ganaderías y sólo se salvaron los de Pablo Romero, que embistieron bien y entusiasmaron a los espectadores, cansados en días anteriores de la Feria, de protestar ante la mala calidad del ganado. El mejor toro de estas corridas fué «Rosalido», de doña Eusebia Galache.

Y en cuanto a los toreros hubo

de todo. Chamaco, que vino por fin a la plaza madrileña no respondió a la expectación despertada. Ahora bien, su presencia obró el milagro de venderse las entradas en manos de los revendedores mucho más caras el día segundo de su actuación que el primero, ya que corrió el siguiente argumento: «Si el primer día está mal, la gente esperará al segundo; si el primer día está bien, la gente querrá volverlo a ver al siguiente». Y en cuanto a los toreros, hubo de todo. Sin embargo, hubo toreros y buenas faenas. Para algunos, Luis Segura fué la revelación. Su nombre era en Madrid casi desconocido, por lo menos como matador y, sin embargo, entusiasmó. La ausencia de Litri fué una notable falta en esta Feria, que también tuvo su capítulo de sangre con la grave cogida sufrida por Antonio Bienvenida al torear un toro condenado a banderillas negras.

El resumen de San Isidro fué, pues, el signo de la expansión de la temporada en cuanto a número de festejos y de presencia de espectadores en los ruedos; signo

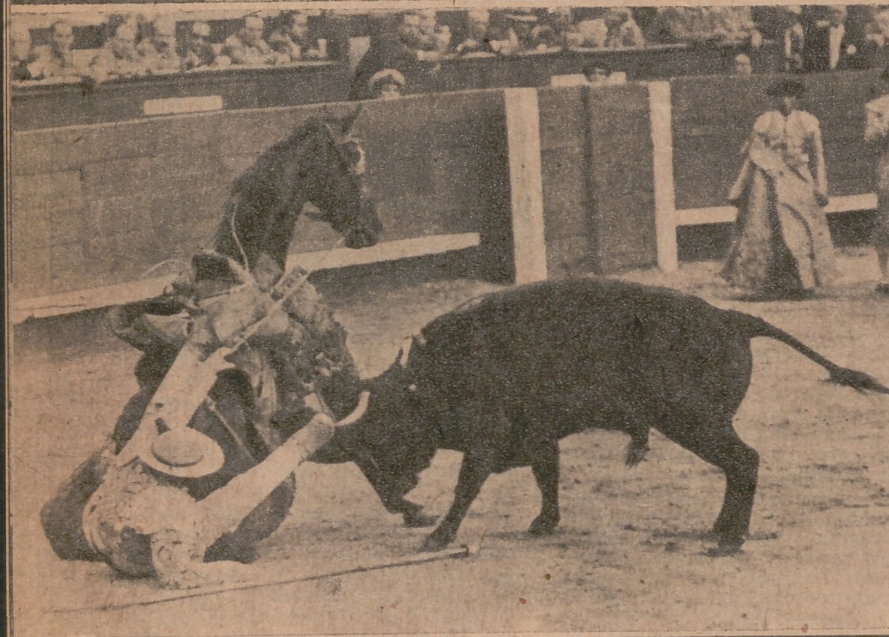
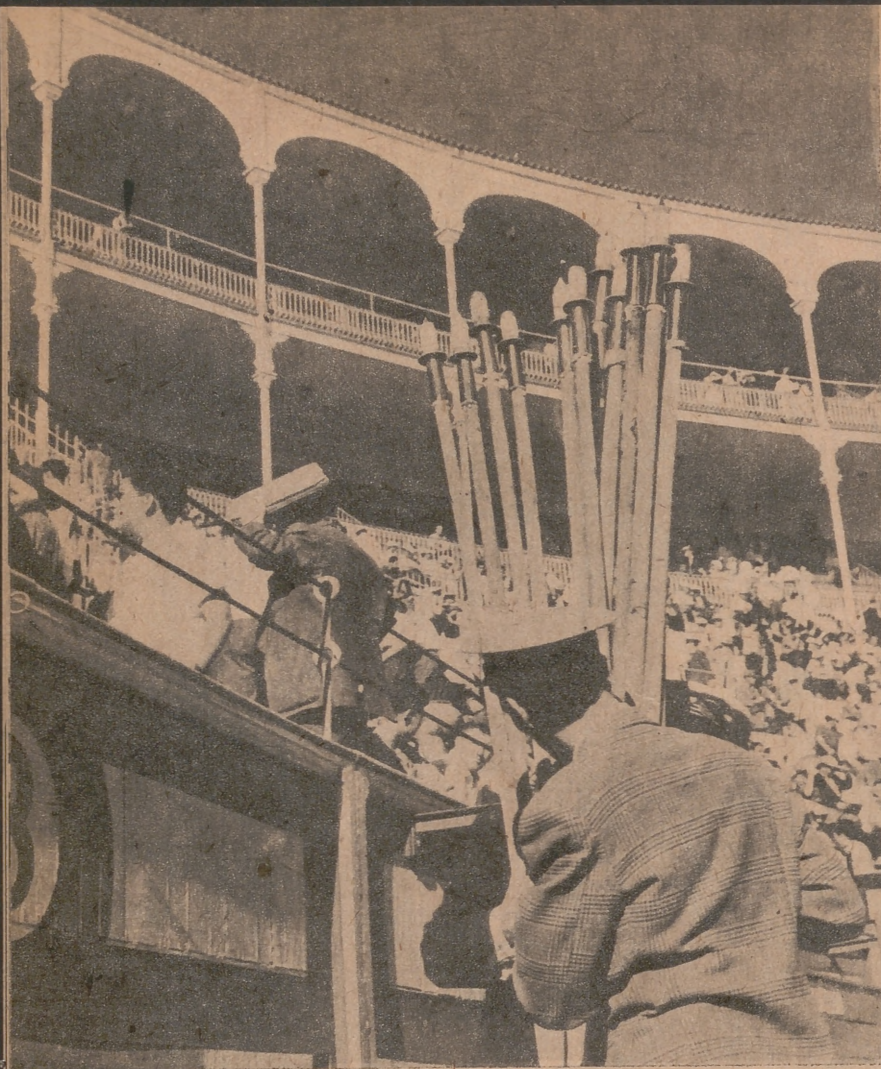
así que siguió por las demás plazas.

Y la primera que vino después, San Fermín.

El encierro de los sanfermines pamplonicos son, durante el mes de julio, la atracción taurina más importante de España. Cada año va más gente, cada año corren más mozos delante de los toros que van camino de los chiqueros de la plaza. La palabra más preside estas fiestas tradicionales, únicas en el mundo, que dan color a las calles de Pamplona. La afición se traslada allí no sólo para ver toros, sino para presenciar el encierro, que en resumidas cuentas es lo más importante.

Chamaco, Gregorio Sánchez y Chicuelo, hijo, formaron el primer cartel.

El toro número 47, de la ganadería de Miura, se llamaba «Barragán». Era colorado, ojo de perdiz y con un peso de 355 kilos. Le tocó en suerte a El Triunero, torero madrileño, que aca-



Las puyas preparadas. Después, el poder del toro derribará, si es grande, al picador. Este año se ha purificado algo la suerte de varas gracias al empleo del nuevo modelo de peto

baba de tomar la alternativa en Barcelona. Fué él quien realizó en este toro la mejor faena de la Feria «Barragán», por ello, ha immortalizado su cabeza, que figura ya en un museo famoso.

Por lo demás, la tradición ha seguido imperando en el duro seguío navarro. Cantan y cantan

las cuadrillas mientras el torero torea en el ruedo. Lo de menos son las orejas, los triunfos o los fracasos. El caso es San Fermín, «que todo lo ve y que te bendecirá». Como ha bendecido, cada año más, a la Fiesta española y navarra que lleva su nombre.

Del 7 de julio a la Feria de Va-

lencia van escasamente quince días. Y Valencia puede estimarse como la tercera Feria española en cronología. Porque la de Sevilla la consideramos casi como una introducción.

La Valencia taurina no ha podido tampoco quejarse este año. Ni la Empresa ni los aficionados.

La Feria valenciana ha anunciado los mejores carteles, o por lo menos el más tentador de la temporada. Luis Miguel Dominguín, que acababa de hacer su reaparición en las Ferias alicantinas, llegaba con la aureola de los trofeos ganados en esta primera reaparición y su nombre era ya motivo suficiente para que la plaza valenciana estuviera repleta. Aparicio y César Girón completaban el cartel la primera corrida. Toros de Samuel Flores, con los que Luis Miguel se lució y tuvo una actuación memorable.

Desde el 24 de julio, día de la primera corrida de Feria, hasta el 28, los valencianos tuvieron la suerte de ver torear a los mejores. Gregorio Sánchez, Jaime Ostos, Curro Girón... Y como broche, en la quinta de Feria, otra vez Luis Miguel.

Luis Miguel, para el que ésta ha sido su temporada más dolorosa, ya que en ella ha pasado por el trance amargo de ver morir a su padre, fundador de una dinastía de toreros y hombre taurino por antonomasia.

BRINDIS TORERO A LA EMPERATRIZ SORAYA

Vitoria es la antesala de San Sebastián, no sólo en lo geográfico subiendo desde el Sur, sino también en lo taurino. Porque antes de la Semana Grande donostiarra está la Feria alavesa. Feria que dió un buen triunfador, Jaime Ostos, con toros de Miura. Y, ya inmediatamente, San Sebastián.

Las Ferias del Norte son para los toreros un continuo estar en marcha, durmiendo en el mismo coche de la cuadrilla, saliendo de viaje nada más terminada una corrida para empezar otra, al día siguiente.

En las Ferias del Norte, antes, rara vez se llenaba la plaza, mitad por la amenaza del tiempo, mitad porque los toros, salvo a los asiduos, no estaban aptos para todas las fortunas. Y no es que ahora sean ejemplo de baratura en precios, sino que el concepto del gasto y la cantidad de fortuna personal ha variado apreciablemente en estos últimos tiempos.

San Sebastián, mitad porque llegaron más franceses que nunca, franceses del Sur, en autocares especiales para las corridas, mitad porque los veraneantes de la capital donostiarra no quisieron perderse ninguna corrida, vio totalmente llena, todos los días la plaza de toros.

Comenzó la Feria con el triunfador de San Fermín: El Triunero. Pero fué Gregorio Sánchez el que, en lo artístico, mereció más plácemes que nadie.

Para lo sentimental, para la historia, queda la faena de Antonio Ordóñez, brindada a la ex emperatriz Soraya y terminada en la enfermería como si la le-

yenda de sangre de los toros hubiera tomado cuerpo consistente.

A Bilbao no llegan tanto las caravanas de franceses, pero la plaza bilbaína ha estado igualmente abarrotada durante su Feria. Feria a continuación de San Sebastián que ha tenido, en lo taurino, el sabor de lo local, en cuanto a las sustituciones, pues por cogidas y por ausencias, como la forzada de Luis Miguel, hubo de recomponer varias veces los carteles.

Después de las «Grandes», las pequeñas ferias, las que también presentan buenos carteles y que atraen a muchos aficionados. Mientras en Madrid se celebraban las de San Isidro, en Talavera de la Reina, por ejemplo, Antonio Ordóñez, Gregorio Sánchez y Jaime Ostos lidiaban toros de Cembrano.

Por la geografía multicolor de la Península la Fiesta cobra vida. También Granada, durante el mes de mayo, celebra sus fiestas y abre su plaza para los grandes. De nuevo Antonio Ordóñez, de nuevo Gregorio Sánchez y Luis Segura. En Algeciras, en Badajoz, en Alicante, las calles se engalanan con carteles tentadores para el aficionado. Son las pequeñas ferias de España, pequeñas porque sus ciudades lo son, grandes porque los toreros las hacen así.

Cuando un torero va a hombros por las calles, la ciudad se estremece. Y mucho más si es un torero de la ciudad. Como El Turia en Valencia. Como Manolo Segura en Málaga. Como Pacorro en Alicante.

SALAMANCA, PENULTIMA FERIA

Y ahora ya, casi tocándose, las ferias septembrinas.

En el momento actual los diez primeros puestos por este orden, en número de corridas toreadas, lo ocupan Gregorio Sánchez, con cerca de las 70, y después Chamarco, Antonio Ordóñez, Curro Giron—la gran revelación de este año—, Jaime Ostos, Julio Aparicio, Rafael Ortega, Luis Miguel Dominguín y Joaquín Bernadó, este último con unos 22 festejos. El total de matadores de toros que han toreado esta temporada en España hasta ahora ha sido de cincuenta, cifra la mayor de todos los años.

En novilleros, Antonio González, con más de 50 novilladas, ocupa el primer lugar, seguido de Diego Puerta, Miguelín—próximo éste a tomar la alternativa—, Cabañero, Mondeño, Trincheira, Curro Romero y Emilio Redondo. Sigue la lista hasta totalizar cerca de cien novilleros en novilladas con picadores.

Tres rejoneadoras—Conchita Moreno, Paquita Rocamora y Gina María—se incluyen en la lista total de la especialidad, en la que ocupan lugar primero los hermanos Peralta, Angel y Rafael, seguidos de Josechu Pérez de Mendoza.

Salamanca es la penúltima feria clásica, de sabor. Feria de toros para toreros, de ganaderos en los tendidos para comprobar, más que la labor de los hombres, la pelea de los animales. Toros salmantinos: Galache, Pérez Taberner, y toros andaluces: Osborne,



Se han abierto, dos horas antes, las puertas de la plaza. En los tendidos, el público, y entre él, la masa de turistas que ha dado un contingente muy apreciable de asistentes a las corridas de toros

Bartolomé, como si en ello fuese la competencia ganadera. Y en los carteles, Luis Miguel, Antonio Bienvenida, Gregorio Sánchez, Jaime Ostos... Hombre y nombres para lidiar toros.

Este es el panorama incompleto y general de la temporada, de la mejor temporada de toros, para

todos, empresarios, toreros y ganaderos, y también para el público, que ha visto y ha podido escoger entre variadas combinaciones. Combinaciones y carteles con un lazo profundo: el color único de la Fiesta de toros.

(Fotografías LYF.)

EL ESPAÑOL

SEMÁNARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

LA MEJOR TEMPORADA

PLAZAS LLENAS Y MAYOR NUMERO DE CORRIDOS

COMBINACIONES DE TOROS Y TOREROS
PARA LAS ULTIMAS FERIAS DEL AÑO

